

Yolanda Lujano Ortega

Sonia Agley Bustinza Choquehuanca

Genoveva Acero Ticona

Lucio Bernardo Condori Pilco

Bertha Juana Flores Aroni

César Augusto Achata Cortez

PATRIMONIO VIVO

**y desarrollo sostenible:
una mirada
al turismo cultural
del Perú**



PATRIMONIO VIVO

**y desarrollo sostenible:
una mirada
al turismo cultural
del Perú**

**Yolanda Lujano Ortega
Sonia Agley Bustinza Choquehuanca
Genoveva Acero Ticona
Lucio Bernardo Condori Pilco
Bertha Juana Flores Aroni
César Augusto Achata Cortez**

Dirección Editorial: PhD. Jorge Luis León-González
Diseño de portada y edición: DI. Yunisley Bruno-Díaz

ISBN: 978-1-968794-31-6

DOI: <https://doi.org/10.64092/NFFE9961>

© Yolanda Lujano Ortega, 2026. All rights reserved.

© Sonia Agley Bustinza Choquehuanca, 2026. All rights reserved.

© Genoveva Acero Ticona, 2026. All rights reserved.

© Lucio Bernardo Condori Pilco, 2026. All rights reserved.

© Bertha Juana Flores Aroni, 2026. All rights reserved.

© César Augusto Achata Cortez, 2026. All rights reserved.

La evaluación científica y metodológica de la obra se realizó a partir del método de Revisión por Pares Abierta (Open Peer Review).

Este libro es una publicación de acceso abierto con los principios de Creative Commons Attribution 4.0 International License, que permite el uso, intercambio, adaptación, distribución y transmisión en cualquier medio o formato, siempre que dé el crédito apropiado al autor, origen y fuente del material gráfico. Si el uso del material gráfico excede el uso permitido por la normativa legal deberá tener permiso directamente del titular de los derechos de autor.



SOPHIA EDITIONS

8404 N Rome Ave, Tampa,
Florida, USA

Email: contact@sophiaeditions.com

Phone: +1 (813) 699-2557

<https://sophiaeditions.com/>

AGRADECIMIENTOS

A los guardianes silenciosos del tiempo:

A las comunidades que, con sus manos, su memoria y su voz, mantienen encendida la llama del patrimonio vivo del Perú.

A quienes transforman cada danza, cada camino ancestral y cada gesto de hospitalidad en un puente hacia el futuro.

A las y los viajeros que buscan comprender antes que consumir, escuchar antes que fotografiar, respetar antes que recorrer.

Sobre todo, a las generaciones que heredarán esta tierra diversa y luminosa: que encuentren en su patrimonio no solo un legado, sino un camino hacia un desarrollo más humano, más justo y verdaderamente sostenible.

COMITÉ

EDITORIAL

PhD. Adalia Liset Rojas-Valladares, Universidad Metropolitana, Ecuador

PhD. Adrian Abreus-González, Universidad de Cienfuegos, Cuba

PhD. Adrian Ludet Arévalo-Salazar, Western University, Canadá

PhD. Alejandro Rafael Socorro-Castro, Universidad Metropolitana, Ecuador

PhD. Alina Rodríguez-Morales, Universidad de Guayaquil, Ecuador

PhD. Farshid Hadi, Islamic Azad University, Irán

PhD. Héctor Tecumshé-Mojica-Zárate, Centro Regional Universitario Oriente-Universidad Autónoma Chapingo, México

PhD. Esther Vega-Gea, Universidad de Córdoba, España

PhD. Hugo Freddy Torres-Maya, Universidad de Cienfuegos, Cuba

PhD. Juan G. Rivera-Ortiz, Ana G. Mendez University, USA

Dr. C. Ngo Hong Diep, Thudaumot University, Vietnam

PhD. Lázaro Salomón Dibut-Toledo, Universidad del Golfo de California, México

PhD. Luis Lizasoain-Hernández, Universidad del País Vasco, España

PhD. José Gervasio Partida-Seda, Centro Regional Universitario Oriente-Universidad Autónoma Chapingo, México

PhD. Luisa Morales-Maure, Universidad de Panamá, Panamá

PhD. Marily Rafaela Fuentes-Águila, Universidad Metropolitana, Ecuador

PhD. Maritza Librada Cáceres-Mesa, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México

PhD. Marta Linares-Manrique, Universidad de Granada, España

Dr. C. Seyyed Nasser Mousavi, Islamic Azad University, Irán

PhD. Mikhail Benet-Rodríguez, Fundación Universitaria Cafam, Colombia

PhD. Julio Cabero-Almenara, Universidad de Sevilla, España

PhD. Raúl Rodríguez-Muñoz, Universidad de Cienfuegos, Cuba

PhD. Rolando Medina-Peña, Universidad Metropolitana, Ecuador

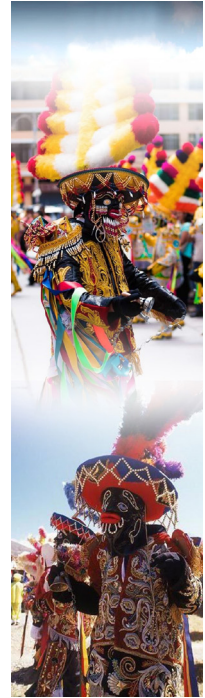
PhD. Samuel Sánchez-Gálvez, Universidad de Guayaquil, Ecuador

PhD. Yadir Torres Hernández, Universidad de Sevilla, España

Prólogo	9
Introducción	13

01. El turismo cultural como puente entre pasado y presente

1.1. El patrimonio como construcción social y práctica contemporánea	19
El turismo cultural como puente entre pasado y presente	19
1.2. El turismo como mediador cultural: dinámicas interculturales en la experiencia patrimonial	27
1.3. La dimensión transformadora del turismo cultural: experiencias, significados y aprendizajes interculturales	36
1.4. El turismo como espacio de continuidad y reactivación de la memoria colectiva	43
1.5. El turismo como práctica de sostenibilidad cultural y ética del patrimonio vivo	52



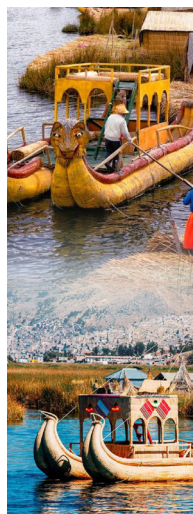
02. Turismo cultural comunitario en el Perú: identidad y sostenibilidad del patrimonio vivo

2.1. Turismo rural comunitario: hospitalidad y desarrollo local	61
Turismo cultural comunitario en el Perú: identidad y sostenibilidad del patrimonio vivo	61
2.2. Experiencias auténticas del turismo rural en los Andes y la Amazonía peruana	70
2.3. Festividades y rituales: escenarios del patrimonio vivo en Perú.....	77
2.4. Retos de la participación comunitaria y la gestión turística en el Perú	86



03. Rutas con alma: Itinerarios del patrimonio cultural peruano

3.1. El Qhapaq Ñan: el camino de los pueblos del sol	96
3.2. Cusco y el Valle Sagrado: cuna del turismo cultural	106
3.3. Ayacucho, Arequipa y Puno: rutas del arte, la fe y la tradición	115
3.4. Los Negritos de Huánuco: danza, memoria y devoción viva	122
3.5. Nuevos destinos culturales: del norte costero al corazón amazónico	128
3.6. Gastronomía peruana: turismo de los sentidos	138



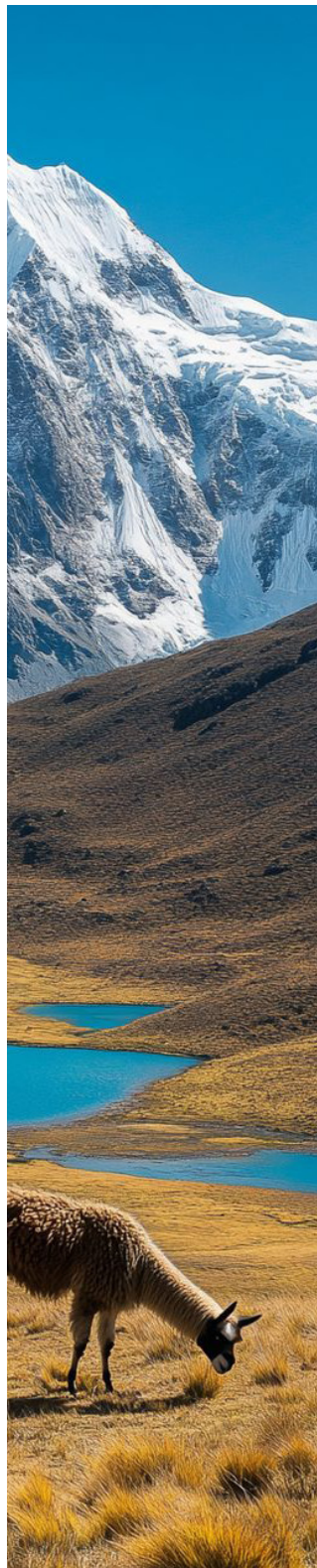
04. Hacia un turismo cultural sostenible: Innovación, comunidad y desarrollo económico

4.1. Marco normativo y gobernanza para un turismo cultural sostenible en el Perú ..	145
4.2. Turismo responsable: educación, ética y conservación	151
4.3. Turismo cultural y emprendimiento local: oportunidades para el desarrollo sostenible en el Perú	158



Referencias	167
--------------------------	------------

PRÓLOGO



El patrimonio de un pueblo no se limita a los monumentos que desafían el paso del tiempo ni a las reliquias guardadas en vitrinas silenciosas. El patrimonio está vivo cuando se convierte en experiencia compartida, cuando su memoria late en la palabra, en el canto, en la danza y en la hospitalidad cotidiana de quienes lo custodian. En el Perú, esa vitalidad se expresa en una geografía cultural que vibra desde los Andes hasta la Amazonía, desde los templos preincaicos hasta las calles donde la música y la fe transforman lo cotidiano en celebración. Este libro, *Patrimonio vivo y desarrollo sostenible: una mirada al turismo cultural del Perú* invita al lector a recorrer ese territorio de encuentros, donde la cultura se entrelaza con la naturaleza y el turismo se concibe como un puente entre el pasado y el porvenir.

En las últimas décadas, el Perú ha iniciado un proceso de revalorización de su diversidad cultural, reconociendo que la verdadera riqueza de una nación no reside solo en sus recursos materiales, sino en la pluralidad de sus saberes, lenguas y tradiciones. En ese contexto, el turismo cultural surge como una herramienta de transformación que va más allá de la visita o la contemplación. Es una

oportunidad para generar vínculos genuinos entre los visitantes y las comunidades, entre el conocimiento científico y la sabiduría ancestral, entre la sostenibilidad económica y la justicia social.

El turismo cultural sostenible, tal como se concibe en esta obra, no se limita a la generación de ingresos ni a la mera promoción de destinos. Su propósito fundamental es restaurar y fortalecer el equilibrio entre las comunidades y su entorno, entre la memoria colectiva y las dinámicas de la modernidad. Este enfoque parte del reconocimiento de que los pueblos y territorios no son simples escenarios para el consumo turístico, sino sujetos históricos activos, portadores de saberes, valores y prácticas que se recrean cotidianamente. En este sentido, el turismo se convierte en un espacio de encuentro intercultural, donde el visitante no solo observa, sino que aprende, dialoga y se transforma.

Desde esta perspectiva, la cultura deja de entenderse como un objeto estático del pasado para asumirse como un proceso vivo, dinámico y en constante resignificación. Cada danza tradicional, cada ritual comunitario, cada tejido artesanal o relato transmitido oralmente constituye una expresión de resistencia frente a la homogeneización cultural impuesta por la globalización. Estas manifestaciones no solo preservan la memoria histórica de los pueblos, sino que también afirman su derecho a existir desde la diferencia, fortaleciendo el sentido de pertenencia y la autoestima colectiva. La identidad cultural, así entendida, se convierte en un recurso estratégico para el desarrollo, pero también en un pilar ético que orienta las prácticas turísticas hacia el respeto y la reciprocidad.

El patrimonio cultural vivo se manifiesta principalmente en las expresiones inmateriales que atraviesan la vida cotidiana de las comunidades. Festividades, músicas, danzas, rituales religiosos, sistemas de organización social y saberes ancestrales constituyen un legado que se transmite de generación en generación, adaptándose a los cambios sin perder su esencia. Estas prácticas no solo cumplen una función simbólica o espiritual, sino que también articulan relaciones sociales, refuerzan la cohesión comunitaria y generan espacios de participación intergeneracional. En el contexto del turismo cultural sostenible, su valoración implica reconocer a los portadores de la tradición como actores centrales y no como simples proveedores de servicios.

A este patrimonio inmaterial se suma el legado material representado por sitios arqueológicos, arquitectura tradicional y paisajes culturales que evidencian la profunda relación histórica

entre las sociedades y su territorio. Estos espacios, más allá de su valor histórico o estético, constituyen lugares de memoria y espiritualidad que conectan el presente con los orígenes culturales de los pueblos. La coexistencia entre vestigios del pasado y prácticas culturales vigentes revela la continuidad de un mismo espíritu cultural, uno que concibe la herencia ancestral como una fuerza en movimiento y no como una reliquia inerte.

En este marco, el turismo cultural sostenible se plantea como una herramienta para fortalecer la identidad local y promover un desarrollo integral basado en principios de equidad, inclusión y responsabilidad ambiental. Su implementación supone impulsar modelos de turismo comunitario en los que las poblaciones locales asumen un rol protagónico en la gestión, interpretación y distribución de los beneficios derivados de la actividad turística. Asimismo, implica la conservación de los recursos naturales asociados a las rutas culturales, la educación del visitante en valores de respeto y corresponsabilidad, y el fomento de economías locales mediante el apoyo a la producción artesanal, gastronómica y creativa.

El turismo cultural sostenible representa una oportunidad para reconfigurar la relación entre cultura, territorio y desarrollo. Cuando se gestiona de manera consciente y participativa, no solo contribuye al bienestar económico de las comunidades, sino que también fortalece la memoria colectiva, protege la diversidad cultural y promueve un diálogo respetuoso entre lo local y lo global. De este modo, el turismo deja de ser una actividad extractiva para convertirse en un proceso de aprendizaje compartido y de construcción de futuros más justos y sostenibles.

Un ejemplo notable de este enfoque es el creciente interés por las rutas culturales integradas Kotosh–Tomayquichua–Tingo María, que combinan arqueología, tradición y naturaleza. Estas rutas permiten al viajero recorrer desde los vestigios del templo preincaico de las Manos Cruzadas hasta los escenarios naturales del Parque Nacional Tingo María, donde la “Bella Durmiente” se alza majestuosa entre la selva alta. En cada tramo del recorrido, el visitante tiene la oportunidad de descubrir talleres artesanales, degustar productos locales y participar en tradiciones vivas que fortalecen el sentido de pertenencia y la valoración del patrimonio. Este modelo demuestra que la cultura y el turismo pueden coexistir en armonía, siempre que se basen en la reciprocidad, el respeto y la participación activa de las comunidades.

Este libro asume la tarea de mirar el turismo cultural no como una industria, sino como una forma de encuentro humano. Cada capítulo propone un diálogo entre la investigación académica y la vivencia comunitaria, entre la teoría y la práctica. Se abordan los retos del desarrollo sostenible, los modelos de gestión patrimonial y las experiencias locales que demuestran que es posible un turismo responsable, participativo y ético. Lejos de los discursos superficiales, esta obra se compromete con una visión integral del patrimonio: una que lo entiende como tejido social, como fuente de autoestima colectiva y como motor de desarrollo inclusivo.

Más allá de los diagnósticos y las propuestas, *Patrimonio vivo y desarrollo sostenible* es, ante todo, una invitación a mirar el Perú desde la sensibilidad. A entender que cada fiesta patronal, cada textil, cada gastronomía regional o cada danza son fragmentos de una gran narrativa nacional que sigue escribiéndose. La cultura no pertenece al pasado: es el lenguaje con el que una sociedad se reconoce, se transforma y se proyecta hacia el futuro.

El desafío de nuestro tiempo consiste en preservar esa vitalidad frente a las amenazas de la modernidad desmedida. Globalización, cambio climático, migraciones y desigualdad son fenómenos que interpelan la manera en que concebimos el desarrollo. Por ello, este libro nos recuerda que la sostenibilidad auténtica no se logra solo con recursos o infraestructura, sino con sensibilidad cultural, responsabilidad ética y voluntad colectiva.

Hoy, cuando las comunidades buscan nuevas formas de reconstruir su economía y su identidad tras los desafíos globales de las últimas décadas, el turismo cultural se presenta como una vía posible de esperanza. No como una promesa vacía, sino como una práctica concreta donde cada paso del viajero respeta el suelo que pisa, cada mirada honre la historia que observa y cada experiencia contribuya a fortalecer el tejido de la vida comunitaria.

El patrimonio vivo es, en última instancia, la respiración profunda de un país que se reconoce diverso y digno, que transforma su pasado en fuerza creadora y su cultura en horizonte compartido. *Patrimonio vivo y desarrollo sostenible: una mirada al turismo cultural del Perú* no solo es un libro, es una declaración de principios y una invitación a imaginar un país donde la belleza y la justicia caminen juntas, y donde el turismo no sea un consumo fugaz, sino un acto de aprendizaje, respeto y transformación.

INTRODUCCIÓN



El Perú es un país donde el pasado no ha quedado atrás. En sus montañas, valles y desiertos, las huellas de antiguas civilizaciones dialogan con los sonidos, sabores y gestos de las comunidades que hoy mantienen viva una herencia milenaria. La diversidad cultural y natural que caracteriza al territorio peruano no solo constituye un legado histórico, sino una fuente de identidad, conocimiento y oportunidad para el presente. En este escenario, el turismo cultural emerge como un puente dinámico entre la memoria y el desarrollo, un espacio donde el patrimonio deja de ser un objeto estático del pasado para convertirse en un recurso vivo, transformador y sostenible.

Hablar del turismo cultural en el Perú es hablar de una nación que se reconoce a sí misma a través de sus múltiples rostros. Desde las rutas ancestrales del Qhapaq Ñan hasta las celebraciones populares que llenan de color los Andes y la Amazonía, cada manifestación cultural revela una historia de resistencia, adaptación y creatividad. Sin embargo, más allá de su valor simbólico, estas expresiones también forman parte de un sistema económico y social en constante evolución,

donde las comunidades buscan equilibrar la preservación de sus tradiciones con las exigencias del mundo globalizado. El turismo cultural, cuando se gestiona de manera ética e inclusiva, puede convertirse en una herramienta de empoderamiento local, fortaleciendo la autoestima colectiva y diversificando las oportunidades de desarrollo.

Este libro propone una mirada integral al turismo cultural peruano como expresión de un “patrimonio vivo” que se reinventa constantemente. Explora cómo las prácticas patrimoniales, las experiencias comunitarias y los procesos de desarrollo sostenible se entrelazan en una dinámica donde la cultura se convierte tanto en identidad como en motor de transformación. A través de un recorrido por distintas realidades del país, desde las comunidades rurales hasta los grandes destinos turísticos, desde las festividades tradicionales hasta la gastronomía contemporánea, se revela la compleja red de relaciones que hace del turismo un espacio de encuentro entre pasado y presente, entre tradición e innovación. La obra invita al lector a comprender que la sostenibilidad del turismo cultural no depende únicamente de conservar monumentos, sino de mantener vivas las memorias, las prácticas y los valores que dan sentido a la vida colectiva.

El contenido se adentra en las raíces conceptuales del patrimonio cultural, entendiendo que este no es un simple legado material, sino una construcción social que refleja la visión que una comunidad tiene de sí misma. Se examina el papel del turismo como mediador cultural, capaz de generar experiencias significativas que trascienden la simple observación o el consumo, y que promueven la comprensión mutua entre visitantes y comunidades anfitrionas. A través de estudios, reflexiones y ejemplos, se analiza cómo el turismo puede actuar como un agente de continuidad cultural, revitalizando prácticas ancestrales y contribuyendo a la transmisión intergeneracional del conocimiento.

El libro también aborda la importancia del turismo comunitario y de base local como modelo sostenible que refuerza la autonomía de las comunidades y fomenta la hospitalidad como valor cultural. En estas experiencias, el visitante no solo recibe un servicio, sino que participa de una forma de vida, aprende a compartir el tiempo, el trabajo y la historia de las familias que abren sus puertas. Esta interacción directa entre cultura y turismo permite

generar economías solidarias, fortalecer la identidad colectiva y revalorizar los saberes tradicionales frente a la modernidad homogeneizadora.

Otro eje fundamental del texto es la exploración de las rutas culturales del Perú como itinerarios con alma. A través de los caminos del sol, los templos del arte, las festividades religiosas, los paisajes del espíritu y la gastronomía como lenguaje sensorial, se revela la diversidad de experiencias que definen el turismo cultural peruano. Estas rutas no son simples trayectos turísticos, sino narrativas vivas donde la historia, la naturaleza y la comunidad dialogan en armonía. Cada destino cultural se convierte en una puerta abierta al conocimiento y al respeto por la diversidad, un espacio donde el visitante se transforma en aprendiz del territorio y de sus memorias compartidas.

En el ámbito de la sostenibilidad, el libro analiza los desafíos y las oportunidades que enfrenta el turismo cultural frente a las demandas del siglo XXI. Se reflexiona sobre la necesidad de políticas inclusivas, marcos normativos coherentes y estrategias de gobernanza participativa que garanticen un equilibrio entre conservación, desarrollo y bienestar social. Asimismo, se plantea la educación como herramienta esencial para promover una ética del turismo responsable, donde tanto los visitantes como los gestores comprendan su papel en la protección del patrimonio. La sostenibilidad cultural, entendida desde esta perspectiva, es inseparable de la justicia social, la equidad económica y la conciencia ambiental.

En este horizonte, cobran especial relevancia los territorios donde el patrimonio material e inmaterial dialoga con la naturaleza y la vida cotidiana. En regiones como Huánuco, la cultura se expresa en las danzas, los rituales y las tradiciones que siguen dando sentido a la vida colectiva. Allí, el patrimonio no solo se conserva, sino que respira en las plazas, los templos y las celebraciones populares, configurando una identidad viva que enlaza pasado y presente. Las antiguas huellas de Kotosh, con su templo de las manos cruzadas, se integran al pulso festivo de las comunidades, recordando que el valor del patrimonio radica en su capacidad para adaptarse y seguir creando significados.

Esta visión propone que el turismo cultural sostenible se conciba como una práctica de encuentro y aprendizaje. Promover la participación de las comunidades locales, fortalecer las

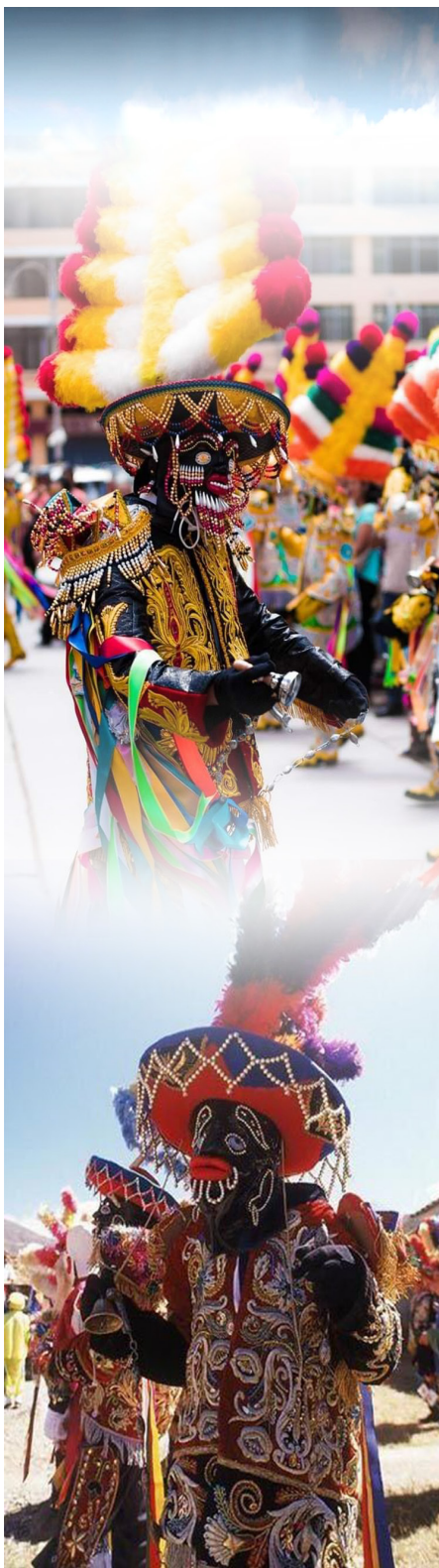
economías familiares a través del turismo comunitario y preservar los entornos naturales que acompañan las rutas culturales son pasos esenciales para construir un modelo más humano y equitativo. Experiencias como las que surgen en el eje Kotosh–Tomayquichua–Tingo María demuestran que es posible armonizar el disfrute del visitante con la protección del entorno y el fortalecimiento de las identidades locales.

De este modo, el turismo cultural deja de ser una actividad meramente económica para convertirse en un vehículo de transformación social. En cada danza, en cada paisaje y en cada relato transmitido por generaciones, se encierra una lección de sostenibilidad y de esperanza. Reconocer el patrimonio como fuente de vida y de futuro es comprender que el desarrollo no puede desligarse de la memoria, y que la verdadera riqueza de un pueblo reside en su capacidad de mantener viva su herencia mientras construye nuevas formas de convivencia y bienestar compartido.

La noción de “patrimonio vivo” atraviesa todo el desarrollo del libro como hilo conductor. Este concepto subraya que las tradiciones, los rituales, la música, la danza, la gastronomía o la artesanía no son elementos estáticos del pasado, sino manifestaciones dinámicas que cobran sentido en su práctica cotidiana. Cada comunidad, al recrear sus costumbres o reinterpretar su arte, reafirma su identidad y adapta su herencia a las transformaciones del presente. En ese proceso, el turismo puede ser un aliado poderoso, siempre que se base en el respeto mutuo, la reciprocidad y el reconocimiento de las comunidades como protagonistas de su propio desarrollo.

La lectura invita, en última instancia, a repensar el turismo cultural como una experiencia de aprendizaje y corresponsabilidad. Más que una actividad económica, es una forma de intercambio humano donde convergen emociones, saberes y visiones del mundo. El viajero no solo observa: escucha, participa, se transforma. Y las comunidades, al compartir su patrimonio, también descubren nuevas maneras de afirmarse y proyectarse hacia el futuro. En este sentido, el turismo cultural sostenible se presenta como una vía de reconciliación entre el ser humano, su entorno y su historia; un camino que conecta la memoria con la esperanza y la identidad con el desarrollo.

Este libro, propone comprender el turismo cultural peruano como una práctica viva que conjuga ética, identidad y creatividad. Al recorrer sus páginas, el lector descubrirá que cada fiesta, cada paisaje, cada sabor y cada testimonio no son fragmentos aislados de un pasado glorioso, sino expresiones actuales de un país que sigue reinventando su patrimonio día a día. En tiempos de incertidumbre global y crisis ambiental, mirar al turismo cultural como una herramienta de sostenibilidad y de encuentro humano es una apuesta por la vida, la diversidad y la dignidad. El patrimonio no es solo lo que heredamos, sino lo que decidimos mantener vivo. Y en el Perú, ese legado continúa latiendo en los caminos, los rostros y las historias que nos enseñan, con humildad y belleza, que preservar es también crear futuro.



01.

El turismo cultural como puente entre pasado y presente

1.1. El patrimonio como construcción social y práctica contemporánea

Durante gran parte del siglo XX, el patrimonio fue concebido desde una perspectiva esencialista y conservacionista. Se asociaba principalmente con monumentos, objetos y sitios arqueológicos, considerados depositarios materiales de la historia y la identidad nacional. La tarea fundamental de las instituciones patrimoniales era su preservación física, bajo la premisa de que el valor cultural residía en la autenticidad material de los bienes (Choay, 1992). Este enfoque, heredero del pensamiento ilustrado y del nacionalismo europeo, consolidó una visión del patrimonio como algo heredado, estático y distante del presente, al que la sociedad debía rendir homenaje y del cual debía aprender.



Sin embargo, desde finales del siglo XX y con mayor intensidad en las dos últimas décadas, esta concepción tradicional del patrimonio ha sido objeto de profundas revisiones. Nuevos enfoques provenientes de la antropología, la sociología del patrimonio y los estudios culturales han demostrado que el patrimonio no constituye un legado neutro ni inmutable, sino una construcción social, política y simbólica, constantemente reinterpretada a través de la práctica (Harrison, 2013; Smith, 2006). En este sentido, el patrimonio puede entenderse como un conjunto de bienes materiales e inmateriales que conforman la herencia colectiva de un grupo humano, refuerzan su sentido de pertenencia e identidad y son percibidos por otros como rasgos característicos de dicha comunidad (Ballart-Hernández y Tresserras, 2001).

El patrimonio, por tanto, no existe en sí mismo, sino que se patrimonializa: surge en el momento en que un grupo social decide dotar de valor y significado especial a ciertos objetos, paisajes, tradiciones o memorias (Prats, 2005). Este proceso no es espontáneo ni universal, sino que implica mecanismos de selección, exclusión y legitimación, mediados por instituciones, políticas y discursos.

Desde esta perspectiva crítica, el patrimonio deja de ser un conjunto de cosas “del pasado” y pasa a entenderse como una práctica contemporánea orientada al futuro. Harrison (2013) propone que el patrimonio es un “ensamblaje” de materiales, memorias y emociones, una forma de relación social que produce identidades y visiones de mundo. En esta línea, Waterton y Smith (2010) sostienen que el patrimonio debe comprenderse como un proceso performativo, es decir, como una acción social que crea significados a través de la participación. El patrimonio, en consecuencia, no se conserva únicamente mediante técnicas, sino mediante su continua recreación, reinterpretación y transmisión en la vida cotidiana.

Este cambio de paradigma alcanzó un punto de inflexión con la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Organización de las Naciones

Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, 2003). Este instrumento internacional amplió la definición de patrimonio más allá de lo monumental y tangible, para incluir prácticas, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas que las comunidades reconocen como parte de su herencia cultural.

La introducción del término “inmaterial” no se limita a distinguir entre lo físico y lo simbólico, sino que redefine la esencia misma del patrimonio como algo vivo, dinámico y colectivo. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, 2003), la salvaguardia no consiste en fijar ni musealizar las tradiciones, sino en garantizar las condiciones sociales para que sigan siendo practicadas, adaptadas y transmitidas a las generaciones futuras.

Esta noción de patrimonio vivo supone reconocer el papel central de las comunidades en la construcción y reproducción del patrimonio. Lejos de ser simples depositarias del pasado, las comunidades son agentes activos que reinterpretan su herencia según las circunstancias contemporáneas. En este sentido, el patrimonio no se “preserva” de manera pasiva, sino que se negocia y se reinventa a través de la interacción entre memoria, identidad y cambio (Smith y Waterton, 2013).

La “autenticidad”, un concepto históricamente asociado a la pureza o la inalterabilidad se redefine como un proceso relacional y contextual, que depende de cómo las personas experimentan, usan y resignifican sus tradiciones (Cohen, 1988; Reisinger y Steiner, 2006).

Llegados a este punto se considera importante resaltar que, en las últimas décadas, la noción de patrimonio ha dejado de entenderse como un conjunto fijo de bienes heredados del pasado para concebirse como una construcción social dinámica, vinculada a las prácticas, valores y relaciones de las comunidades contemporáneas. Desde esta perspectiva, Andrade Blanco (2024) propone una lectura del patrimonio cultural contemporáneo basada en la teoría del don, donde los





procesos de patrimonialización se configuran como relaciones de intercambio simbólico y de reciprocidad entre actores sociales. El patrimonio, más que un objeto de conservación se convierte así en una práctica relacional, mediadora de vínculos, afectos e identidades colectivas que se actualizan en la experiencia compartida.

Esta dimensión social e histórica también es analizada por Salge Ferro (2020), quien demuestra cómo las manifestaciones del patrimonio cultural inmaterial en Bogotá fueron construidas discursivamente a través de la prensa local entre los siglos XIX y XX. Su investigación revela que el patrimonio no preexiste a los relatos que lo nombran, sino que emerge de los procesos de comunicación, legitimación y poder que determinan qué prácticas o expresiones son reconocidas como valiosas. En ese sentido, el patrimonio es un campo de disputa simbólica y política, en el que se negocian las memorias colectivas y los significados del pasado.

Por su parte, Villamón Guevara (2017) profundiza en la dimensión interpretativa del patrimonio edificado, señalando que su valor trasciende la materialidad arquitectónica y se construye en la mirada social que lo dota de sentido. El patrimonio, entendido como una práctica cultural, refleja las formas en que las comunidades proyectan su identidad, su memoria y su relación con el entorno urbano. De manera semejante, Prats (2005) sostiene que el patrimonio local es el resultado de un proceso social de selección y legitimación, donde se cristalizan los intereses, valores y narrativas dominantes del presente más que las huellas objetivas del pasado. En esta línea, la gestión patrimonial constituye una forma de producción cultural, orientada por estrategias políticas y turísticas que reconfiguran continuamente el sentido de lo patrimonial.

Finalmente, Márquez et al. (2014) introducen el concepto de patrimonio dominante para cuestionar las formas hegemónicas de patrimonialización que tienden a imponer una memoria oficial y excluir otras experiencias culturales. Desde su análisis, el patrimonio debe comprenderse también como un dispositivo de poder y representación, donde se expresan tensiones

entre lo institucional y lo comunitario, entre las memorias legitimadas y las silenciadas.

De esta forma, estas perspectivas permiten entender el patrimonio no como un legado inmutable, sino como una práctica social contemporánea en constante negociación. La patrimonialización, más que preservar lo antiguo, produce significados, identidades y relaciones que definen la manera en que las sociedades actuales interpretan su pasado y proyectan su futuro.

Por otra parte, el turismo cultural constituye uno de los escenarios más visibles de esta vitalidad patrimonial. El encuentro entre visitantes y comunidades anfitrionas genera procesos de mediación cultural, donde los elementos patrimoniales son traducidos, representados y, en cierta medida, reconfigurados para responder a la curiosidad global. Este proceso no es necesariamente negativo: puede contribuir a revitalizar prácticas locales, a fortalecer la autoestima cultural y a proporcionar beneficios económicos que incentiven la continuidad de las tradiciones (World Tourism Organization, 2018).

No obstante, también implica riesgos de mercantilización y trivialización, cuando el patrimonio se presenta como un producto de consumo desligado de su contexto social (Shepherd, 2002). En ambos casos, el turismo actúa como agente de patrimonialización, al transformar las prácticas culturales en experiencias compartidas y al situarlas en circuitos globales de intercambio simbólico y económico.

Desde una mirada global, el patrimonio como proceso vivo se caracteriza por su adaptabilidad. A diferencia del modelo clásico, que privilegiaba la conservación física, el enfoque contemporáneo enfatiza la continuidad funcional y la relevancia social. Lo importante no es mantener intacto un objeto, sino asegurar que los significados que lo sustentan sigan siendo reconocidos y transmitidos.

Este principio es fundamental en contextos de acelerada globalización, donde los cambios económicos, tecnológicos y ambientales transforman los modos de vida y las relaciones con el pasado. Como señala





Lowenthal (1998), el patrimonio no es simplemente una herencia recibida, sino una invención del presente, un relato sobre el pasado que las sociedades elaboran para dotar de coherencia a su identidad contemporánea.

En esta dinámica, el patrimonio adquiere un carácter temporal y procesual. No es una colección de memorias fijas, sino un sistema de significados en movimiento. Harrison (2013) subraya que los valores patrimoniales no se descubren, sino que se producen en el acto mismo de interpretarlos. Así, cada generación redefine su relación con el pasado y selecciona, a partir de sus preocupaciones actuales, qué elementos conservar, transformar o olvidar.

Esta condición mutable explica por qué el patrimonio no puede ser gestionado únicamente como un objeto de conservación técnica: requiere mecanismos participativos, donde los diversos actores: comunidades, instituciones, turistas y expertos, intervienen en su reinterpretación.

El reconocimiento del patrimonio como proceso vivo también invita a revisar la noción de sostenibilidad cultural. Tradicionalmente, la sostenibilidad se ha asociado a la gestión ambiental o económica; sin embargo, en el campo del patrimonio implica mantener la capacidad de las comunidades para recrear su cultura. La sostenibilidad cultural supone garantizar la transmisión de saberes, prácticas y valores en contextos de cambio, asegurando que el dinamismo del patrimonio no se vea interrumpido por la pérdida de relevancia o de sentido.

Como plantea Bandariny Van Oers (2014), la sostenibilidad del patrimonio reside en su integración armónica con la vida contemporánea, no en su aislamiento. Desde una perspectiva teórica, el patrimonio como proceso vivo desafía la dicotomía entre preservación y desarrollo. Ambos conceptos, tradicionalmente opuestos, pueden coexistir si se entiende la conservación no como detención del cambio, sino como su gestión responsable. En este marco, el turismo cultural puede desempeñar un papel estratégico, al ofrecer plataformas para la

reinterpretación y comunicación del patrimonio, siempre que las comunidades conserven el control sobre su significado y uso.

El desafío global consiste en diseñar modelos de turismo patrimonial que reconozcan la naturaleza cambiante de la cultura y promuevan procesos inclusivos de transmisión intergeneracional, respetando la diversidad cultural y evitando la homogeneización que con frecuencia acompaña a la globalización turística.

Finalmente, concebir el patrimonio como proceso vivo implica reconocer su dimensión ética y política. El patrimonio no es solo un campo de estudio ni un recurso económico; es también un espacio de memoria y de poder, donde se disputan las narrativas del pasado y las visiones del futuro. La gestión patrimonial debe, por tanto, orientarse a la equidad cultural, al reconocimiento de la pluralidad y al derecho de los pueblos a definir sus propios significados patrimoniales (Harrison, 2013).

El patrimonio vivo no pertenece únicamente a los museos ni a las instituciones, sino a las comunidades que lo practican, transforman y transmiten. Hablar del patrimonio como proceso vivo es asumir que su esencia no está en la permanencia, sino en el cambio. Es comprender que la herencia cultural no se conserva repitiendo el pasado, sino reinventándolo en cada generación. Desde esta mirada, el turismo cultural, cuando se desarrolla con responsabilidad y participación, puede ser un aliado fundamental de esta vitalidad, permitiendo que la memoria colectiva se mantenga activa, significativa y creativa en un mundo global en transformación.

El análisis del patrimonio como proceso vivo permite comprender la evolución de su significado desde una visión esencialista y material hacia un enfoque dinámico y relacional. El patrimonio ya no puede concebirse como un conjunto de objetos del pasado destinados únicamente a la conservación física, sino como una práctica social que se mantiene vigente a través de la participación, la memoria y la reinterpretación constante de los significados culturales.





Esta perspectiva amplía el horizonte de la gestión patrimonial, al reconocer que su valor no reside únicamente en la autenticidad material, sino en su capacidad para generar sentido, identidad y cohesión social en las comunidades que lo sostienen. De esta forma, el patrimonio deja de ser un elemento estático para convertirse en un proceso en el que interactúan la historia, la emoción y la creatividad.

El papel de las comunidades resulta esencial dentro de este enfoque, ya que son ellas quienes otorgan vida al patrimonio mediante su práctica cotidiana. No se trata de preservar tradiciones como piezas de museo, sino de garantizar que continúen adaptándose a los contextos contemporáneos, manteniendo su relevancia social y su función identitaria. La vitalidad del patrimonio depende de la medida en que las comunidades puedan apropiarse de su herencia, reinterpretarla y transmitirla a las generaciones futuras.

El turismo cultural, en este escenario, actúa como un espacio de mediación que puede fortalecer o debilitar los procesos patrimoniales. Cuando se gestiona con responsabilidad, promueve la valoración, la transmisión y la sostenibilidad cultural; pero si se orienta únicamente al consumo, corre el riesgo de vaciar de contenido los símbolos y prácticas que pretende preservar. El desafío consiste en desarrollar modelos de turismo que respeten la autenticidad social del patrimonio y fomenten un intercambio equilibrado entre visitantes y comunidades.

Concebir el patrimonio como un proceso vivo implica también asumir su carácter cambiante. Su significado no está fijado en el tiempo, sino que se renueva con cada reinterpretación colectiva. Esta condición lo convierte en un instrumento de diálogo entre pasado, presente y futuro, capaz de articular la diversidad cultural y de contribuir al desarrollo humano.

En última instancia, el patrimonio vivo representa una forma de resistencia frente a la homogeneización cultural y una oportunidad para construir sociedades más conscientes de su historia y más abiertas a la pluralidad. Su gestión debe orientarse a fortalecer la creatividad

social, el respeto intercultural y la sostenibilidad, entendiendo que conservar no significa inmovilizar, sino permitir que la cultura continúe transformándose sin perder su esencia.

1.2. El turismo como mediador cultural: dinámicas interculturales en la experiencia patrimonial

En las últimas décadas, el turismo ha dejado de ser interpretado únicamente como una práctica económica o recreativa para ser comprendido como un fenómeno cultural complejo, profundamente imbricado en los procesos de globalización, comunicación y construcción identitaria. Más allá del desplazamiento físico de personas, el acto de viajar conlleva una interacción simbólica que conecta diferentes sistemas de valores, representaciones y memorias colectivas. En este contexto, el turismo se configura como un espacio de mediación cultural, donde las identidades locales son reinterpretadas ante la mirada global, y los visitantes participan activamente en la resignificación del patrimonio y de las culturas que lo sustentan.

Esta mediación no es neutra ni inocente. Se desarrolla en el marco de relaciones históricas, sociales y económicas que determinan qué aspectos del patrimonio son visibilizados, reinterpretados o silenciados. Así, la experiencia turística actúa como un dispositivo de representación que organiza la forma en que las sociedades contemporáneas comprenden y experimentan la alteridad. El visitante se aproxima a la cultura local a través de narrativas mediadas por guías, museos, políticas públicas, discursos institucionales y la propia industria turística, mientras que las comunidades anfitrionas ajustan, recrean o negocian sus manifestaciones culturales en función de estas interacciones.

Desde esta perspectiva, el turismo cultural puede entenderse como un proceso de traducción simbólica que conecta realidades diversas a través de códigos compartidos. Los bienes patrimoniales, las festividades, los paisajes o las expresiones artísticas no se presentan





como entidades fijas, sino como textos vivos en constante reinterpretación. La práctica turística implica, por tanto, una doble dinámica: por un lado, la búsqueda del visitante por experimentar lo “auténtico”; y por otro, la capacidad de las comunidades locales de reconstruir y proyectar su identidad en el marco de la mirada externa. Este encuentro, mediado por el deseo, la representación y el poder, da lugar a procesos de hibridación cultural, donde lo local y lo global se entrelazan en nuevas formas de significado.

En la actualidad, el turismo se ha convertido en uno de los principales mecanismos de circulación de imaginarios culturales. A través de él, las sociedades proyectan imágenes de sí mismas y de los otros, configurando escenarios de intercambio simbólico que pueden fomentar el entendimiento mutuo o, por el contrario, reproducir desigualdades y estereotipos. Por esta razón, el análisis del turismo como mediador cultural exige una mirada crítica, capaz de reconocer sus potencialidades comunicativas y sus tensiones éticas.

Comprender el turismo como mediación cultural implica, en suma, reconocer su papel activo en la producción y circulación de significados. No se trata solo de observar cómo los turistas consumen cultura, sino de analizar cómo las experiencias turísticas contribuyen a redefinir las narrativas patrimoniales, influir en la memoria colectiva y reconfigurar la identidad cultural de las comunidades anfitrionas. Este enfoque invita a pensar el turismo no como una amenaza a la autenticidad cultural, sino como un espacio de negociación, donde el patrimonio se revitaliza, se representa y se comunica en diálogo con el mundo.

El turismo más que una simple práctica económica o recreativa, constituye un fenómeno social complejo, capaz de articular la producción, circulación y reinterpretación de significados culturales. El acto de viajar hacia territorios patrimoniales no implica únicamente un desplazamiento físico, sino una experiencia simbólica en la que convergen narrativas, imaginarios y relaciones de poder. En este sentido, el turismo cultural puede entenderse como un espacio de mediación cultural,

donde las representaciones del “yo” y del “otro” son constantemente negociadas y resignificadas (Cohen, 1988; Richards, 2018).

El concepto de mediación en el turismo se vincula con la noción de encuentro intercultural, pero también con la producción de conocimiento sobre la alteridad. El turista contemporáneo, al desplazarse hacia lugares considerados “auténticos” o “patrimoniales”, participa en un proceso de traducción simbólica que pone en contacto distintos sistemas de valores, memorias e identidades. Desde esta perspectiva, el turismo actúa como un dispositivo cultural que organiza la forma en que las sociedades contemporáneas perciben y experimentan la diferencia. Este proceso no es neutro: está mediado por discursos históricos, estructuras económicas y prácticas institucionales que determinan qué aspectos de una cultura son mostrados, celebrados o silenciados (MacCannell, 2013; Urry y Larsen, 2011).

El turismo cultural se construye sobre una dinámica de representación. Lo que se ofrece al visitante no es la totalidad de la cultura local, sino una selección cuidadosamente elaborada de signos y símbolos que buscan comunicar una identidad colectiva. En esta mediación intervienen actores múltiples: comunidades anfitrionas, instituciones patrimoniales, guías, medios de comunicación y empresas turísticas; cada uno con su propio marco de intereses y de interpretación. De este modo, la experiencia turística se convierte en un proceso de lectura y relectura cultural, en el que tanto los visitantes como los anfitriones interpretan y reinterpretan los significados atribuidos al patrimonio.

Urry (1990) introdujo el concepto de la mirada del turista, argumentando que el turismo implica una forma específica de ver, estructurada por expectativas, convenciones y deseos que anteceden al viaje. Esa mirada, moldeada por los medios de comunicación, el arte y la educación, condiciona la manera en que los turistas se relacionan con los lugares y con las comunidades. En este marco, los destinos patrimoniales se transforman en escenarios donde se escenifica la autenticidad, lo exótico o lo





tradicional, dependiendo del relato que se desee comunicar (MacCannell, 2013).

Sin embargo, estas representaciones no son meras imposiciones externas. Las comunidades locales también participan activamente en su construcción, reconfigurando su patrimonio en función de las interacciones turísticas. Así, el turismo puede verse como una negociación performativa de la identidad, en la que se actualizan y recontextualizan prácticas culturales para responder a la mirada global. En este sentido, el patrimonio deja de ser un objeto pasivo de observación y se convierte en una práctica viva de comunicación intercultural.

La mediación cultural en el turismo opera a través de procesos simbólicos que articulan el pasado con el presente. Los visitantes no solo consumen lugares, sino también narrativas históricas y valores culturales asociados a ellos. Estas narrativas suelen construirse a partir de un equilibrio entre continuidad y cambio: se enfatiza la tradición, pero se adapta a las expectativas contemporáneas. Por ello, el turismo cultural puede considerarse un espacio donde se reconfiguran las temporalidades sociales, haciendo coexistir lo ancestral con lo moderno (Harrison, 2013).

Desde una perspectiva comunicacional, el turismo funciona como un sistema de traducción cultural, en el cual las experiencias, las prácticas y los significados locales se transforman en mensajes comprensibles para una audiencia global. Esta traducción no siempre es literal ni exacta: conlleva simplificaciones, metáforas y reinterpretaciones que pueden tanto enriquecer como distorsionar el sentido original. No obstante, estas mediaciones son esenciales para que el patrimonio adquiera una dimensión compartida y dialogada, más allá de las fronteras nacionales.

El concepto de mediación también remite a la idea de hibridación cultural, entendida como el resultado de los intercambios simbólicos entre actores de diferentes contextos. El turismo, al propiciar encuentros entre diversas cosmovisiones, genera espacios de creación

cultural donde emergen nuevas formas de identidad y expresión. Estos procesos híbridos no deben interpretarse como pérdidas de autenticidad, sino como manifestaciones de la capacidad adaptativa y creativa de las culturas en contacto (Bhabha, 1994).

La experiencia turística es, ante todo, una práctica performativa. Tanto el visitante como el anfitrión adoptan roles, discursos y gestos que configuran la interacción cultural. Los turistas buscan autenticidad, mientras que las comunidades anfitrionas construyen escenarios de autenticidad, en un diálogo donde ambos participan de la creación del significado. La autenticidad, en este sentido, no es una cualidad inherente a los objetos o a las tradiciones, sino una experiencia intersubjetiva que surge de la relación entre quienes observan y quienes son observados (Reisinger y Steiner, 2006).

Esta dimensión performativa convierte al turismo en un acto de co-producción cultural. Las festividades, los rituales, las expresiones artísticas o las prácticas gastronómicas presentadas a los visitantes no son simples reproducciones del pasado, sino representaciones contextualizadas que integran elementos contemporáneos. De este modo, el turismo puede fortalecer la continuidad cultural al proporcionar espacios de visibilidad, pero también puede tensionarla si la lógica de mercado desplaza los valores simbólicos hacia la rentabilidad económica.

El carácter intersubjetivo del turismo implica reconocer la agencia de todos los actores involucrados. Los turistas no son meros consumidores, ni las comunidades anfitrionas simples proveedoras de cultura. Ambos participan activamente en la construcción de significados, negociando representaciones y expectativas. En este proceso, la mediación cultural se convierte en una forma de aprendizaje mutuo, aunque también en un campo de disputa simbólica donde se definen las fronteras de la autenticidad, la memoria y el valor patrimonial.

El turismo cultural, en su papel mediador, también reproduce relaciones de poder. Las representaciones turísticas suelen estar influenciadas por narrativas





históricas de colonialismo, exotismo y dominación cultural. Los visitantes, en muchos casos provenientes de contextos económicos más favorecidos, interpretan las culturas locales desde marcos simbólicos preestablecidos, mientras que las comunidades anfitrionas ajustan sus prácticas para responder a esas expectativas. Este proceso puede reforzar estereotipos y desigualdades si no se aborda de manera crítica (Hollinshead, 1998).

Por ello, es fundamental considerar la ética del encuentro turístico. La mediación cultural no debe entenderse únicamente como intercambio simbólico, sino como responsabilidad compartida. Implica reconocer las asimetrías presentes en el diálogo intercultural y promover una comunicación que respete las voces locales. En esta línea, el turismo sostenible y el turismo comunitario representan esfuerzos por equilibrar la relación entre el visitante y el anfitrión, buscando que la experiencia turística contribuya al fortalecimiento cultural y no a su simplificación o mercantilización.

El papel de las instituciones y políticas públicas es crucial en este proceso. Su función no se limita a regular el flujo turístico, sino a garantizar que las prácticas de mediación se desarrollen en un marco de equidad y respeto cultural. La gestión del turismo cultural, por tanto, debe articular estrategias que reconozcan la diversidad de perspectivas y promuevan la participación activa de las comunidades en la definición de cómo se representa su patrimonio ante el mundo.

En el contexto de la globalización, el turismo cultural se erige como un mediador entre la memoria colectiva y la modernidad global. Los destinos patrimoniales se convierten en nodos de una red transnacional donde circulan imaginarios, conocimientos y experiencias. Esta circulación genera una paradoja: mientras se intensifica la homogenización de las formas turísticas, también se revalorizan las identidades locales como recursos de diferenciación. El patrimonio se transforma así en un lenguaje común que permite conectar lo local con lo global.

El turismo, entendido como mediador cultural, opera entonces como un espacio de negociación de la memoria. Los relatos patrimoniales no solo evocan el pasado, sino que lo reescriben desde el presente, adaptándolo a los intereses de las comunidades, de los mercados y de las instituciones. En este proceso, la memoria se convierte en una herramienta estratégica de representación, capaz de articular continuidad y cambio. La mediación turística, en consecuencia, no solo comunica cultura, sino que la produce.

A nivel global, esta capacidad de mediación posiciona al turismo cultural como un fenómeno que contribuye a la interconexión de las sociedades contemporáneas, pero también plantea desafíos éticos y epistemológicos. La cuestión central no es si el turismo transforma las culturas, pues inevitablemente lo hace, sino cómo pueden gestionarse esas transformaciones de manera que preserven la diversidad cultural y fortalezcan los vínculos interculturales.

El turismo cultural, concebido como mediador cultural, constituye un espacio donde convergen las tensiones entre representación, autenticidad y globalización. Su papel trasciende el de mero transmisor de cultura: actúa como un agente activo en la producción y circulación de significados. A través de la experiencia turística, los visitantes y las comunidades anfitrionas se involucran en procesos de co-creación simbólica que reconfiguran tanto las identidades locales como los imaginarios globales.

La comprensión del turismo como mediación cultural permite superar las visiones reduccionistas que lo limitan a un fenómeno económico. Su estudio requiere un enfoque interdisciplinario que integre perspectivas antropológicas, comunicacionales y patrimoniales, capaces de explicar las dinámicas de poder, representación y transformación que lo atraviesan. Solo desde una mirada crítica, reflexiva y ética es posible promover un turismo que contribuya realmente al diálogo intercultural, a la sostenibilidad cultural y al reconocimiento mutuo entre los pueblos.





El análisis del turismo como mediador cultural permite comprenderlo como un fenómeno social y simbólico que trasciende las fronteras del ocio y la economía para insertarse en el corazón de los procesos contemporáneos de construcción identitaria, comunicación y globalización. La experiencia turística, lejos de ser un simple consumo de lugares, constituye una práctica cultural que produce, traduce y negocia significados. En ella convergen diversas formas de conocimiento, representación y poder que moldean la manera en que las sociedades se perciben a sí mismas y a los otros.

En este sentido, el turismo cultural debe entenderse como un espacio de mediación intercultural, donde los bienes patrimoniales actúan como lenguajes comunes entre visitantes y comunidades anfitrionas. Dicho encuentro, sin embargo, no es simétrico ni exento de tensiones. Está atravesado por relaciones históricas, políticas y económicas que determinan qué aspectos del patrimonio son mostrados o silenciados, qué narrativas se legitiman y cuáles son marginadas. Por ello, la mediación turística implica tanto oportunidades de diálogo como riesgos de simplificación o mercantilización cultural (MacCannell, 2013; Urry y Larsen, 2011).

Las interacciones derivadas del turismo generan procesos de hibridación cultural que dan lugar a nuevas formas de identidad y expresión. Estas transformaciones, lejos de significar una pérdida de autenticidad, pueden interpretarse como manifestaciones del dinamismo inherente de las culturas vivas, que se adaptan y se reconfiguran en función de los encuentros interculturales (Bhabha, 1994; Harrison, 2013). Así, el turismo cultural no solo difunde imágenes del pasado, sino que también actúa como un medio de creación cultural contemporánea, donde la memoria y la modernidad dialogan de manera constante.

Asimismo, la dimensión performativa del turismo pone de relieve su carácter co-creativo. La autenticidad no reside exclusivamente en los objetos o tradiciones, sino en la interacción misma entre visitante y anfitrión, donde

ambos participan en la producción del significado (Reisinger y Steiner, 2006). Esta interacción puede fortalecer la autoestima cultural de las comunidades locales y ampliar la comprensión intercultural de los visitantes, siempre que se desarrolle en un marco de respeto, reciprocidad y equidad.

No obstante, el turismo como mediador cultural también reproduce desigualdades estructurales y simbólicas. Las narrativas turísticas suelen estar condicionadas por visiones occidentales o neoliberales del patrimonio, lo que puede generar asimetrías de poder en la representación de las culturas locales (Hollinshead, 1998). Ante ello, se vuelve imprescindible promover políticas y estrategias de gestión que reconozcan la agencia de las comunidades anfitrionas en la definición de sus propios relatos patrimoniales y que fomenten su participación activa en la toma de decisiones.

El desafío contemporáneo radica, por tanto, en equilibrar la circulación global del patrimonio con la preservación de su diversidad local. El turismo cultural puede convertirse en una herramienta para la sostenibilidad y el entendimiento mutuo, siempre que se base en principios éticos de corresponsabilidad, justicia cultural y comunicación intercultural. La mediación turística, concebida desde esta óptica, no se limita a exhibir cultura, sino que la co-construye y la revitaliza, transformándose en un proceso pedagógico y político que contribuye a la creación de un conocimiento compartido entre pueblos y generaciones.

Comprender el turismo como mediador cultural implica reconocer su papel activo en la configuración de la memoria colectiva y las identidades contemporáneas. Su potencial radica en su capacidad para articular la diversidad en tiempos de globalización, haciendo del encuentro turístico un espacio de diálogo, aprendizaje y creación conjunta. Solo desde una mirada crítica, interdisciplinaria y ética será posible consolidar un turismo que no solo comunique patrimonio, sino que también contribuya a reimaginar las relaciones culturales en un mundo cada vez más interconectado.



1.3. La dimensión transformadora del turismo cultural: experiencias, significados y aprendizajes interculturales

En el escenario contemporáneo, el turismo cultural ha dejado de concebirse únicamente como un medio para la observación del patrimonio o el consumo de lo exótico. Hoy se reconoce como una práctica social capaz de generar procesos de transformación personal, colectiva y simbólica. La experiencia turística, especialmente aquella vinculada al patrimonio, se configura como un espacio de encuentro intercultural donde los visitantes y las comunidades anfitrionas no solo intercambian bienes o servicios, sino también saberes, valores y sensibilidades. En ese diálogo se produce una forma de aprendizaje que trasciende la adquisición de información: se trata de un conocimiento vivido, emocional y reflexivo que contribuye a ampliar la comprensión del mundo y de uno mismo (Ballantyne y Packer, 2016; Richards, 2018).

Esta dimensión transformadora del turismo cultural se sustenta en la capacidad del viaje como experiencia liminal, es decir, como un tránsito simbólico que altera las percepciones y desafía los marcos de referencia culturales. El contacto con otras realidades sociales y con manifestaciones patrimoniales diversas provoca, en el viajero, una apertura hacia nuevas formas de ver, sentir y significar. Tal como señalan Cohen (2004); y Dewey (1934) la experiencia estética y vivencial se convierte en un vehículo para el desarrollo de la sensibilidad intercultural y la reflexión crítica. Así, el turismo cultural puede entenderse no solo como una práctica de ocio, sino como una pedagogía del encuentro, en la que las emociones, los sentidos y la memoria se articulan para producir significados transformadores.

De igual manera, la transformación no recae únicamente sobre el visitante. Las comunidades anfitrionas, al participar en la puesta en valor y comunicación de su patrimonio, también experimentan cambios en su identidad y su percepción del legado cultural. La interacción con públicos diversos propicia una relectura del propio pasado y una reinterpretación de las tradiciones en función del diálogo intercultural. De este



modo, el patrimonio deja de ser un conjunto de objetos inmutables y se convierte en un espacio dinámico de mediación, donde la cultura se actualiza y se resignifica constantemente (Kirshenblatt-Gimblett, 1998; Smith, 2006).

La dimensión transformadora del turismo cultural, por tanto, radica en su poder para articular experiencias de aprendizaje, significación y empatía entre culturas distintas. La vivencia patrimonial se erige como un laboratorio simbólico en el que se ensayan nuevas formas de convivencia, se cuestionan las jerarquías culturales y se promueve una comprensión más profunda de la diversidad humana. En tiempos de globalización y homogenización cultural, esta capacidad del turismo para generar reflexión, diálogo y autoconocimiento lo posiciona como una de las herramientas más potentes de educación intercultural y sostenibilidad cultural (Richards, 2018; Silverman, 2010).

El turismo cultural, entendido como práctica de mediación entre visitantes y comunidades, ha adquirido en las últimas décadas una nueva dimensión teórica: la de la experiencia transformadora. Esta perspectiva, influenciada por la fenomenología del viaje, los estudios culturales y la teoría del aprendizaje experiencial, concibe al turismo no solo como una actividad de observación o consumo, sino como un proceso de interacción profunda que puede alterar las percepciones, valores y emociones de quienes participan en él (Ballantyne y Packer, 2016; Richards, 2018). En este marco, el patrimonio deja de ser un objeto estático de contemplación y se convierte en un agente pedagógico y emocional que moviliza significados, estimula la empatía y favorece la comprensión intercultural.

El encuentro con el patrimonio genera, por tanto, un tipo de conocimiento distinto al racional o académico: un saber vivido, que se produce en la experiencia sensorial, estética y afectiva del visitante. Esta idea remite a la noción de “experiencia estética” formulada por Dewey (1934), quien sostenía que el arte; y, por extensión, toda manifestación cultural actúa como medio de transformación interior. En el contexto del turismo cultural,





esta experiencia estética se amplía hacia lo social, ya que el contacto con otras formas de vida, memoria y espiritualidad provoca un proceso reflexivo donde el visitante reevalúa sus propios referentes culturales. La vivencia turística se convierte así en un espacio de autoformación intercultural, donde el conocimiento surge del diálogo entre la emoción, la percepción y el entendimiento crítico.

El patrimonio, cuando se experimenta en contextos turísticos, no es solo una fuente de información histórica, sino una mediación simbólica que articula emociones y significados colectivos. Los lugares patrimoniales, los rituales, las festividades o las expresiones artísticas funcionan como escenarios de interacción donde se actualizan las memorias de las comunidades y, al mismo tiempo, se generan nuevas lecturas por parte de los visitantes. Según Kirshenblatt-Gimblett (1998), el patrimonio no es tanto lo que queda del pasado, sino lo que las sociedades contemporáneas deciden convertir en patrimonio. En este sentido, la experiencia turística no se limita a observar la autenticidad, sino que participa activamente en su reconstrucción, dotando al patrimonio de nuevos sentidos vinculados a la contemporaneidad.

La dimensión transformadora del turismo cultural se fundamenta en la capacidad del viaje para generar cambios cognitivos, emocionales y éticos. Pine y Gilmore (1999) denominaron a esta lógica la “economía de la experiencia”, en la cual el valor se produce no por el producto material, sino por la vivencia significativa que se ofrece. No obstante, en el ámbito del turismo cultural, esta experiencia adquiere un matiz más profundo: implica un proceso de reflexión sobre la diversidad y la identidad. Richards (2018) sostiene que el turismo cultural puede convertirse en una vía hacia la sostenibilidad precisamente porque promueve un aprendizaje intercultural que transforma tanto al visitante como a la comunidad anfitriona. De este modo, la experiencia patrimonial se convierte en un proceso bidireccional de transformación simbólica.

Desde la perspectiva del visitante, el contacto con otras culturas y memorias genera un proceso de reflexividad

identitaria. El turista contemporáneo no busca únicamente entretenimiento o evasión, sino también comprensión, conexión y crecimiento personal (Cohen, 2004). En este sentido, el viaje patrimonial funciona como un rito de paso moderno, una oportunidad para la introspección y la expansión de horizontes culturales. Las emociones que emergen de la experiencia, como la admiración, la nostalgia, la gratitud o incluso el desconcierto actúan como catalizadores de aprendizaje, propiciando una apertura hacia la diferencia. A través del encuentro con el otro, el visitante redefine su percepción del mundo y de sí mismo, en un proceso de transformación que es simultáneamente estético, cognitivo y ético.

Por otro lado, desde la perspectiva de las comunidades anfitrionas, la experiencia turística también puede generar transformaciones profundas. El hecho de presentar, narrar y compartir el patrimonio ante audiencias externas implica una relectura del propio legado cultural. Las prácticas rituales, artísticas o cotidianas, cuando se ponen en escena para el visitante, adquieren nuevas funciones simbólicas: se convierten en actos de afirmación identitaria y de comunicación intercultural (Smith, 2006). Este proceso de reinterpretación permite que las comunidades reflexionen sobre su propio patrimonio y su valor social, fortaleciendo la conciencia de pertenencia y la autoestima colectiva. No obstante, también puede generar tensiones, especialmente cuando las expectativas del mercado turístico presionan para adaptar o simplificar las expresiones culturales a los gustos externos.

La experiencia transformadora del turismo cultural se sitúa, por tanto, en un delicado equilibrio entre la autenticidad y la representación. La autenticidad no reside necesariamente en la fidelidad a una tradición inmutable, sino en la sinceridad de la interacción entre anfitriones y visitantes. Reisinger y Steiner (2006) argumentan que la autenticidad es una construcción intersubjetiva, un significado negociado que emerge de la experiencia compartida. Desde esta óptica, la transformación no surge del espectáculo turístico en sí, sino del proceso dialógico que este desencadena:





un intercambio simbólico en el que se reconocen las diferencias, se cuestionan los prejuicios y se construyen nuevas formas de entendimiento cultural.

El carácter sensorial y emocional del turismo patrimonial potencia esta capacidad transformadora. La visita a sitios históricos, museos o paisajes culturales activa una memoria corporal y afectiva que complementa el conocimiento racional. Las sensaciones, el sonido de una lengua desconocida, el aroma de una comida tradicional, la textura de una piedra ancestral, se integran en la experiencia del viajero como huellas que permanecen en su memoria. Esta dimensión sensorial no solo intensifica el disfrute estético, sino que también amplía la comprensión cultural al situar al visitante dentro de un entorno vivido, no simplemente observado (Tuan, 1977). De este modo, la experiencia patrimonial se convierte en una práctica de inmersión y empatía que trasciende las barreras lingüísticas o conceptuales.

Sin embargo, para que la experiencia patrimonial sea realmente transformadora, debe sustentarse en procesos reflexivos y críticos. El turismo puede convertirse en un espacio de aprendizaje intercultural solo si se propicia la interpretación contextual del patrimonio y se evitan las narrativas simplificadas o exotizantes. Como advierte Silverman (2010), la educación patrimonial y la mediación cultural desempeñan un papel central en la construcción de experiencias significativas, al ofrecer marcos interpretativos que permitan comprender la complejidad histórica y social de los lugares visitados. En este sentido, los museos, los guías, las instituciones culturales y las propias comunidades deben actuar como facilitadores del diálogo y no como simples transmisores de información.

La transformación que produce el turismo cultural no se limita a lo individual. También puede tener impactos colectivos, al contribuir a la revalorización del patrimonio y a la revitalización de prácticas culturales. El reconocimiento por parte de los visitantes puede fortalecer el sentido de orgullo local y estimular la continuidad de tradiciones que, de otro modo, podrían verse amenazadas por la globalización o la desatención

estatal. Así, la experiencia turística puede operar como un motor simbólico de desarrollo sostenible, al integrar el respeto cultural, la educación patrimonial y la participación comunitaria en una misma dinámica de intercambio.

No obstante, es fundamental subrayar que la transformación no siempre es positiva ni equitativa. Las experiencias patrimoniales también pueden reproducir desigualdades cuando se instrumentalizan para fines comerciales o políticos. En tales casos, el patrimonio corre el riesgo de convertirse en un recurso escénico desprovisto de su significado profundo, transformando la experiencia en un consumo superficial. Por ello, la ética del turismo cultural debe centrarse en promover relaciones horizontales, donde la transformación personal del visitante no se logre a costa de la instrumentalización del otro.

El turismo cultural constituye un laboratorio de aprendizaje intercultural, donde el patrimonio actúa como un catalizador de transformación tanto individual como colectiva. La experiencia patrimonial no solo comunica el pasado, sino que también genera futuros posibles, al propiciar la creación de significados compartidos y el fortalecimiento de los vínculos humanos. Comprender esta dimensión transformadora implica reconocer que el turismo no es únicamente una práctica económica o estética, sino un fenómeno de profundo alcance educativo, emocional y ético. A través del encuentro con la alteridad, el visitante aprende sobre el mundo, pero también sobre sí mismo; y en esa doble mirada reside el verdadero poder transformador del patrimonio en la era global.

La comprensión del turismo cultural como experiencia transformadora permite reconocer su papel activo en la construcción de significados, emociones y aprendizajes interculturales. Lejos de ser una práctica pasiva o meramente contemplativa, el turismo se revela como un proceso de encuentro en el que convergen las dimensiones sensorial, cognitiva y afectiva del ser humano. Cada visita, cada contacto con un patrimonio o una tradición, abre la posibilidad de un diálogo que





trasciende las diferencias y genera nuevas formas de comprensión del otro y de uno mismo. El viaje deja de ser una simple actividad de desplazamiento para convertirse en un itinerario interior que moviliza percepciones, sensibilidades y valores.

El turismo cultural, al situar el patrimonio en el centro de la experiencia, transforma la manera en que las personas se relacionan con la historia, la identidad y la memoria. Los lugares patrimoniales, los paisajes culturales o las expresiones artísticas se convierten en escenarios de aprendizaje vivencial donde el conocimiento se produce a través de la emoción, la observación y la participación. En este sentido, el acto de conocer una cultura no se limita a comprenderla desde la razón, sino que implica sentirla, vivirla y, sobre todo, dejarse interpelar por ella. Esta vivencia produce transformaciones profundas, tanto individuales como colectivas, al cuestionar los marcos culturales previos y favorecer una mirada más empática y plural sobre el mundo.

Desde la perspectiva del visitante, la experiencia patrimonial puede funcionar como una forma de autodescubrimiento. El contacto con lo diferente estimula procesos de reflexión que amplían los horizontes personales y culturales. El turista no solo observa, sino que se transforma en participante activo de una narrativa compartida. A través de la emoción, la curiosidad y la empatía, el visitante se sumerge en realidades que lo invitan a repensar su lugar en el mundo. En esta interacción, la cultura deja de ser un espectáculo ajeno y se convierte en un espejo donde se reconocen las convergencias humanas.

Por su parte, las comunidades anfitrionas también experimentan cambios significativos al compartir su patrimonio con el visitante. El acto de mostrar, narrar o representar las tradiciones ante los demás implica una relectura constante de la identidad. Este proceso refuerza la conciencia de pertenencia y la valoración del propio legado, pero al mismo tiempo exige equilibrio para evitar que las prácticas culturales se distorsionen bajo las presiones del mercado o las expectativas externas. En su mejor expresión, esta relación puede fortalecer

los lazos sociales, revitalizar expresiones culturales y generar un sentido renovado de orgullo comunitario.

La transformación derivada del turismo cultural no es unilateral, sino recíproca. Se trata de una construcción compartida en la que ambas partes: visitante y comunidad se influyen mutuamente en un proceso dinámico de aprendizaje. En este intercambio, la cultura no se conserva como una pieza inerte del pasado, sino que se actualiza, se interpreta y se comunica. El patrimonio se convierte, entonces, en un lenguaje común a través del cual las sociedades dialogan sobre sus memorias y sus aspiraciones.

No obstante, la dimensión transformadora del turismo cultural solo alcanza su verdadero potencial cuando está guiada por una conciencia ética y reflexiva. La interacción entre culturas debe desarrollarse en un marco de respeto, reconocimiento y equidad, evitando que la diferencia se convierta en objeto de consumo o espectáculo. La transformación más valiosa es aquella que se construye desde el entendimiento mutuo, el respeto por la diversidad y la búsqueda de una convivencia intercultural auténtica.

En última instancia, el turismo cultural se presenta como una vía privilegiada para fortalecer la educación intercultural y la sostenibilidad cultural. Su poder no radica únicamente en el intercambio económico ni en la promoción del patrimonio, sino en su capacidad para generar experiencias significativas que transformen las percepciones, fomenten la empatía y renueven los vínculos humanos. Comprender esta dimensión es reconocer que el turismo, cuando se vive con sensibilidad y reflexión, puede convertirse en una herramienta de crecimiento personal, cohesión social y construcción simbólica de un mundo más consciente, solidario y culturalmente diverso.

1.4. El turismo como espacio de continuidad y reactivación de la memoria colectiva

El turismo cultural contemporáneo se configura como un escenario privilegiado para observar cómo las sociedades actualizan, negocian y reconfiguran



sus memorias colectivas. Más allá de su dimensión económica o recreativa, el turismo representa un proceso social de gran densidad simbólica, en el que el pasado se reactiva mediante la experiencia compartida. En este sentido, los lugares patrimoniales no deben entenderse como depósitos inertes de historia, sino como espacios de mediación donde las comunidades reescriben su identidad ante la mirada del visitante. Como planteó Nora (1984), los lugares de memoria surgen precisamente cuando la memoria viva se ve amenazada por el paso del tiempo, convirtiendo los espacios patrimoniales en escenarios de reactivación simbólica.

Asimismo, la teoría de la memoria colectiva desarrollada por Halbwachs (1992) ayuda a comprender que la memoria no es una entidad individual, sino una construcción social que se renueva en función de los marcos colectivos que le dan sentido. En el ámbito del turismo, estos marcos se reconstruyen constantemente a través de las prácticas interpretativas, los discursos institucionales y las experiencias personales que se entrelazan durante el acto de viajar. Desde esta óptica, el visitante no es un mero observador, sino un actor que participa; aunque temporalmente, en la producción simbólica del lugar; mientras que las comunidades anfitrionas resignifican su herencia cultural a partir del encuentro intercultural.

Assmann (2011) subraya que la memoria cultural se sustenta en la transmisión y reinterpretación de los símbolos que conectan el pasado con el presente. En el turismo, estos procesos se manifiestan en la narración patrimonial, en la performance ritual y en la musealización del paisaje, donde la memoria se experimenta sensorialmente y no solo se representa. Esta dinámica de apropiación y reinterpretación también ha sido abordada por Connerton (1989), quien sostiene que la memoria se mantiene viva mediante los actos conmemorativos y las prácticas corporales. Así, el turismo cultural puede entenderse como una extensión contemporánea de esas prácticas, en tanto promueve la actualización de los relatos históricos a través del contacto entre diferentes actores sociales.



De manera complementaria, Ricoeur (2024) propone que toda memoria implica una relación ética con el tiempo, ya que recordar es un acto de responsabilidad frente a la historia compartida. Desde esta perspectiva, el turismo no solo contribuye a preservar el pasado, sino que lo somete a revisión crítica, integrando nuevas voces y perspectivas. En esa medida, la experiencia turística se convierte en un mecanismo de mediación cultural que permite a las sociedades enfrentarse a sus propias narrativas históricas, a menudo fragmentadas o silenciadas.

Por su parte, Huyssen (2003) advierte que en la era de la globalización, la memoria adquiere un carácter transnacional, desplazándose junto con las personas, las imágenes y los discursos. El turismo cultural participa de este movimiento, funcionando como un dispositivo de circulación simbólica que reactiva memorias locales en contextos globales. En palabras de Smith (2006), el patrimonio no es un objeto del pasado, sino una práctica cultural contemporánea a través de la cual las comunidades expresan quiénes son y qué desean conservar.

Así entendido, el turismo se erige como un espacio de continuidad viva, donde las memorias se renuevan sin perder su anclaje en la historia. Lejos de fossilizar las tradiciones, la práctica turística puede convertirse en una herramienta de revitalización cultural y de afirmación identitaria, siempre que se gestione con sensibilidad, ética y participación comunitaria. En este sentido, el turismo cultural no solo preserva la memoria colectiva: la reactiva, la amplía y la proyecta hacia el futuro, manteniendo la historia en movimiento.

En el marco del turismo cultural, la relación entre patrimonio, memoria y continuidad cultural adquiere una dimensión profundamente dinámica. Lejos de entenderse como una simple conservación del pasado, la experiencia patrimonial se manifiesta como un proceso de reactivación simbólica, donde las comunidades resignifican sus tradiciones ante la mirada contemporánea. En este sentido, el turismo no representa una ruptura con la historia, sino una prolongación de





ella: un espacio donde las memorias colectivas se actualizan, dialogan y encuentran nuevas formas de expresión. Hobsbawm y Ranger (2014) sostienen que las tradiciones no son entes estáticos, sino invenciones sociales que responden a contextos específicos; su vigencia depende precisamente de su capacidad para adaptarse y transformarse sin perder el sentido de continuidad que las legitima.

Diversos estudios recientes han profundizado en la comprensión del turismo como un espacio activo de producción y reactivación de la memoria colectiva. Zhou et al. (2023) ofrecen una perspectiva fundamental para comprender cómo el turismo se configura como un proceso dinámico de reconstrucción de la memoria colectiva. Su estudio, desarrollado en el marco del turismo chino contemporáneo, demuestra que la experiencia turística no se limita a la contemplación pasiva del pasado, sino que genera un entramado de memorias vivas que se reactivan a través de la interacción social.

Los autores sostienen que los viajeros, al recorrer lugares cargados de significados históricos y culturales, no solo acceden a narrativas preexistentes, sino que co-construyen nuevas interpretaciones del patrimonio junto a las comunidades anfitrionas. De esta manera, el turismo se convierte en un espacio de mediación simbólica donde las memorias individuales y colectivas convergen, se transforman y adquieren nuevas formas de continuidad. La memoria, según su planteamiento, se manifiesta como una experiencia compartida que trasciende los límites del tiempo y el territorio, articulando el pasado con las vivencias del presente.

Por su parte, Pfoser y Stach (2024) profundizan en la dimensión relacional y emocional del turismo como práctica de memoria, proponiendo una visión más amplia que supera el enfoque tradicional de los “pasados difíciles”. Los autores argumentan que las experiencias turísticas, incluso aquellas vinculadas a memorias dolorosas o conflictivas, pueden convertirse en plataformas de diálogo intercultural y reconciliación simbólica. Desde esta óptica, la memoria no es únicamente un acto de conmemoración, sino un proceso

de recreación continua en el que intervienen emociones, narrativas y corporalidades.

El turismo, en consecuencia, funge como un laboratorio de sentido donde las comunidades reinterpretan su historia y los visitantes experimentan una forma de aprendizaje empático. Esta interacción, lejos de simplificar la historia o mercantilizar el recuerdo, puede generar nuevas formas de comprensión y reconocimiento mutuo. Pfoser y Stach (2024) enfatizan así que el turismo tiene la capacidad de producir memorias “en presente”, donde el pasado se reactiva de modo performativo y se vincula a los desafíos identitarios del mundo contemporáneo.

En una línea complementaria, Pfoser (2025) aborda la dimensión política y simbólica del turismo como práctica de creación de memoria. Esta autora analiza cómo las prácticas turísticas reflejan y reconfiguran los imaginarios históricos heredados del periodo imperial. Desde su perspectiva, el turismo opera como un dispositivo de “fabricación de memoria” en el que se negocian narrativas de poder, pertenencia y continuidad cultural. Los viajeros, al desplazarse por espacios cargados de historia, reactivan significados latentes y, al mismo tiempo, producen nuevas lecturas del pasado que se articulan con las identidades nacionales y colectivas. Pfoser (2025) sostiene que esta “memoria en movimiento” no solo reafirma el vínculo entre los sujetos y su herencia cultural, sino que también revela las tensiones y ambivalencias propias de los procesos de globalización y poscolonialidad. Así, el turismo se presenta como un campo donde el recuerdo, la nostalgia y la reinterpretación se entrelazan en un flujo constante de resignificación.

Estas investigaciones coinciden en que el turismo no puede entenderse como una simple recreación del pasado, sino como un proceso de actualización simbólica que mantiene viva la memoria colectiva. Los encuentros entre visitantes y comunidades propician la continuidad cultural mediante la revitalización de prácticas, relatos y paisajes cargados de significado. A través de la experiencia turística, el patrimonio se transforma en un espacio de diálogo temporal y afectivo



donde las memorias individuales se funden con las colectivas, generando una narrativa compartida que da sentido a la identidad contemporánea. De este modo, el turismo cultural actúa como un agente de mediación entre la historia y el presente, entre lo local y lo global, reafirmando su papel como vehículo de reactivación de la memoria y de sostenibilidad simbólica en las sociedades actuales.

El turismo cultural, al propiciar encuentros entre viajeros y comunidades, actúa como un mediador en este proceso de continuidad. Cada visitante, al aproximarse a una práctica, un paisaje o un relato patrimonial, contribuye a renovar su significado. Este fenómeno no implica una pérdida de autenticidad, sino la afirmación de que toda cultura está viva y, por tanto, sujeta a reinterpretaciones. La memoria colectiva, entendida como un conjunto de recuerdos compartidos que otorgan identidad a un grupo humano encuentra en el turismo una oportunidad para proyectarse hacia el futuro. A través de la narración, la performance o la recreación de rituales, las comunidades transforman la herencia en experiencia, convirtiendo el pasado en un recurso de presente y, al mismo tiempo, en una promesa de continuidad.

Halbwachs (1992) planteaba que la memoria colectiva no existe en abstracto, sino que se activa en el marco de las relaciones sociales. Desde esta perspectiva, la práctica turística ofrece un escenario privilegiado para la actualización de esa memoria, ya que sitúa a los actores locales en un proceso constante de comunicación y reinterpretación de su legado. Los relatos orales, las festividades o las manifestaciones artesanales adquieren una nueva vitalidad cuando son compartidos con otros. No se trata únicamente de mostrar lo propio, sino de reconstruir el sentido del pasado en función del presente compartido. De esta forma, la experiencia turística puede funcionar como una estrategia de revitalización cultural, en la medida en que impulsa a las comunidades a reflexionar sobre su identidad y a reafirmar sus vínculos con el territorio y la historia.

En este contexto, el patrimonio deja de ser un conjunto de bienes tangibles para convertirse en un tejido vivo



de significados. Los paisajes, los templos, las danzas o los sabores tradicionales no solo evocan el pasado, sino que incorporan nuevas memorias generadas por la interacción entre locales y visitantes. Cada visita, cada relato y cada fotografía forman parte de una cadena de resignificaciones que amplía la biografía simbólica del patrimonio. Nora (1984) afirma que los “lugares de memoria” no son únicamente espacios materiales, sino también escenarios emocionales donde las sociedades depositan su identidad. En el turismo, estos lugares se reactivan y resignifican, integrando memorias individuales y colectivas en una narrativa compartida.

La continuidad cultural no implica una conservación pasiva del pasado, sino un equilibrio entre la permanencia y el cambio. Las comunidades que participan en el turismo cultural no se limitan a reproducir sus tradiciones, sino que las reinterpretan a partir de los desafíos contemporáneos. En muchos casos, la apertura al visitante impulsa procesos de innovación cultural que permiten que prácticas en riesgo de desaparición encuentren nuevas formas de sostenibilidad. Por ejemplo, las fiestas locales o las expresiones artesanales que antes se transmitían únicamente por vía oral ahora se documentan, se difunden y se adaptan a nuevos formatos de comunicación. Lejos de diluir la autenticidad, esta adaptación garantiza la pervivencia simbólica del patrimonio en contextos globalizados.

Sin embargo, esta continuidad cultural mediada por el turismo también plantea dilemas. La puesta en escena del patrimonio ante el público puede derivar en procesos de mercantilización o folklorización, en los cuales la memoria se instrumentaliza como producto. Cuando las tradiciones se transforman exclusivamente en atractivos turísticos, corren el riesgo de desvincularse de sus sentidos originales y de las comunidades que les dieron origen. La clave, por tanto, reside en mantener un equilibrio entre la preservación del significado cultural y la apertura al diálogo intercultural. La gestión ética del turismo patrimonial requiere estrategias participativas que garanticen que las comunidades sean protagonistas en la interpretación y transmisión de su memoria.





En este sentido, la memoria colectiva actúa como un recurso estratégico de empoderamiento. Al narrar su historia a los visitantes, las comunidades no solo comparten su herencia, sino que la reafirman. La oralidad, el rito y la performance turística se convierten en mecanismos de reconstrucción identitaria, donde el pasado es revisado a la luz del presente. Cada interacción turística, entonces, genera una doble transformación: por un lado, en el visitante, que adquiere una comprensión más profunda del otro y de sí mismo; por otro, en la comunidad, que renueva su sentido de pertenencia y su legitimidad cultural. Este proceso de reciprocidad constituye la base de la continuidad cultural en contextos turísticos, donde el patrimonio se mantiene vivo gracias al intercambio simbólico entre actores diversos.

El papel del turismo en la continuidad cultural puede entenderse también desde la perspectiva del tiempo vivido. El viaje no solo es desplazamiento espacial, sino experiencia temporal que conecta distintas capas de memoria. El visitante se inserta en una narrativa histórica ajena y, al hacerlo, se convierte en parte de ella. De este modo, el turismo patrimonial genera una especie de “memoria expandida”, donde los recuerdos individuales se entrelazan con los colectivos, construyendo una trama compartida de significados. Esta dimensión temporal del turismo refuerza la idea de que la cultura no se conserva en los objetos, sino en las relaciones humanas que los reactivan constantemente.

Por último, la continuidad cultural y la memoria colectiva que emergen del turismo cultural poseen un profundo valor educativo y social. El acto de compartir el patrimonio con otros fomenta la empatía, el respeto y la conciencia sobre la diversidad cultural. Al mismo tiempo, fortalece la cohesión interna de las comunidades al reafirmar su papel como guardianas y mediadoras de una historia común. Así, el turismo cultural, cuando se gestiona con sensibilidad y participación, puede convertirse en una herramienta de sostenibilidad simbólica, capaz de mantener viva la herencia sin fosilizarla, de renovar la memoria sin banalizarla y de proyectar la identidad cultural hacia el futuro sin romper con sus raíces.

En síntesis, la continuidad cultural y la memoria colectiva se revelan como dimensiones esenciales del turismo cultural contemporáneo. Lejos de ser un proceso de pérdida o sustitución, el encuentro entre visitantes y comunidades constituye una forma de recrear el patrimonio, de prolongar la historia y de resignificar la identidad. En cada gesto de hospitalidad, en cada narración y en cada acto ritual, el pasado se hace presente y se abre a nuevas posibilidades de interpretación. El turismo, así entendido, no destruye la memoria: la hace circular, la amplía y la mantiene viva como un flujo constante entre lo local y lo global, entre lo ancestral y lo contemporáneo.

El análisis del turismo cultural desde la perspectiva de la memoria colectiva permite comprender que este fenómeno trasciende su dimensión económica o recreativa, configurándose como un proceso de reconstrucción simbólica del pasado en el presente. A través de la interacción entre visitantes y comunidades, el turismo se convierte en un espacio donde la historia se actualiza y la identidad cultural se reafirma. Lejos de limitarse a la contemplación de lo antiguo, el acto de viajar propicia un diálogo intergeneracional y transcultural que revitaliza los significados del patrimonio y los proyecta hacia el futuro.

La memoria colectiva, entendida como un tejido de experiencias compartidas, encuentra en el turismo un medio de continuidad dinámica. Cada encuentro, narración o ritual permite que los recuerdos se reactiven y adquieran nuevas formas de expresión. De esta manera, el turismo no interrumpe la historia, sino que la prolonga, dotándola de nuevos sentidos. Las comunidades anfitrionas, al compartir su herencia con los visitantes, no solo preservan su legado, sino que también lo reinterpretan, fortaleciendo su identidad y su sentido de pertenencia.

El patrimonio, en este contexto, se revela como una entidad viva, construida en la experiencia, la emoción y el intercambio simbólico. Su autenticidad no radica en la conservación rígida de las tradiciones, sino en su capacidad para adaptarse a las transformaciones



contemporáneas sin perder su esencia. Esta flexibilidad cultural permite que las prácticas patrimoniales se mantengan vigentes y significativas, incluso en medio de los procesos de globalización y cambio social.

No obstante, la continuidad cultural que genera el turismo exige un enfoque ético y crítico. La gestión del patrimonio debe evitar caer en la mercantilización o trivialización de las tradiciones, garantizando la participación activa de las comunidades en la interpretación de su memoria. Solo así el turismo puede convertirse en un instrumento de fortalecimiento cultural y no en un agente de distorsión o pérdida de autenticidad.

En última instancia, el turismo cultural emerge como un medio de educación y transformación social. Al promover el encuentro con la diversidad y la comprensión de otras realidades históricas, contribuye al desarrollo de una conciencia intercultural basada en el respeto, la empatía y el reconocimiento mutuo. La memoria colectiva, en este sentido, no se limita a conservar el pasado: lo reactiva y lo reescribe en cada experiencia compartida.

El turismo cultural, cuando se asume como una práctica reflexiva y participativa, mantiene viva la historia y refuerza los lazos entre generaciones, territorios y culturas. En ese flujo continuo entre recuerdo y renovación, entre lo local y lo global, el turismo se convierte en un puente simbólico que sostiene la vitalidad del patrimonio y la memoria, asegurando su permanencia en la experiencia humana contemporánea.

1.5. El turismo como práctica de sostenibilidad cultural y ética del patrimonio vivo

En las últimas décadas, el turismo cultural se ha consolidado como un espacio de encuentro entre la conservación del patrimonio y los procesos de desarrollo sostenible. Sin embargo, más allá de su dimensión económica o ecológica, el desafío contemporáneo del turismo radica en garantizar la sostenibilidad cultural, entendida como la capacidad de las comunidades para mantener vigentes los significados, valores y prácticas que constituyen su identidad colectiva (Harrison,

2013; Richards, 2018). Esta noción trasciende la mera preservación material de monumentos o tradiciones, para centrarse en la continuidad simbólica de los bienes culturales dentro de contextos de cambio social y globalización. Desde esta perspectiva, el turismo no debe verse únicamente como un consumidor del patrimonio, sino como una práctica social que puede contribuir a su revitalización, siempre que se gestione con sensibilidad, participación comunitaria y responsabilidad ética.

La idea de una ética del patrimonio vivo supone reconocer que la herencia cultural no es un conjunto estático de objetos, sino un proceso dinámico que depende de la interacción entre personas, memorias y territorios (Smith, 2006). La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (2019) ha insistido en que la sostenibilidad del patrimonio requiere involucrar a las comunidades en su interpretación y gestión, asegurando que sean protagonistas en la transmisión de sus saberes y no meros espectadores de su propia cultura. En este sentido, la práctica turística puede funcionar como un espacio de co-creación de significados, donde visitantes y anfitriones participan en la reconstrucción del sentido patrimonial a través del diálogo intercultural y la experiencia compartida.

Sin embargo, esta dimensión transformadora del turismo conlleva también tensiones. Cuando la lógica del mercado domina la gestión patrimonial, el riesgo de la mercantilización cultural se intensifica: los bienes simbólicos se vacían de contenido y las tradiciones se reducen a espectáculos para el consumo (Gravari-Barbas, 2018). Frente a esta tendencia, la sostenibilidad cultural exige una mirada ética que privilegie el respeto por la autenticidad interpretativa y por las voces locales. Tello Rozas (2017) aporta una reflexión fundamental sobre la relación entre patrimonio, turismo y comunidad, destacando que el turismo cultural solo puede ser sostenible cuando se concibe como un proceso social participativo y no como una mera actividad económica. Desde su perspectiva, el patrimonio no existe de manera independiente de las comunidades que lo producen y lo significan; por el contrario, su valor se construye en





la interacción constante entre las prácticas culturales locales y las dinámicas turísticas. En este sentido, la autora plantea que la sostenibilidad del turismo cultural depende de reconocer a las comunidades como protagonistas en la gestión del patrimonio, ya que son ellas quienes otorgan sentido y continuidad a las tradiciones, los paisajes y las manifestaciones simbólicas.

De este modo, hablar del turismo como práctica de sostenibilidad cultural y ética del patrimonio vivo implica concebirlo como un mediador entre pasado y futuro, entre conservación y cambio, entre memoria y contemporaneidad. La sostenibilidad no se limita a la permanencia de lo material, sino a la vigencia de los valores que dotan de significado a los lugares y las tradiciones. En esa intersección, el turismo cultural se presenta como una oportunidad, y a la vez una responsabilidad para construir formas de desarrollo que reconozcan la diversidad, promuevan el diálogo intercultural y mantengan viva la relación entre las comunidades y su patrimonio.

El turismo cultural contemporáneo enfrenta un desafío crucial: no basta con conservar los monumentos, las tradiciones o los objetos patrimoniales; es necesario garantizar la sostenibilidad del sentido que los sostiene. En otras palabras, la verdadera conservación no radica solo en proteger lo material, sino en preservar y renovar los significados culturales que dan vida al patrimonio. En un mundo marcado por la globalización, la movilidad y la digitalización, los bienes culturales corren el riesgo de vaciarse simbólicamente cuando se los reduce a meros productos turísticos. La sostenibilidad del sentido, por tanto, implica mantener el equilibrio entre la transmisión del legado y su actualización dentro de las transformaciones sociales y económicas del presente.

La Declaración del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios sobre Turismo Cultural (International Council on Monuments and Sites, 1999) estableció tempranamente que el turismo puede ser una fuerza positiva para la conservación solo si se gestiona en armonía con los valores culturales y con la participación activa de las

comunidades locales. A su vez, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (2019) enfatiza que el patrimonio cultural debe ser entendido como un proceso vivo y dinámico, en el que las comunidades desempeñan un papel esencial en la salvaguardia de sus prácticas, conocimientos y expresiones simbólicas. Desde esta visión, la sostenibilidad no se limita a la dimensión ecológica o económica, sino que abarca también la sostenibilidad cultural, es decir, la capacidad de los pueblos para mantener vigentes los significados que configuran su identidad colectiva.

El concepto de “sostenibilidad del sentido”, como lo plantean Richards (2018); y Smith (2006), hace referencia a la preservación de la autenticidad interpretativa y de las relaciones sociales que sustentan el patrimonio. El turismo cultural, al poner en contacto a visitantes y comunidades, se convierte en un espacio de negociación simbólica donde los significados son discutidos, reinterpretados y actualizados. Esta interacción puede generar una revitalización cultural profunda, siempre que sea conducida con respeto, sensibilidad y participación local. En este sentido, Timothy y Nyaupane (2009) señalan que el turismo sostenible requiere integrar la dimensión cultural como un eje transversal, garantizando que los beneficios del desarrollo turístico se traduzcan en la protección del patrimonio tangible e intangible y en el fortalecimiento del sentido de pertenencia de las comunidades.

La sostenibilidad del sentido no puede entenderse sin la dimensión ética del turismo. Cuando la lógica del mercado domina la gestión patrimonial, el riesgo de la mercantilización cultural se intensifica: los bienes patrimoniales se transforman en decorados para el consumo, las tradiciones se vacían de contenido y las comunidades pierden el control sobre su propia narrativa. En palabras de Gravari-Barbas (2018), el turismo puede convertirse en una “industria de la memoria”, donde la historia y la identidad se instrumentalizan como mercancía global. Frente a este escenario, la sostenibilidad cultural supone resistir a esa banalización, promoviendo





modelos de turismo que respeten los valores locales, la diversidad de las interpretaciones y la voz de quienes viven el patrimonio como parte de su cotidianidad.

En la literatura reciente sobre turismo cultural y sostenibilidad, diversos autores coinciden en que la sostenibilidad no puede reducirse a criterios ambientales o económicos, sino que debe integrar de manera transversal la dimensión cultural. Zhang et al. (2025) proponen un marco holístico de sostenibilidad cultural que reconoce al turismo como un espacio donde los valores, las identidades y los significados locales deben preservarse y renovarse simultáneamente. Según estos autores, la sostenibilidad cultural implica crear entornos turísticos que respeten las prácticas culturales vivas, fomenten el diálogo intercultural y promuevan la continuidad simbólica de las comunidades anfitrionas. De este modo, la gestión del turismo debe orientarse no solo a minimizar impactos negativos, sino a mantener la relevancia ética y social del patrimonio, asegurando que su interpretación y uso respondan a las necesidades culturales de quienes lo habitan.

Complementariamente, Osman y Farahat (2021) destacan el valor del enfoque del patrimonio vivo (living heritage approach) como vía para integrar el desarrollo turístico con la sostenibilidad económica y cultural. En su estudio sobre el Monte Líbano, los autores demuestran que cuando las comunidades locales participan activamente en la preservación y reinterpretación de su patrimonio, el turismo se convierte en un instrumento de empoderamiento y resiliencia cultural. Este enfoque reconoce que el patrimonio no es un conjunto estático de objetos o tradiciones, sino un proceso dinámico que se renueva a través de la práctica cotidiana. Así, la sostenibilidad del turismo depende de la capacidad de mantener viva la relación entre la comunidad y su herencia, asegurando que las prácticas culturales sigan siendo significativas y adaptables frente a las transformaciones contemporáneas.

Por su parte, Geçikli et al. (2024) realizan un análisis bibliométrico que revela cómo el campo del turismo patrimonial sostenible ha evolucionado hacia una

comprensión más compleja y ética del vínculo entre cultura y desarrollo. Los autores identifican una creciente tendencia hacia enfoques participativos y de gobernanza comunitaria, que buscan equilibrar la conservación patrimonial con la innovación social y económica. En esta línea, la sostenibilidad cultural se concibe como un proceso relacional y multidimensional, donde la autenticidad del patrimonio depende tanto de la gestión responsable como de la implicación activa de los actores locales. Esta perspectiva refuerza la idea de que el turismo cultural debe orientarse hacia la regeneración simbólica de los lugares, evitando la banalización o mercantilización del legado cultural.

En un sentido convergente, Khater et al. (2025) introducen el concepto de turismo regenerativo como una evolución del paradigma de sostenibilidad. A través de un enfoque centrado en la comunidad, los autores sostienen que la regeneración turística no solo preserva los recursos patrimoniales, sino que revitaliza los sistemas sociales, ecológicos y culturales que les dan sentido. Este modelo se basa en el principio de que las comunidades no deben ser vistas como receptoras pasivas del turismo, sino como agentes activos de cambio capaces de reconstruir su futuro a partir de su memoria colectiva y sus valores culturales. El turismo, bajo esta óptica, se convierte en un medio de sanación simbólica y de fortalecimiento identitario, donde la sostenibilidad del sentido y la ética del patrimonio vivo se traducen en prácticas concretas de justicia cultural y corresponsabilidad social.

En conjunto, las contribuciones de estos autores coinciden en que la sostenibilidad cultural exige repensar el papel del turismo como práctica ética y co-creativa. Más allá de conservar monumentos o paisajes, se trata de garantizar que el patrimonio siga siendo un recurso de significado y pertenencia para las generaciones presentes y futuras. La sostenibilidad, entendida desde la ética del patrimonio vivo, implica reconocer la interdependencia entre memoria, identidad y desarrollo, asegurando que el turismo funcione como un espacio de diálogo intercultural y de continuidad simbólica, donde



el pasado no se congele, sino que se reactive y proyecte hacia el futuro.

A la vez, el turismo cultural puede ser una plataforma de empoderamiento simbólico cuando se gestiona de manera ética e inclusiva. Tello Rozas (2017) subraya que cuando las políticas turísticas se imponen sin considerar los saberes, las necesidades y los valores locales, se corre el riesgo de transformar el patrimonio en una mercancía desarraigada de su contexto cultural. En cambio, un turismo ético y sostenible debe fomentar la corresponsabilidad entre visitantes y residentes, promoviendo experiencias que fortalezcan el tejido social y refuercen la identidad colectiva. Así, la autora propone entender el turismo no como una amenaza, sino como una oportunidad para revitalizar el patrimonio vivo, siempre que se base en el respeto mutuo, la participación comunitaria y la transmisión de los significados culturales que sostienen la memoria compartida.

La sostenibilidad cultural implica también reconocer que los significados no son estáticos. Como advierte Harrison (2013), el patrimonio debe entenderse como un proceso en constante transformación, más que como un conjunto de objetos inmutables. Cada generación redefine lo que considera valioso, reinterpretando su legado a partir de los desafíos contemporáneos. El turismo, en este contexto, puede funcionar como catalizador de nuevas formas de significación, estimulando la reflexión colectiva sobre la identidad, la historia y la pertenencia. No obstante, este potencial transformador depende de la capacidad de equilibrar las demandas del visitante con las necesidades culturales de la comunidad anfitriona.

En este marco, la educación patrimonial y la mediación cultural se convierten en herramientas clave para la sostenibilidad del sentido. La interpretación turística no solo transmite información, sino que construye narrativas que modelan la comprensión del patrimonio. De ahí la importancia de que los guías, intérpretes y gestores culturales actúen como mediadores entre culturas, fomentando experiencias de aprendizaje mutuo y de respeto intercultural. Según Moscardo (2003), la interpretación reflexiva del patrimonio contribuye a



generar turistas más conscientes, capaces de valorar el significado simbólico de los lugares que visitan, y no solo su atractivo visual o recreativo.

La sostenibilidad del sentido también se vincula con la dimensión temporal del turismo cultural. Cada visita representa un encuentro entre distintas temporalidades: la del pasado que se recuerda, la del presente que lo revive y la del futuro que lo proyecta. Ricoeur (2024) plantea que recordar es un acto ético, un modo de asumir responsabilidad frente al tiempo y frente a la historia compartida. En el ámbito del turismo, esta responsabilidad se traduce en la necesidad de preservar el vínculo entre memoria, identidad y territorio. La experiencia turística puede, en este sentido, ser una oportunidad para fortalecer la conciencia histórica y el compromiso con la diversidad cultural, siempre que no se reduzca el patrimonio a un espectáculo descontextualizado.

Desde una mirada contemporánea, la sostenibilidad cultural no debe oponerse al cambio, sino integrarlo como parte de la vida del patrimonio. Como afirman Zhou et al. (2023), la memoria colectiva en contextos turísticos se construye mediante la interacción constante entre los visitantes y las comunidades locales, donde ambos actores contribuyen a la continuidad simbólica de los lugares. Esta dinámica refuerza la idea de que el patrimonio no se conserva mediante la inmovilidad, sino mediante la participación activa y el intercambio intercultural. En consecuencia, el turismo cultural se revela como un proceso social de co-creación en el que la sostenibilidad del sentido depende tanto del respeto a la herencia recibida como de la apertura al diálogo con el mundo.

De esta forma la sostenibilidad del sentido remite a la capacidad del turismo para mantener viva la relación entre los seres humanos y los valores culturales que los definen. No se trata de “detener el tiempo”, sino de asegurar que el patrimonio siga hablando en el presente y que sus significados continúen inspirando vínculos de pertenencia, memoria y reflexión. Cuando el turismo se gestiona desde esta ética, se convierte en un instrumento de sostenibilidad simbólica, capaz



de preservar la autenticidad sin fosilizarla, de renovar la tradición sin desvirtuarla, y de proyectar la identidad cultural hacia el futuro sin romper sus raíces. En este horizonte, la sostenibilidad del sentido se erige como la meta más profunda del turismo cultural: mantener viva la historia como experiencia compartida y como fuente de significado para las generaciones que vendrán.





02.

Turismo cultural comunitario en el Perú: identidad y sostenibilidad del patrimonio vivo

2.1. Turismo rural comunitario: hospitalidad y desarrollo local

El turismo rural comunitario se ha convertido en una de las expresiones más representativas de las transformaciones contemporáneas en torno al desarrollo local, la sostenibilidad y la valorización de la cultura. A diferencia del turismo convencional, caracterizado por la masificación, la estandarización de la experiencia y la concentración de los beneficios económicos en manos de empresas externas, el turismo rural comunitario se fundamenta en la participación activa de las comunidades locales en todas las etapas del proceso turístico: desde la planificación y la gestión hasta la distribución

equitativa de los ingresos generados (Cañada y Gascón, 2007).

Este tipo de turismo surge como respuesta a los modelos extractivistas y dependientes que históricamente han afectado a los territorios rurales, proponiendo en cambio un enfoque endógeno, centrado en los recursos culturales, naturales y humanos del propio territorio. El turismo rural comunitario no se limita a diversificar la economía local, sino que constituye un instrumento de empoderamiento social y de preservación de identidades culturales, al integrar valores de solidaridad, cooperación y reciprocidad.

El elemento distintivo del turismo rural comunitario radica en la hospitalidad, entendida como una práctica social que trasciende la mera atención al visitante para convertirse en un acto de apertura, intercambio y reconocimiento mutuo. En las comunidades campesinas e indígenas de América Latina, la hospitalidad se enraíza en antiguas tradiciones de ayuda mutua que articulan los vínculos comunitarios a través del trabajo compartido y la reciprocidad. Desde esta perspectiva, acoger al visitante no significa ofrecer un servicio comercial, sino invitarlo a participar en la vida comunitaria, compartir los alimentos, los saberes, las labores agrícolas y las celebraciones festivas.

El turismo rural comunitario ha sido objeto de múltiples investigaciones que coinciden en su potencial para articular el desarrollo local sostenible, fortalecer el tejido social y revalorizar los patrimonios culturales y naturales. Las distintas aproximaciones académicas muestran que este modelo turístico no solo constituye una estrategia económica, sino también un proyecto social y político basado en la participación, la equidad y la hospitalidad como principio ético de convivencia.

Bravo y Zambrano (2018) destacan que el turismo comunitario emerge como una respuesta frente a los modelos tradicionales de desarrollo, que históricamente han marginado a las comunidades rurales y limitado su capacidad de decisión. En su estudio sobre la Comuna 23 de Noviembre, en Ecuador, las autoras subrayan



que la participación comunitaria en la planificación y gestión del turismo permite redistribuir los beneficios de manera equitativa, promoviendo la cohesión social y el sentido de pertenencia territorial. Además, señalan que la sostenibilidad del turismo comunitario depende de la consolidación de estructuras organizativas locales que garanticen la autogestión y la autonomía frente a los intereses externos.

En una línea complementaria, Parra Cárdenas et al. (2019) analizan cómo el turismo rural contribuye al desarrollo de comunidades locales mediante la generación de empleo, la diversificación productiva y la valorización de los recursos endógenos. Los autores enfatizan que el enfoque territorial del turismo rural impulsa la creación de redes sociales y económicas que fortalecen las capacidades locales, especialmente cuando los procesos son inclusivos y participativos. De acuerdo con su investigación, el turismo rural no debe ser entendido como un fin en sí mismo, sino como un medio para alcanzar un desarrollo integral que combine sostenibilidad ambiental, bienestar social y rentabilidad económica equilibrada.

Yépez-Franco et al. (2021) profundizan en esta perspectiva al plantear que el turismo comunitario puede ser una herramienta de desarrollo local sostenible si se orienta desde la planificación estratégica y la educación ambiental. En el caso de la provincia de Manabí, Ecuador, los autores evidencian que las iniciativas exitosas son aquellas que promueven la gobernanza local, el empoderamiento comunitario y la gestión responsable de los recursos naturales. Destacan además la importancia de la hospitalidad como expresión cultural, donde la relación entre anfitriones y visitantes se construye a partir de valores de reciprocidad, solidaridad y respeto intercultural.

Desde una visión internacional, Paladan (2020) analiza el enfoque comunitario en el desarrollo del turismo agrícola en Filipinas, destacando que los proyectos de turismo de finca basados en la comunidad fomentan la resiliencia rural y la sostenibilidad del territorio. Según la autora, este modelo se apoya en la hospitalidad rural como





valor estructural, que promueve la inclusión social y la participación de los pequeños productores en el diseño de experiencias turísticas auténticas. Su investigación sugiere que el turismo gestionado desde la comunidad puede funcionar como catalizador de innovación social, al integrar saberes locales con prácticas sostenibles de producción y hospitalidad.

Por su parte, Flores Amador et al.(2014) aportan una base teórica fundamental al situar el turismo rural dentro del paradigma de la economía social y la comunalidad. Los autores sostienen que las prácticas turísticas comunitarias se fundamentan en principios de cooperación, reciprocidad y solidaridad, contrarios a la lógica de acumulación individual del mercado capitalista. En su análisis, la comunalidad constituye no solo un marco cultural, sino también un modelo de gestión social que reivindica la identidad, el trabajo colectivo y el vínculo simbólico con el territorio. De esta manera, el turismo rural comunitario se concibe como una extensión de las prácticas comunales tradicionales, en las cuales la hospitalidad es entendida como acto de compartir y mantener viva la cultura.

Finalmente, González-Domínguez et al. (2024) desarrollan un modelo de gestión para el turismo rural comunitario basado en el empoderamiento como factor esencial del desarrollo local sustentable. Su propuesta enfatiza que la sostenibilidad del turismo comunitario depende de la capacidad de las comunidades para apropiarse de los procesos de toma de decisiones, construir liderazgo local y establecer mecanismos de control sobre los beneficios económicos. Además, los autores destacan la necesidad de integrar la innovación y la educación como ejes transversales para fortalecer las competencias empresariales y la identidad cultural, asegurando la continuidad de los proyectos turísticos en el largo plazo.

Estas aportaciones confirman que el turismo rural comunitario se configura como una alternativa real de desarrollo endógeno, sustentada en valores de hospitalidad, equidad y sostenibilidad. Los estudios revisados muestran que el éxito del modelo depende

del fortalecimiento institucional local, la participación efectiva de la comunidad, la gestión responsable de los recursos y la integración de la cultura como elemento central del producto turístico. Más allá de su dimensión económica, el turismo rural comunitario se consolida así como una práctica social transformadora, orientada a construir territorios más justos, resilientes y solidarios.

El turismo rural comunitario, en consecuencia, se sostiene sobre una ética del don y de la reciprocidad simbólica, similar a la que describe Andrade Blanco (2024) en su análisis sobre el patrimonio cultural contemporáneo. Para este autor, las prácticas patrimoniales y turísticas se configuran como actos de intercambio, donde los anfitriones ofrecen su cultura, su tiempo y su espacio como un don social que, al ser reconocido por el visitante, refuerza los lazos comunitarios y la identidad colectiva. De esta manera, la hospitalidad rural no solo genera bienestar económico, sino que también produce cohesión social y sentido de pertenencia, elementos fundamentales para la sostenibilidad del desarrollo local.

La hospitalidad, concebida así, posee una dimensión política y cultural. Como afirma Prats (2005), todo proceso patrimonial o turístico implica una construcción social del valor, donde se negocian significados, memorias y formas de representación. En el turismo rural comunitario, esa construcción se da en un marco de horizontalidad, donde los actores locales tienen la capacidad de decidir qué mostrar, cómo hacerlo y con qué propósito. De esta forma, el visitante es invitado a reconocer la autenticidad de los modos de vida rurales, no como espectáculo, sino como experiencia compartida de aprendizaje intercultural.

Desde el punto de vista del desarrollo, el turismo rural comunitario encarna una alternativa viable a los modelos de crecimiento económico exógenos, pues prioriza la sostenibilidad ambiental, la equidad social y la autonomía local. Como explica Scheyvens (1999), el verdadero desarrollo turístico no se mide únicamente por los ingresos generados, sino por la capacidad de las comunidades de controlar los procesos y beneficiarse de ellos sin perder su identidad. Este principio es central





en el turismo comunitario, donde la gestión colectiva de alojamientos, rutas, talleres o experiencias gastronómicas fortalece la economía solidaria y reduce la dependencia de intermediarios externos.

En la misma línea, Salge Ferro (2020) aporta una mirada histórica sobre la construcción social del patrimonio inmaterial, destacando cómo los discursos y las prácticas colectivas configuran los significados culturales que luego se integran a las experiencias turísticas. En este sentido, el turismo rural comunitario puede entenderse como una extensión de la acción patrimonial, en tanto rescata y reinterpreta tradiciones, costumbres y saberes locales en función de un proyecto de futuro. Así, la actividad turística actúa como un medio para revitalizar el patrimonio vivo, reforzar las memorias colectivas y afirmar la identidad territorial.

El desarrollo local impulsado por el turismo rural comunitario no se limita al aspecto económico. Según Márquez et al. (2014), los procesos de patrimonialización y gestión cultural son también espacios de disputa simbólica, donde se enfrentan narrativas dominantes y alternativas. Aplicado al contexto rural, ello significa que el turismo puede convertirse en un instrumento de resistencia cultural, capaz de cuestionar las formas hegemónicas de desarrollo y de promover modelos basados en la justicia social, la equidad de género y la sostenibilidad ambiental.

El territorio ocupa un lugar central en la práctica del turismo rural comunitario. No se trata de un espacio meramente físico o económico, sino de un lugar vivido y simbólico, cargado de memorias, identidades y significados. Como plantea Villamón Guevara (2017), el patrimonio edificado y natural adquiere sentido únicamente en la medida en que las comunidades lo interpretan y lo dotan de valor. En el turismo rural comunitario, el territorio no es un escenario pasivo, sino un actor vivo, en el que se entrelazan la naturaleza, la cultura y la historia.

El enfoque territorial del turismo rural comunitario favorece una visión integral del desarrollo, donde los ecosistemas, las tradiciones y las actividades productivas se articulan

para generar bienestar. Este enfoque se alinea con los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Organización de las Naciones Unidas (2015), que promueven la erradicación de la pobreza, la igualdad de género y la protección del medio ambiente. Las prácticas turísticas sostenibles, cuando son gestionadas desde la comunidad, pueden contribuir a la conservación de los recursos naturales, al uso responsable del agua y la energía, y a la mitigación de los efectos del cambio climático (Pérez de las Heras, 2012).

Asimismo, el turismo rural comunitario desempeña un papel esencial en la revalorización de los patrimonios culturales inmateriales, como la gastronomía, la música, la lengua o las festividades locales. Estas expresiones, que durante siglos fueron invisibilizadas por las políticas de modernización y urbanización, recuperan protagonismo en la oferta turística, pero bajo el control de los propios actores comunitarios. El visitante, al participar en rituales o talleres artesanales, no solo contribuye económicamente, sino que también se convierte en portador y difusor de las memorias locales.

A pesar de sus múltiples potencialidades, el turismo rural comunitario enfrenta diversos desafíos estructurales. Uno de los más importantes es el riesgo de mercantilización cultural, que puede derivar en la banalización de las expresiones locales y en la pérdida de autenticidad. La creciente demanda internacional por “experiencias auténticas” ha impulsado procesos de folklorización, en los cuales las comunidades adaptan sus tradiciones a los gustos del mercado turístico. Esta situación pone en peligro la integridad cultural y la autonomía de los pueblos, por lo que resulta imprescindible preservar el control local sobre las decisiones turísticas y garantizar que las comunidades definan sus propias estrategias de desarrollo.

Otro desafío radica en la sostenibilidad económica de los proyectos. Muchas iniciativas comunitarias dependen de apoyos externos o de programas de cooperación internacional que, en ocasiones, son temporales o insuficientes. Para lograr su consolidación, es necesario fortalecer la formación en gestión empresarial,



marketing responsable, innovación tecnológica y redes de cooperación. El desarrollo de plataformas digitales gestionadas por las propias comunidades puede facilitar la promoción de los destinos rurales sin intermediarios, fomentando una economía más justa y directa.

Asimismo, las políticas públicas juegan un papel determinante. Los gobiernos deben reconocer el turismo rural comunitario como una estrategia de desarrollo territorial sostenible, dotándolo de marcos normativos adecuados, incentivos fiscales y programas de capacitación técnica. La articulación entre instituciones públicas, universidades y organizaciones locales puede generar ecosistemas de innovación que impulsen la profesionalización del sector sin perder su esencia comunitaria.

El turismo rural comunitario representa mucho más que una modalidad turística. Es una propuesta ética y política de desarrollo que pone en el centro la hospitalidad, la solidaridad y la justicia territorial. Al promover el protagonismo de las comunidades en la gestión de sus recursos, contribuye a la revalorización del patrimonio cultural y natural, al fortalecimiento del tejido social y a la construcción de economías locales resilientes.

La hospitalidad, en este contexto, es una forma de resistencia frente a la mercantilización de la vida y del territorio. Acoger al otro se convierte en un acto de afirmación identitaria y de reciprocidad cultural. Como señala Scheyvens (1999), el turismo puede ser verdaderamente empoderador cuando promueve la dignidad, la equidad y la autodeterminación de las comunidades anfitrionas. En ese sentido, el turismo rural comunitario ofrece una visión alternativa del desarrollo: un desarrollo que no se mide solo en términos de rentabilidad económica, sino en la capacidad de las personas para vivir bien, cuidar su entorno y mantener viva su cultura.

El turismo rural comunitario se consolida como una estrategia integral de desarrollo local que combina la sostenibilidad económica con la equidad social y la conservación del patrimonio cultural y natural. Su

esencia radica en el protagonismo de las comunidades locales, que dejan de ser simples receptoras de políticas externas para convertirse en agentes activos de su propio desarrollo. Este modelo representa un cambio de paradigma frente al turismo convencional, al priorizar la participación colectiva, la gestión compartida y la distribución equitativa de los beneficios.

La hospitalidad, entendida como valor social y ético, constituye el pilar que da sentido al turismo rural comunitario. No se trata únicamente de brindar servicios al visitante, sino de abrir espacios de convivencia, aprendizaje mutuo y reconocimiento cultural. En ese intercambio, tanto la comunidad como el visitante se enriquecen, generando vínculos humanos y simbólicos que trascienden la lógica mercantil del turismo tradicional. La hospitalidad rural, por tanto, refuerza la cohesión social, fortalece la identidad y revaloriza los modos de vida locales.

El turismo rural comunitario también actúa como un medio para revitalizar los patrimonios culturales inmateriales y promover el uso sostenible de los recursos naturales. Al articular la cultura, la producción y el entorno ambiental, fomenta prácticas que equilibran la conservación con el aprovechamiento responsable. Su enfoque territorial permite que las comunidades reconozcan su entorno no solo como fuente de ingresos, sino como un espacio de memoria, pertenencia y proyección hacia el futuro.

No obstante, su consolidación enfrenta importantes desafíos. La mercantilización cultural, la dependencia económica de apoyos externos y la falta de políticas públicas específicas pueden debilitar las iniciativas comunitarias. Por ello, resulta indispensable fortalecer las capacidades locales en gestión, innovación, comercialización y liderazgo. La formación y la cooperación interinstitucional son claves para garantizar que los proyectos turísticos sean sostenibles, autónomos y fieles a los valores que los originan.

En última instancia, el turismo rural comunitario trasciende su dimensión económica para convertirse en un proyecto ético y político de transformación social. Representa una



forma de resistencia frente a la homogeneización cultural y a los modelos extractivistas de desarrollo. Al colocar la hospitalidad, la solidaridad y el respeto por la naturaleza en el centro de la actividad turística, ofrece una vía hacia un desarrollo más humano, equitativo y sostenible. Su mayor logro no radica solo en generar ingresos, sino en fortalecer las comunidades, preservar su identidad y construir territorios más justos y resilientes.

2.2. Experiencias auténticas del turismo rural en los Andes y la Amazonía peruana

El turismo rural comunitario en el Perú encuentra en los Andes y la Amazonía dos espacios geográficos y culturales que, pese a su diversidad, comparten una misma esencia: la relación sagrada entre el ser humano, la comunidad y la naturaleza. En estos territorios, el turismo no se concibe únicamente como una actividad económica, sino como una práctica social, simbólica y ética, en la que la hospitalidad, la reciprocidad y el respeto mutuo constituyen los pilares fundamentales del encuentro intercultural. Estas experiencias auténticas representan un proceso de resignificación del patrimonio vivo y de fortalecimiento del tejido comunitario frente a los desafíos de la modernidad globalizada (González-Domínguez et al., 2024).

En los Andes peruanos, la experiencia turística se construye sobre la base de una cosmovisión comunitaria que reconoce en el visitante no un consumidor, sino un huésped integrado temporalmente al ciclo de vida de la comunidad. Este principio se expresa a través del ayni: la reciprocidad andina, que implica un intercambio equilibrado de bienes materiales, conocimientos y afectos (Flores Amador et al., 2014). El turista participa en las labores agrícolas, en la elaboración de textiles, en rituales a la Pachamama y en festividades religiosas, experimentando una forma de aprendizaje vivencial que trasciende lo comercial. En este sentido, el turismo rural comunitario andino se convierte en un espacio pedagógico de reconocimiento mutuo, donde las comunidades reafirman su identidad mientras enseñan al visitante sus modos de habitar y cuidar el territorio (Paladan, 2020).



En comunidades emblemáticas como Taquile y Amantaní, ubicadas en el lago Titicaca, el modelo de gestión turística se basa en la rotación de familias anfitrionas y la redistribución equitativa de los ingresos. Esta organización colectiva refleja los valores de justicia social y sostenibilidad que caracterizan al turismo comunitario (Bravo y Zambrano, 2018). La hospitalidad no es una estrategia de marketing, sino una práctica cultural profundamente arraigada, vinculada al respeto por la Pachamama y a la reciprocidad entre anfitriones y visitantes. El turismo, en este contexto, se convierte en una extensión de la comunidad, una forma de fortalecer la economía local sin romper la estructura social tradicional (Parra Cárdenas et al., 2019).

El valor de la autenticidad en las experiencias turísticas andinas no se basa en la simple conservación de costumbres o en la “puesta en escena” del pasado, sino en la capacidad de las comunidades para reinterpretar su cultura de manera dinámica y situada. Prácticas como el tejido artesanal, la música tradicional o los rituales agrícolas se actualizan constantemente en función de las nuevas interacciones con los visitantes. De esta manera, la autenticidad se entiende como una construcción social, relacional y participativa, que emerge del diálogo entre tradición y contemporaneidad (Yépez-Franco et al., 2021).

Por otro lado, en la Amazonía peruana, el turismo comunitario adquiere una dimensión espiritual y ecológica. Las comunidades indígenas, como los Shipibo-Konibo, Asháninka, Bora o Awajún han desarrollado proyectos que integran el conocimiento ancestral con la conservación del bosque y la educación ambiental. Estas experiencias se fundamentan en la transmisión oral de saberes vinculados a la medicina tradicional, la elaboración de artesanías simbólicas y la práctica de rituales chamánicos, que expresan una cosmovisión donde la naturaleza y la humanidad forman un solo tejido vital (Flores Amador et al., 2014).

La autenticidad amazónica se manifiesta en la coherencia entre discurso, práctica y entorno. No se trata de reproducir una imagen exotizada del indígena



o del bosque, sino de generar espacios de aprendizaje mutuo donde el visitante se enfrenta a formas alternativas de entender la vida y la espiritualidad. Como plantea Paladan (2020), los enfoques comunitarios en el turismo rural o de finca (farm tourism) promueven una economía del cuidado, donde el vínculo emocional y ético entre anfitrión y visitante redefine las nociones de consumo y sostenibilidad.

Las experiencias en la Amazonía, además, se vinculan a procesos de defensa territorial y de resistencia cultural frente a la expansión de actividades extractivas. El turismo comunitario se ha convertido en una estrategia política y económica que permite a las comunidades mantener su autonomía, fortalecer la organización interna y visibilizar su cosmovisión ante el mundo (Yépez-Franco et al., 2021). En ese sentido, la actividad turística no solo genera ingresos, sino que también sirve como herramienta de empoderamiento social, de reafirmación identitaria y de preservación de la biodiversidad.

En ambos territorios: Andes y Amazonía, la gastronomía local ocupa un lugar central en la construcción de experiencias auténticas. Los alimentos tradicionales, preparados con productos originarios como la quinua, la papa nativa, la yuca o el cacao, son compartidos con los visitantes en espacios de encuentro familiar. La cocina, como señala González-Domínguez et al. (2024), se convierte en una forma de diálogo cultural y de educación patrimonial, donde cada plato transmite una historia y un conocimiento ecológico ancestral. Comer en comunidad es, por tanto, un acto simbólico de comunión y reciprocidad, donde la hospitalidad se materializa a través del sabor y del compartir.

Las experiencias auténticas también se sostienen en la gestión participativa del turismo, donde la comunidad es el principal agente de decisión. Parra Cárdenas et al. (2019) enfatizan que la sostenibilidad del turismo rural depende de la capacidad organizativa de las comunidades para definir sus propios modelos de desarrollo. Esto implica fortalecer las competencias locales en administración, marketing y gestión ambiental, así como promover alianzas con instituciones públicas



y universidades para acompañar los procesos de capacitación. El turismo, de este modo, se convierte en una herramienta de desarrollo local, pero también en un proceso educativo y de ciudadanía activa.

El enfoque del empoderamiento, tal como lo plantean González-Domínguez et al. (2024), resulta clave para comprender el éxito de estas iniciativas. Cuando las comunidades asumen el control sobre los recursos turísticos, se genera un círculo virtuoso que articula la economía solidaria, la preservación del patrimonio y la mejora de la calidad de vida. Este empoderamiento no solo es económico, sino también cultural y político: implica la capacidad de decidir sobre el futuro del territorio y de mantener vivas las prácticas que dan sentido a la comunidad.

No obstante, las experiencias auténticas en los Andes y la Amazonía enfrentan desafíos estructurales. La desigualdad en el acceso a la infraestructura, la dependencia de intermediarios y la escasa promoción en los mercados turísticos formales limitan el alcance de los proyectos. Además, la presión por responder a las expectativas del visitante puede derivar en procesos de folklorización o pérdida de autenticidad. Frente a ello, la clave está en mantener el equilibrio entre apertura y preservación, integrando el turismo a la vida cotidiana sin desvirtuar sus valores originales (Bravo y Zambrano, 2018).

Las experiencias turísticas auténticas en los Andes y la Amazonía peruana constituyen una manifestación concreta de cómo las comunidades locales articulan su identidad cultural, su relación con la naturaleza y sus saberes ancestrales en torno a procesos de desarrollo sostenible. En estas regiones, donde la biodiversidad se entrelaza con la diversidad cultural, el turismo comunitario se erige no solo como una actividad económica, sino como una práctica de afirmación identitaria, educativa y ambiental (Gonzales Dongo et al., 2025).

De acuerdo con Gonzales Dongo et al. (2025), el turismo sostenible en la Amazonía peruana representa un pilar estratégico para el desarrollo sostenible, al promover



la conservación de los ecosistemas amazónicos, la generación de empleo local y la revalorización de la cultura indígena. Los autores sostienen que este modelo de turismo, basado en principios de responsabilidad ambiental y participación comunitaria, favorece la gestión racional de los recursos naturales y fortalece las capacidades locales mediante la educación ambiental y la innovación social.

En la misma línea, Vecco Giove y Panduro Salas (2021) destacan que la innovación social es un componente esencial del desarrollo amazónico contemporáneo. A partir de las experiencias del Centro Urku, muestran cómo la ciencia aplicada y la educación ambiental comunitaria permiten integrar el conocimiento tradicional con la investigación científica moderna. Este enfoque colaborativo impulsa proyectos de ecoturismo y agroforestería que no solo generan ingresos, sino que también refuerzan la autonomía de las comunidades locales, posicionándolas como actores de cambio en sus propios territorios.

Desde una perspectiva educativa y cultural, García-Segura (2019) subraya que la identidad lingüística y el acceso a una educación intercultural son factores determinantes para la sostenibilidad del desarrollo amazónico. La autora sostiene que las políticas educativas deben reconocer las lenguas originarias y los saberes tradicionales como parte del patrimonio cultural inmaterial, puesto que la transmisión intergeneracional del conocimiento es la base de toda práctica turística auténtica. Las experiencias turísticas que se desarrollan desde esta cosmovisión fomentan el respeto por la diversidad y consolidan un aprendizaje mutuo entre visitantes y comunidades.

La dimensión territorial también resulta fundamental para comprender las experiencias en los Andes y la Amazonía. Rusinque Quintero et al. (2022) aportan una mirada geográfica comparada desde el contexto andino-amazónico, señalando que la conectividad ecológica entre ambas regiones constituye un corredor de biodiversidad y cultura. Su análisis sobre el departamento colombiano de Caquetá ofrece un marco de referencia



aplicable al Perú, al mostrar cómo la articulación de ecosistemas de montaña y selva permite construir redes de turismo de naturaleza y conocimiento que fortalecen la sostenibilidad del paisaje.

En cuanto a las prácticas educativas y de liderazgo comunitario, Mujica Bermúdez (2007) presenta un valioso antecedente con la sistematización de experiencias andinas y amazónicas de intercambio en ciudadanía y liderazgo intercultural. Este autor resalta que la autenticidad de las experiencias rurales se basa en la reciprocidad, el diálogo de saberes y el fortalecimiento de las identidades locales a través de procesos educativos participativos. Tales experiencias constituyen el núcleo de las iniciativas de turismo vivencial, en las cuales los visitantes se integran a las dinámicas cotidianas de las comunidades, compartiendo prácticas agrícolas, rituales y conocimientos ancestrales.

Por su parte, Burga et al. (2024), en su estudio Amazonía, educación y desarrollo sostenible, elaborado bajo el auspicio de la Oficina de la UNESCO en Lima y Porticus Latin America, destacan la necesidad de vincular la educación ambiental con las estrategias de desarrollo territorial sostenible. Su investigación enfatiza que la Amazonía peruana enfrenta desafíos estructurales, como la deforestación, la desigualdad educativa y la pérdida de lenguas originarias, que solo pueden superarse mediante una educación transformadora centrada en la participación comunitaria. En este sentido, las experiencias turísticas auténticas, cuando se basan en el aprendizaje intercultural y en la gestión local, se convierten en espacios pedagógicos para la sostenibilidad y la cohesión social.

Estas investigaciones permiten comprender que las experiencias auténticas en los Andes y la Amazonía no son meros atractivos turísticos, sino procesos sociales integrales donde convergen educación, cultura, sostenibilidad y gobernanza comunitaria. El turismo en estas regiones constituye una herramienta de empoderamiento, capaz de fortalecer las identidades locales, promover la resiliencia ambiental y generar bienestar sin sacrificar la integridad cultural de los



pueblos. En suma, las experiencias auténticas en el Perú profundo son expresiones vivas de una nueva ética del desarrollo, fundada en la reciprocidad, la cooperación y la revalorización del territorio como patrimonio compartido.

El turismo rural comunitario en el Perú, se presenta como una práctica de resistencia cultural y de innovación social. Las experiencias auténticas que se desarrollan en los Andes y la Amazonía no son simples productos turísticos, sino expresiones vivas de la comunalidad, del respeto por la tierra y del deseo de construir un futuro más justo. En estos territorios, la hospitalidad es una forma de reciprocidad, y el desarrollo local se entiende como la posibilidad de vivir bien (*sumaq kawsay*), en equilibrio con la naturaleza y en armonía con los otros.

En palabras de Flores Amador et al. (2014), el turismo comunitario es, ante todo, una economía de la solidaridad, donde la autenticidad no se representa, sino que se vive. Así, las experiencias auténticas de los Andes y la Amazonía constituyen una contribución fundamental a la construcción de un turismo ético, inclusivo y profundamente humano.

El turismo rural comunitario en el Perú constituye una manifestación profunda de la relación entre cultura, territorio y sostenibilidad. En los Andes y la Amazonía, las comunidades locales han sabido integrar el turismo a sus formas de vida tradicionales, transformándolo en una práctica social y educativa antes que en una actividad puramente económica. Esta modalidad de turismo se sustenta en valores de reciprocidad, hospitalidad y respeto por la naturaleza, que fortalecen la identidad cultural y promueven el bienestar colectivo.

Las experiencias desarrolladas en ambos territorios demuestran que la autenticidad no se limita a la preservación del pasado, sino que se construye de manera dinámica a través del diálogo entre tradición y modernidad. Las comunidades reinterpretan sus prácticas, saberes y expresiones culturales en función de nuevos contextos, manteniendo viva la comunalidad como principio rector del encuentro con el visitante.



El turismo comunitario andino y amazónico se consolida como un espacio de aprendizaje mutuo y de empoderamiento local. Las comunidades asumen un rol protagónico en la gestión de los recursos, en la toma de decisiones y en la definición de sus propios modelos de desarrollo. Este enfoque favorece la equidad, la sostenibilidad y la autonomía, al mismo tiempo que impulsa la valorización de los saberes ancestrales y el fortalecimiento del tejido social.

Asimismo, el turismo rural comunitario actúa como una estrategia de resistencia cultural y ambiental frente a las presiones del mercado y de las actividades extractivas. En los Andes y la Amazonía, la defensa del territorio, la preservación de la biodiversidad y la educación ambiental se articulan como ejes fundamentales para la construcción de un desarrollo sostenible con identidad.

Finalmente, las experiencias auténticas del turismo comunitario peruano representan una nueva ética del desarrollo basada en la solidaridad, la cooperación y la armonía con la naturaleza. Más que un producto turístico, este modelo encarna una propuesta de vida que reivindica el *buen vivir*, el respeto por la tierra y la reciprocidad entre las personas y los ecosistemas. En su práctica cotidiana, las comunidades demuestran que es posible generar bienestar económico sin renunciar a los valores culturales ni al equilibrio ecológico.

2.3. Festividades y rituales: escenarios del patrimonio vivo en Perú

El Perú es un mosaico cultural donde la historia, la espiritualidad y la vida cotidiana se entrelazan en una compleja red de significados. Esta diversidad se expresa de manera especial en sus festividades y rituales, que constituyen los espacios más visibles y dinámicos del patrimonio cultural inmaterial. En estos escenarios, los pueblos recrean su identidad, renuevan sus vínculos comunitarios y mantienen la continuidad de sus tradiciones ancestrales. Las fiestas, entendidas como momentos de comunión colectiva, no son simples espectáculos o eventos turísticos; son, ante todo, actos de reafirmación cultural, espiritual y social, donde el

pueblo se reconoce a sí mismo y celebra su relación con el cosmos, la naturaleza y la comunidad (Burga et al., 2024).

Las festividades y rituales en el Perú tienen una dimensión social que trasciende la celebración misma. En ellas se expresa la organización comunitaria, la reciprocidad y la cooperación mutua, elementos que han permitido la sostenibilidad cultural a lo largo de los siglos. En las comunidades rurales andinas, por ejemplo, las fiestas patronales y agrícolas movilizan a todos los miembros del pueblo: desde los mayordomos o carguyoc, encargados de financiar y dirigir las celebraciones, hasta los danzantes, músicos, cocineras y artesanos. Cada rol tiene un valor simbólico y comunitario, y el cumplimiento de estas funciones se percibe como una ofrenda espiritual, una forma de ayni (reciprocidad) hacia los demás y hacia las deidades protectoras (Mujica Bermúdez, 2007).

El patrimonio vivo que representan estas festividades no se limita a las danzas o trajes coloridos; incluye también los valores, saberes, técnicas y significados transmitidos entre generaciones. Los preparativos de una fiesta constituyen procesos educativos no formales donde se enseña a los jóvenes la historia local, las reglas de convivencia y la importancia del trabajo colectivo. Esta transmisión intergeneracional convierte a las festividades en verdaderas escuelas de ciudadanía cultural, en las que se aprende a convivir, compartir y preservar el sentido comunitario de la vida (García-Segura, 2019).

En el ámbito andino, las festividades poseen una dimensión cósmica. Los pueblos de la sierra conciben la vida como una constante interacción entre el mundo material y el espiritual, donde los seres humanos coexisten con las fuerzas de la naturaleza: los apus o montañas sagradas, la Pachamama o Madre Tierra, y los espíritus de los antepasados. Las celebraciones religiosas, muchas de ellas dedicadas a santos patronos o vírgenes, son herederas del sincretismo que surgió durante la colonia, cuando las creencias andinas se fusionaron con el cristianismo. Esta dualidad simbólica se mantiene viva en fiestas como la Virgen de la Candelaria en Puno, el



Inti Raymi en Cusco, o las festividades de Corpus Christi, donde las procesiones católicas coexisten con danzas de origen prehispánico y expresiones rituales que honran a la naturaleza (Gonzales Dongo et al., 2025).

El Inti Raymi, o Fiesta del Sol, representa uno de los ejemplos más emblemáticos del renacimiento cultural andino. Aunque su versión actual en Cusco tiene una dimensión turística e histórica, en muchas comunidades del sur peruano se mantiene como un acto ritual auténtico, en el que se agradece al Sol y a la Tierra por la fertilidad y los frutos de la cosecha. En estas celebraciones, la danza, la música y el sacrificio simbólico expresan la armonía entre los ciclos naturales y la vida humana. De manera similar, la Virgen de la Candelaria en Puno, reconocida por la UNESCO como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, es una manifestación de la identidad puneña, que combina la devoción católica con las danzas autóctonas como la diablada, la morenada o la pandilla puneña, generando un espacio de encuentro entre la fe, el arte y la memoria (Paladan, 2020).

Las festividades y rituales en el Perú constituyen uno de los pilares más representativos del patrimonio cultural inmaterial, al reflejar la profunda conexión entre las comunidades y su entorno simbólico, natural y espiritual. Estas manifestaciones no solo conservan una memoria colectiva, sino que también actúan como espacios dinámicos donde convergen la religiosidad popular, las tradiciones ancestrales y las nuevas formas de identidad local. Según Catacora (2022), la *Festividad de la Virgen de la Candelaria de Puno* ejemplifica cómo las expresiones devocionales se articulan con dimensiones culturales, económicas y sociales que fortalecen los lazos comunitarios, generando al mismo tiempo un impacto significativo en el turismo cultural y religioso. En este sentido, las festividades no deben comprenderse únicamente como eventos recreativos, sino como procesos complejos de reafirmación identitaria y diálogo intercultural.

En las comunidades andinas, los rituales poseen un fuerte componente simbólico que vincula lo sagrado con los ciclos naturales y agrícolas. Bardales Padilla





(2022) analiza cómo el culto al agua y las prácticas consideradas “idolátricas” en el siglo XVII, como en el caso de Santiago de Maray, no desaparecieron, sino que se transformaron en expresiones sincréticas que combinan la cosmovisión andina con el cristianismo. Estos rituales, asociados a la fertilidad de la tierra y al equilibrio ecológico, evidencian la persistencia de una espiritualidad que resiste y se adapta a los procesos históricos. De modo similar, Varas Castrillo y Valcuende del Río (2021) destacan la importancia del agua como eje mítico y ritual en la comunidad de Cullhuay, donde las prácticas ancestrales se reinterpretan frente a los desafíos del cambio climático, demostrando la vitalidad del patrimonio cultural frente a las transformaciones globales.

Asimismo, la dimensión política y social de los rituales andinos resulta fundamental para comprender su papel dentro del tejido comunitario. Gutiérrez-Gómez et al. (2024) sostienen que la preservación de lo sagrado no es solo una cuestión religiosa, sino también una estrategia de resistencia frente a la pérdida de autonomía cultural. Las festividades y prácticas rituales se convierten, por tanto, en mecanismos de negociación simbólica donde las comunidades reafirman su identidad ante las presiones de la modernidad y la globalización. En este contexto, el ritual actúa como un lenguaje político que comunica valores de reciprocidad, equilibrio y justicia social, elementos profundamente enraizados en la cosmovisión andina.

El turismo religioso y cultural, por su parte, ofrece una vía para revitalizar y visibilizar estas prácticas, siempre que se gestione de manera sostenible y respetuosa. Ojeda Portugal et al. (2024) subrayan la relevancia del *Santuario de la Virgen de Chapi* como un caso paradigmático en el turismo religioso peruano, donde la fe, la peregrinación y la tradición popular se integran en una experiencia de identidad colectiva. Sin embargo, advierten que este tipo de turismo requiere un equilibrio entre la promoción económica y la conservación de la autenticidad ritual, evitando su banalización. De igual forma, Lebrún Aspíllaga y Geovannini Acuña (2023) señalan que el

patrimonio inmueble y las expresiones culturales del país, como los centros históricos y los espacios festivos, son recursos esenciales para la renovación del turismo cultural, siempre que se valoren desde su significado simbólico y no solo desde su potencial comercial.

Estas festividades, además, representan escenarios privilegiados de transmisión intergeneracional del conocimiento y del sentido de pertenencia. Los jóvenes, al participar en danzas, procesiones y rituales, asumen el compromiso de continuar una herencia que da cohesión al grupo. De este modo, las celebraciones religiosas y tradicionales se constituyen como un *patrimonio vivo*, porque no se conservan estáticamente, sino que se recrean continuamente en función del contexto histórico, social y ambiental. Como sostiene Catacora (2022), en Puno y otras regiones andinas el ritual es un acto de comunión donde se entrelazan el cuerpo, la fe y la memoria, reafirmando los valores colectivos de la comunidad.

En síntesis, las festividades y rituales del Perú conforman un mosaico de significados que trasciende la esfera religiosa para inscribirse en el ámbito del desarrollo cultural y turístico sostenible. Estas prácticas, cargadas de simbolismo y ancestralidad, constituyen auténticos espacios de encuentro entre tradición y contemporaneidad, entre lo local y lo global. Su reconocimiento como patrimonio vivo exige políticas públicas y modelos de gestión cultural que fortalezcan su transmisión, respeten su diversidad y promuevan la participación comunitaria en su preservación. Solo así, como advierte Lebrún Aspíllaga y Geovannini Acuña (2023), el patrimonio cultural podrá convertirse en un verdadero motor de desarrollo y cohesión social.

Estas celebraciones también cumplen una función económica y social. Según Gonzales Dongo et al. (2025), muchas comunidades rurales han articulado sus fiestas al turismo cultural comunitario, generando ingresos sostenibles y fortaleciendo el sentido de pertenencia. Las festividades permiten dinamizar las economías locales a través del comercio, la gastronomía y la producción artesanal, pero también reafirman los valores colectivos,



la identidad y la organización comunal. No obstante, este proceso exige una gestión responsable que evite la folklorización o la pérdida del sentido espiritual de las fiestas frente a la presión del mercado.

En la Amazonía peruana, las festividades y rituales están íntimamente ligados al bosque, los ríos y los ciclos naturales. A diferencia del mundo andino, donde predominan las festividades agrícolas y patronales, en las comunidades amazónicas las ceremonias tienen un carácter espiritual y ecológico, centrado en la conexión entre los seres humanos, los espíritus del bosque y las fuerzas del agua. Los pueblos Shipibo-Konibo, Awajún, Asháninka, Bora y Kukama, entre otros, celebran rituales de iniciación, sanación, agradecimiento a los espíritus del río o la selva, y ceremonias de cosecha, en las que se reafirman los vínculos entre la comunidad y su entorno natural (Vecco Giove y Panduro Salas, 2021).

Las ceremonias con plantas sagradas, como la ayahuasca, constituyen uno de los elementos más representativos del patrimonio espiritual amazónico. Estas prácticas no son meras expresiones religiosas, sino sistemas de conocimiento que integran medicina, filosofía y cosmología. Los onaya o sabios curanderos son considerados mediadores entre el mundo visible y el invisible, y sus rituales contribuyen al equilibrio espiritual y emocional de la comunidad. Burga et al. (2024) destacan que, en muchos pueblos amazónicos, estas ceremonias funcionan como espacios de enseñanza donde se transmite la ética del cuidado de la naturaleza, el respeto por la biodiversidad y la importancia de la armonía con los seres no humanos.

En los últimos años, la creciente atención internacional hacia la Amazonía ha impulsado la valorización de estas prácticas en el ámbito del turismo espiritual y ecológico. Sin embargo, como advierten Gonzales Dongo et al. (2025), es esencial que este tipo de turismo se gestione desde la autonomía y el consentimiento informado de las comunidades, evitando la explotación comercial o la pérdida de significado cultural. Cuando se realiza de forma participativa y respetuosa, el turismo ritual amazónico puede contribuir al desarrollo local sostenible,



fortaleciendo las identidades y promoviendo el diálogo intercultural.

Las festividades y rituales son, además, mecanismos fundamentales de educación intercultural. A través de ellas, las comunidades transmiten valores, conocimientos, lenguas y formas de organización social. García-Segura (2019) señala que en la Amazonía peruana la educación no se limita a las escuelas formales, sino que ocurre también en contextos rituales, donde los jóvenes aprenden de los mayores las narraciones míticas, los cantos sagrados y los saberes ecológicos. Del mismo modo, en los Andes, los niños y niñas participan desde temprana edad en las festividades, aprendiendo el valor del trabajo colectivo, la música y la espiritualidad.

Burga et al. (2024) sostienen que la educación intercultural vinculada al patrimonio vivo es clave para el desarrollo sostenible, ya que permite reconocer la diversidad como un recurso de conocimiento y no como una barrera. Las fiestas, en este sentido, son espacios pedagógicos donde se aprenden los principios de convivencia, respeto y reciprocidad, fortaleciendo la cohesión social y el sentido de comunidad.

El impacto de las festividades y rituales en el desarrollo local se vincula cada vez más con el turismo sostenible y comunitario. De acuerdo con Gonzales Dongo et al. (2025), las comunidades que logran articular sus celebraciones al turismo responsable no solo generan ingresos, sino que también promueven la conservación cultural y ambiental. Las festividades se convierten en una oportunidad para mostrar al visitante la riqueza de la tradición viva y la importancia de mantener la autenticidad de las prácticas culturales.

No obstante, la expansión del turismo cultural presenta desafíos. La comercialización excesiva puede alterar los significados profundos de las fiestas, transformándolas en simples espectáculos. Para evitarlo, es necesario promover modelos de gestión participativos que reconozcan a las comunidades como protagonistas del proceso. Mujica Bermúdez (2007) plantea que la sostenibilidad del patrimonio festivo depende de



la capacidad de los pueblos para reinterpretar sus tradiciones sin perder su esencia espiritual, adaptándolas a los nuevos contextos sin desvirtuarlas.

Las festividades y rituales del Perú constituyen escenarios del patrimonio vivo donde convergen la historia, la espiritualidad, la educación y la creatividad colectiva. En los Andes, las celebraciones agrícolas y patronales expresan la reciprocidad con la naturaleza y la continuidad de las cosmovisiones ancestrales; en la Amazonía, los rituales espirituales revelan una ética del cuidado y una conexión profunda con el entorno ecológico. Ambos espacios: andino y amazónico comparten la misma lógica de interdependencia entre cultura, territorio y comunidad.

Más allá de su valor turístico, las festividades son pilares del desarrollo cultural sostenible: mantienen viva la memoria, fortalecen la identidad, promueven la educación intercultural y consolidan el sentido de pertenencia. Preservar estos espacios implica no solo conservar las danzas o las músicas, sino proteger las relaciones humanas, espirituales y ecológicas que las sustentan. El patrimonio vivo del Perú, expresado en sus festividades y rituales, es una fuente inagotable de sabiduría y de esperanza para un futuro en el que la diversidad sea reconocida como el corazón del desarrollo sostenible.

Las festividades y rituales del Perú representan una de las expresiones más profundas de la identidad nacional y de la memoria viva de los pueblos. Su riqueza no se limita a la belleza de las danzas, la música o los trajes, sino que reside en su capacidad de mantener y transmitir valores, creencias y formas de organización social que han sostenido a las comunidades durante siglos. En cada celebración se renueva el diálogo entre pasado y presente, entre lo ancestral y lo contemporáneo, reafirmando la continuidad cultural en medio de los cambios sociales y económicos. Estas prácticas son también una forma de aprendizaje colectivo, donde se enseña el respeto a la naturaleza, la reciprocidad y la solidaridad como principios fundamentales de la vida comunitaria.



Las festividades y rituales funcionan como espacios de resistencia cultural frente a los procesos de homogeneización global. A través de ellos, las comunidades reafirman su derecho a conservar sus propias formas de espiritualidad, de celebración y de interpretación del mundo. Estas expresiones reflejan una relación armoniosa con la tierra, el agua y los elementos naturales, constituyendo una ética ecológica y espiritual que adquiere un valor especial en tiempos de crisis ambiental y pérdida de sentido comunitario.

El vínculo entre festividades, educación y desarrollo sostenible demuestra que el patrimonio cultural no es un legado estático, sino un proceso dinámico de creación colectiva. En las comunidades andinas y amazónicas, las celebraciones se convierten en verdaderas escuelas de vida donde los jóvenes aprenden de los mayores los conocimientos, lenguas y tradiciones que dan forma a su identidad. Este proceso fortalece el tejido social, promueve la cohesión y consolida el sentido de pertenencia, asegurando la continuidad de la cultura en el tiempo.

El turismo cultural y religioso vinculado a las festividades representa una oportunidad para el desarrollo local, siempre que sea gestionado con responsabilidad y respeto por las comunidades. Estas celebraciones permiten dinamizar las economías rurales, valorar las prácticas tradicionales y generar bienestar colectivo, pero también exigen cuidado para evitar la pérdida de autenticidad o la mercantilización de la fe. La sostenibilidad de las fiestas depende de la participación activa de los pueblos en su gestión y de la protección de su significado espiritual y cultural.

Las festividades y rituales deben entenderse como escenarios del patrimonio vivo, donde convergen la espiritualidad, la creatividad y la memoria colectiva del país. Son espacios donde lo religioso, lo social, lo económico y lo simbólico se entrelazan, dando lugar a expresiones únicas de identidad y pertenencia. En los Andes, celebran la gratitud hacia la tierra y los dioses tutelares; en la Amazonía, honran la conexión con el bosque y los espíritus del agua. Ambos territorios,



aunque diversos, comparten una misma visión de equilibrio, reciprocidad y respeto por la vida.

Preservar las festividades y rituales del Perú significa proteger no solo sus expresiones visibles, sino también los valores intangibles que las sostienen: la fe, la cooperación, la solidaridad y el sentido de comunidad. Su conservación requiere educación intercultural, políticas culturales inclusivas y modelos de desarrollo sostenible que reconozcan el protagonismo de las comunidades en la gestión de su patrimonio. Las fiestas del Perú son, en esencia, una celebración de la vida, un acto de memoria y una manifestación del poder creativo de los pueblos para mantener viva su identidad y su esperanza.

2.4. Retos de la participación comunitaria y la gestión turística en el Perú

El turismo comunitario en el Perú se ha consolidado en los últimos años como una alternativa sostenible que busca integrar la economía, la cultura y el ambiente bajo una lógica de corresponsabilidad social. Sin embargo, a pesar de su creciente reconocimiento, su implementación enfrenta profundas limitaciones estructurales y culturales que ponen a prueba su sostenibilidad y su autenticidad. Este modelo, que debería empoderar a las comunidades locales, muchas veces se ve obstaculizado por la falta de participación efectiva, la debilidad institucional, la fragmentación de la gestión y las tensiones entre la preservación cultural y las exigencias del mercado global (González-Domínguez et al., 2024).

Uno de los principales desafíos es la participación comunitaria real en los procesos de planificación y gestión turística. Si bien los discursos oficiales promueven la inclusión de las comunidades, en la práctica su participación suele ser consultiva o decorativa, sin un poder decisorio efectivo. Las comunidades locales, especialmente las rurales e indígenas, son frecuentemente incorporadas como mano de obra o como parte del paisaje cultural, pero no como actores estratégicos del desarrollo (Bravo y Zambrano, 2018). Este fenómeno reproduce una relación asimétrica entre las instituciones y los pueblos, donde los proyectos turísticos terminan



respondiendo a intereses externos. La participación sin poder real es una forma de exclusión encubierta; lo que impide el fortalecimiento de la gobernanza local y la apropiación comunitaria de los beneficios del turismo.

Otro reto crucial es el fortalecimiento de las capacidades locales. Las comunidades necesitan formación técnica, organizacional y empresarial para gestionar sus propios emprendimientos turísticos. Sin embargo, los programas de capacitación ofrecidos por el Estado o las ONGs suelen tener un enfoque vertical, urbano y homogéneo, sin considerar la diversidad lingüística ni las formas de aprendizaje tradicionales (Yépez-Franco et al., 2021). Esto genera una brecha entre la teoría del desarrollo sostenible y la realidad vivida por los pueblos. Gonzales Dongo et al. (2025), consideran que el turismo comunitario solo puede sostenerse cuando los saberes locales se reconocen como capital cultural y no como una carencia que deba ser reemplazada por conocimientos externos.

En el ámbito cultural, el turismo comunitario enfrenta un dilema complejo: mantener la autenticidad sin caer en la folklorización. Las comunidades que abren sus festividades, rituales o costumbres al turismo corren el riesgo de transformar su sentido espiritual en mercancía cultural. Flores Amador et al. (2014) advierten que la pérdida de sentido simbólico puede vaciar las prácticas tradicionales de su contenido comunitario, reduciéndolas a simples representaciones escénicas para el visitante. Este proceso, conocido como “turismo escenificado”, erosiona las bases éticas del patrimonio vivo. Por ello, la gestión turística debe priorizar la preservación de la autenticidad cultural, respetando los tiempos, los significados y las jerarquías tradicionales de las comunidades anfitrionas (Burga et al., 2024).

La sostenibilidad ambiental constituye otro eje de desafío, especialmente en regiones amazónicas y altoandinas. En estos territorios, el turismo puede generar impactos irreversibles si no se gestiona de manera adecuada: contaminación de fuentes hídricas, deforestación o presión sobre ecosistemas frágiles. Según Gonzales Dongo et al. (2025), la sostenibilidad del turismo amazónico no se mide por la cantidad de visitantes,



sino por la capacidad del territorio para absorberlos sin alterar su equilibrio ecológico. En este sentido, el turismo comunitario debe adoptar un enfoque biocultural, que integre la conservación del ambiente con la protección de los modos de vida tradicionales. La sabiduría ancestral de los pueblos andinos y amazónicos, basada en principios como el ayni (reciprocidad) y la minka (trabajo colectivo), constituye una base ética fundamental para un turismo verdaderamente sostenible (Mujica Bermúdez, 2007).

En el plano institucional, la gestión turística en el Perú aún presenta una notable fragmentación. Las competencias se encuentran dispersas entre diferentes niveles de gobierno, lo que dificulta la articulación entre políticas nacionales, regionales y locales. Las comunidades que desarrollan proyectos de turismo rural comunitario enfrentan obstáculos burocráticos, falta de financiamiento y escaso acceso a redes de comercialización (Lebrún Aspíllaga y Geovannini Acuña, 2023). Como señalan Yépez-Franco et al. (2021), el turismo sostenible requiere la creación de gobernanzas locales participativas, donde los distintos actores: Estado, comunidades, universidades y sector privado, trabajen de manera coordinada bajo una visión de desarrollo territorial. Sin esa articulación, las iniciativas quedan aisladas y dependen del voluntarismo o de coyunturas políticas.

La dimensión económica del turismo comunitario también presenta contradicciones. Aunque su objetivo es la distribución equitativa de beneficios, en muchos casos los ingresos se concentran en pequeños grupos con mayor acceso a recursos o contactos externos. Sin mecanismos de redistribución interna, el turismo puede profundizar las desigualdades sociales y generar conflictos comunales. Asimismo, la persistente informalidad impide el acceso a créditos, seguros y programas estatales, reduciendo la capacidad de las comunidades para competir en el mercado. Frente a ello, Gonzales Dongo et al. (2025) proponen fortalecer la economía solidaria y las redes de comercio justo como estrategias para democratizar los beneficios del turismo y reducir la dependencia de intermediarios.



El aspecto generacional y educativo constituye un reto transversal. En muchas comunidades, los jóvenes perciben el turismo como una oportunidad de progreso, mientras los mayores lo ven con cautela, temiendo la pérdida de valores tradicionales. Esta tensión, sin embargo, puede convertirse en una oportunidad para el diálogo intercultural y la innovación. Paladan (2020) plantea que el turismo comunitario debe integrar a los jóvenes como agentes de cambio, reconociendo su papel en la digitalización, la promoción cultural y la gestión de redes sociales. Al mismo tiempo, la transmisión intergeneracional de saberes garantiza la continuidad espiritual y simbólica del patrimonio.

La participación comunitaria en el turismo constituye uno de los pilares del desarrollo sostenible en el Perú. Sin embargo, su consolidación enfrenta una serie de desafíos estructurales, institucionales y socioculturales. En diversas regiones del país, especialmente en los Andes y la Amazonía, las comunidades han comenzado a reconocer el potencial del turismo como herramienta de empoderamiento económico y preservación cultural; no obstante, la gestión turística comunitaria aún requiere fortalecer su articulación con las políticas públicas, el mercado y los principios de sostenibilidad (Venero Gibaja et al., 2024).

Venero Gibaja et al. (2024) destacan que uno de los principales retos radica en la consolidación de modelos de gestión participativa, en los cuales la comunidad asuma un papel protagónico en la planificación, toma de decisiones y distribución de beneficios. En el caso del Cusco, los autores identifican que la falta de capacidades técnicas y la limitada coordinación entre los actores públicos y privados obstaculizan la implementación de estrategias sostenibles. Para superar estas limitaciones, proponen fortalecer la educación turística local y promover espacios de gobernanza colaborativa donde se reconozcan los saberes tradicionales como parte del proceso de desarrollo.

En la misma línea, Cayo (2022), al analizar el turismo comunitario en el destino Lago Titicaca, sostiene que la sostenibilidad del turismo depende de la cohesión





social y del liderazgo local. Su estudio evidencia que el involucramiento de las comunidades aymaras y quechuas en la gestión turística no solo mejora los ingresos familiares, sino que también refuerza el sentido de pertenencia y la valorización del patrimonio natural y cultural. Sin embargo, Cayo (2022) advierte que el éxito de estos proyectos requiere acompañamiento institucional constante, acceso a financiamiento y la profesionalización del capital humano local para evitar la dependencia de agentes externos.

Desde el ámbito estatal, el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú (2024) ha impulsado la Estrategia Nacional de Turismo Comunitario como una política pública destinada a fortalecer la participación de las comunidades rurales y originarias en el sector turístico. Dicha estrategia y la iniciativa Turismo Social han sido reconocidas como buenas prácticas en gestión pública por su capacidad de integrar los objetivos de sostenibilidad, inclusión y equidad territorial. Estas iniciativas buscan promover modelos de desarrollo que respeten la diversidad cultural, incentiven la formalización y garanticen que los beneficios económicos del turismo lleguen efectivamente a las familias locales. No obstante, su implementación enfrenta limitaciones presupuestarias y la falta de una red institucional sólida que conecte a las comunidades con los mercados turísticos nacionales e internacionales.

La participación comunitaria también implica desafíos en términos de percepción y expectativas frente al turismo. Solano Lavado et al. (2024), en su estudio sobre San Juan de Churín, evidencian que la población local reconoce los beneficios económicos del turismo, pero percibe con preocupación los impactos negativos sobre el ambiente y las dinámicas culturales. Esto refleja la necesidad de desarrollar políticas de educación turística y sensibilización ambiental que fortalezcan el sentido de corresponsabilidad entre visitantes, autoridades y comunidades anfitrionas.

Asimismo, Poma et al. (2022) enfatizan que el turismo comunitario contribuye significativamente a la sostenibilidad y a la mejora de la calidad de vida, siempre

que se base en el respeto por la cultura local y en la gestión autónoma de los recursos. Desde la perspectiva de jóvenes emprendedores del ámbito académico, subrayan que las comunidades deben ser protagonistas y no meros beneficiarios del turismo. Su participación activa garantiza que las decisiones respondan a las necesidades reales del territorio y no únicamente a los intereses del mercado.

Por otro lado, Regalado Pezúa (2023) advierte que, aunque el turismo sostenible ofrece amplias oportunidades para el Perú, existen retos vinculados con la formalización, la gobernanza local y la competitividad. Señala que muchas iniciativas comunitarias carecen de un modelo de negocio sólido y de estrategias de promoción que les permitan insertarse en los circuitos turísticos globales sin perder su autenticidad. El autor plantea que la sostenibilidad debe entenderse no solo como una práctica ambiental, sino como un enfoque integral que articule lo económico, lo social y lo cultural, con base en una gestión responsable y participativa.

De manera complementaria, Cayo (2022); y Venero Gibaja et al. (2024) coinciden en que el fortalecimiento de capacidades locales es indispensable para consolidar el turismo comunitario como herramienta de desarrollo sostenible. Esto implica capacitar a los actores en gestión empresarial, marketing digital, atención al visitante y planificación territorial, sin descuidar los valores de reciprocidad, hospitalidad y respeto por la naturaleza que caracterizan a las comunidades rurales peruanas.

En términos más amplios, la experiencia del Perú demuestra que el turismo comunitario puede convertirse en un motor de transformación social siempre que exista un equilibrio entre autonomía local, apoyo institucional y sostenibilidad ambiental. Para ello, resulta necesario avanzar hacia políticas públicas descentralizadas, donde las comunidades no sean vistas solo como receptoras de turistas, sino como gestoras del territorio y del patrimonio cultural.

Como señalan Poma et al. (2022), el turismo debe ser una vía para fortalecer la dignidad y la autoestima de los





pueblos, no un proceso que los subordine a las lógicas del mercado. El reto, por tanto, no es solo técnico o económico, sino ético: lograr que el turismo peruano se construya sobre la base del respeto, la equidad y la colaboración entre todos los actores involucrados.

El desafío más profundo radica en construir una gobernanza turística participativa y de largo plazo. La sostenibilidad del turismo comunitario no depende únicamente de los recursos naturales o del atractivo cultural, sino de la capacidad de las comunidades para ejercer sus derechos y definir sus propios modelos de desarrollo. González-Domínguez et al. (2024) sostienen que el empoderamiento es un proceso continuo de aprendizaje colectivo, donde la autonomía se construye desde la práctica cotidiana. Esto implica promover políticas públicas que reconozcan la diversidad cultural del país, garanticen la participación efectiva de los pueblos originarios y fortalezcan sus instituciones locales.

Los retos de la participación comunitaria y la gestión turística en el Perú no se reducen a problemas técnicos o administrativos, sino que involucran dimensiones políticas, éticas y culturales. El turismo comunitario solo podrá consolidarse como herramienta de desarrollo sostenible si logra equilibrar las necesidades económicas con el respeto por la identidad, el territorio y la memoria colectiva. Como advierten Lebrún Aspíllaga y Geovannini Acuña (2023), el patrimonio no debe verse como un recurso a explotar, sino como una fuente de sentido y de cohesión social que da identidad a las comunidades y valor al territorio. En ese horizonte, el futuro del turismo comunitario en el Perú dependerá de su capacidad para construir un modelo basado en la reciprocidad, la justicia y el respeto mutuo: un turismo verdaderamente humano y sostenible.

El turismo comunitario en el Perú representa una oportunidad real para construir un modelo de desarrollo inclusivo, sostenible y culturalmente respetuoso. Su consolidación ha permitido visibilizar a las comunidades rurales e indígenas como actores fundamentales en la gestión del patrimonio natural y cultural del país. Sin

embargo, su fortalecimiento enfrenta diversos desafíos que trascienden el ámbito económico, ya que involucran también aspectos institucionales, sociales y éticos.

Uno de los retos centrales es lograr una participación comunitaria auténtica en la toma de decisiones. En muchas experiencias, la participación se limita a niveles consultivos o simbólicos, sin que las comunidades tengan un poder real sobre la planificación y la distribución de los beneficios turísticos. Esto genera tensiones entre los discursos oficiales de inclusión y las prácticas cotidianas, que en ocasiones perpetúan relaciones desiguales entre los organismos estatales, los operadores turísticos y los pueblos locales. Superar esta brecha implica promover procesos de gobernanza verdaderamente participativos, donde la voz de las comunidades sea determinante y vinculante.

Otro aspecto esencial es el fortalecimiento de las capacidades locales. El turismo comunitario requiere de conocimientos técnicos, habilidades empresariales y liderazgo social para ser sostenible. En muchas regiones, las comunidades han demostrado una gran capacidad de adaptación y de aprendizaje, pero necesitan apoyo continuo en temas como la gestión administrativa, el marketing digital, la formalización de servicios y la planificación territorial. La educación y la capacitación deben partir del reconocimiento de los saberes tradicionales y de las formas propias de organización, evitando imponer modelos externos que no respondan a la realidad local.

La dimensión cultural del turismo comunitario también enfrenta grandes desafíos. La apertura de las festividades, los rituales y las tradiciones al público visitante puede generar procesos de folklorización si no se gestiona con respeto y sensibilidad. Mantener la autenticidad cultural y proteger el sentido espiritual de las prácticas tradicionales son tareas que exigen equilibrio entre la promoción turística y la preservación de los valores ancestrales. El turismo, en este sentido, debe entenderse como un espacio de intercambio cultural y no como un medio de comercialización del patrimonio.





Asimismo, la sostenibilidad ambiental constituye un eje transversal en la gestión turística comunitaria. El crecimiento desordenado del turismo puede generar impactos negativos sobre los ecosistemas, especialmente en zonas de alta fragilidad ecológica como la Amazonía o las regiones altoandinas. El desafío es encontrar un equilibrio entre el aprovechamiento económico del territorio y su conservación, adoptando un enfoque biocultural que valore tanto la biodiversidad como los conocimientos tradicionales de manejo del entorno.

En el plano institucional, la fragmentación de competencias entre los distintos niveles de gobierno y la falta de articulación entre las políticas nacionales, regionales y locales dificultan la consolidación de un sistema coherente de gestión turística. Las comunidades requieren un acompañamiento sostenido, acceso a financiamiento y una mayor conexión con los mercados turísticos, tanto nacionales como internacionales. La creación de redes cooperativas y de plataformas de promoción solidaria puede ayudar a reducir la dependencia de intermediarios y a mejorar la distribución equitativa de los beneficios.

La dimensión económica, por su parte, plantea el reto de construir modelos justos y sostenibles de redistribución. En algunos casos, los beneficios del turismo se concentran en pequeños grupos o intermediarios, lo que genera desigualdad y conflictos comunales. Fortalecer la economía solidaria y la asociatividad entre las comunidades es fundamental para asegurar que el turismo genere bienestar colectivo y no nuevas formas de exclusión.

El componente generacional también juega un papel clave en la sostenibilidad del turismo comunitario. Los jóvenes pueden convertirse en agentes de innovación y renovación, aportando nuevas ideas y herramientas tecnológicas, mientras que los mayores aseguran la transmisión de los valores y la memoria cultural. Fomentar el diálogo intergeneracional permite combinar tradición y modernidad en un mismo proyecto de desarrollo, garantizando su continuidad en el tiempo.

En conjunto, los retos de la participación comunitaria y la gestión turística en el Perú reflejan la necesidad de construir una visión integral del turismo como proceso social, económico y cultural. Más allá de los indicadores económicos, el verdadero éxito del turismo comunitario reside en su capacidad para fortalecer la autonomía de las comunidades, proteger la diversidad cultural y conservar el entorno natural.

El futuro del turismo comunitario peruano dependerá de su capacidad para articular esfuerzos entre el Estado, las comunidades, la academia y el sector privado. Solo a través de una gestión compartida, transparente y participativa será posible consolidar un modelo de turismo que respete la dignidad de las personas, valore los saberes locales y promueva un desarrollo equilibrado y sostenible. Este camino exige no solo políticas públicas eficientes, sino también un compromiso ético con el bienestar colectivo, la justicia social y la preservación de la identidad cultural del país.



03.

Rutas con alma: Itinerarios del patrimonio cultural peruano

3.1. El Qhapaq Ñan: el camino de los pueblos del sol

El Perú es un territorio tejido por caminos, memorias y símbolos. Desde las antiguas sendas del Qhapaq Ñan hasta las rutas contemporáneas del turismo cultural, el país ha forjado su identidad en el movimiento, en el encuentro de pueblos y en la transmisión de saberes a través del tiempo. Cada ruta es una narrativa viva, un itinerario del alma colectiva, donde la historia y la naturaleza dialogan con las comunidades que aún conservan sus tradiciones. En este sentido, hablar de las rutas patrimoniales del Perú es hablar del latido mismo de su cultura, de un territorio donde los caminos no solo conectan espacios físicos, sino también dimensiones espirituales y simbólicas.

El patrimonio cultural peruano no se reduce a los monumentos

o a los objetos materiales; se manifiesta también en las formas de vida, los saberes ancestrales, las festividades, la hospitalidad y las expresiones comunitarias que habitan cada rincón del país. Como afirma Burga et al. (2024), el patrimonio es un proceso dinámico de recreación identitaria, no un legado inmóvil. Bajo esta mirada, las rutas culturales constituyen escenarios donde el pasado se actualiza constantemente, donde las comunidades reinterpretan su herencia para dialogar con los desafíos del presente. El viajero que recorre estos caminos no es un simple espectador: es un testigo del encuentro entre la memoria y la esperanza.

En los últimos años, el turismo peruano ha orientado su mirada hacia la puesta en valor de los itinerarios culturales como ejes de desarrollo sostenible. Estas rutas, integradas por paisajes naturales, sitios arqueológicos, manifestaciones artísticas y prácticas sociales, buscan fortalecer la participación comunitaria y el reconocimiento de la diversidad cultural. Venero Gibaja et al. (2024) destacan que el turismo rural y comunitario en regiones como Cusco, Puno o Ayacucho ha permitido revitalizar la identidad local, generando ingresos sostenibles y fortaleciendo el tejido social. Así, el turismo se convierte no solo en una actividad económica, sino en un acto de diálogo intercultural y de reencuentro con las raíces.

El concepto de “rutas con alma” alude precisamente a esta dimensión profunda del viaje. No se trata de recorrer un territorio, sino de sentirlo y comprenderlo desde su gente, desde la espiritualidad que envuelve los caminos, los rituales y los paisajes. Cada ruta con alma expresa un modo de habitar el mundo, una pedagogía del territorio que enseña respeto, reciprocidad y equilibrio con la naturaleza. En palabras de Regalado Pezúa (2023), el verdadero reto del turismo sostenible en el Perú es mantener el equilibrio entre la conservación del patrimonio y el bienestar de las comunidades que lo custodian. Es decir, transformar el turismo en una herramienta de encuentro y aprendizaje mutuo, no de explotación cultural.

Los itinerarios del patrimonio cultural peruano revelan un país plural, diverso y profundamente espiritual,



donde cada viaje es también un acto de aprendizaje y de comunión con la historia viva. Estos caminos, recorridos por siglos de sabiduría, continúan hoy siendo puentes entre el pasado y el futuro, entre el visitante y la comunidad, entre la tierra y el espíritu.

El Qhapaq Ñan, traducido del quechua como “el Camino Principal del Inca” o “el camino de los pueblos del sol”, constituye una de las más notables expresiones de integración territorial, ingeniería prehispánica y espiritualidad andina. Más que un simple sistema vial, el Qhapaq Ñan es una manifestación de la cosmovisión del Tawantinsuyu, donde el territorio, la naturaleza y los seres humanos se articulaban bajo una lógica de reciprocidad y equilibrio. Su construcción fue un proceso colectivo que involucró a múltiples pueblos a lo largo de los Andes, y su legado aún palpita en las comunidades que lo habitan y lo transitan. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (2021), esta red se extiende por más de 30.000 kilómetros, atravesando seis países andinos: Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina, y conectando diferentes pisos ecológicos, culturas y sistemas de vida.

El Qhapaq Ñan fue, en esencia, una columna vertebral del Tawantinsuyu. En su recorrido unía los centros administrativos, agrícolas, mineros y ceremoniales del vasto imperio, permitiendo la circulación de ejércitos, alimentos, mensajes, conocimientos y símbolos religiosos. Sin embargo, su significado trasciende la infraestructura. Para los incas, los caminos no eran simples vías de tránsito, sino espacios sagrados, caminos del sol y de los ancestros, donde se manifestaban las energías vitales del universo. Hyslop (194) señala que esta red representaba una cartografía espiritual donde los caminos se orientaban según los movimientos solares y las montañas sagradas o apus, estableciendo una correspondencia entre el orden cósmico y el orden social.

Desde la perspectiva cultural contemporánea, el Qhapaq Ñan constituye un patrimonio vivo. Su importancia no reside únicamente en las piedras labradas o en los tramos empedrados que sobreviven, sino en los saberes,



costumbres y rituales que las comunidades conservan como herencia ancestral. Burga et al. (2024) sostienen que el patrimonio cultural no debe entenderse como una herencia inerte, sino como un proceso dinámico en el que las comunidades recrean su identidad y fortalecen su sentido de pertenencia. En ese sentido, el Qhapaq Ñan no es solo un monumento arqueológico, sino un sistema social, espiritual y ecológico, que sigue articulando territorios, memorias y modos de vida.

La declaratoria del Qhapaq Ñan como Patrimonio Mundial de la Humanidad en 2014 por la UNESCO significó un reconocimiento no solo a su dimensión histórica, sino también a su vigencia cultural y a la cooperación internacional entre los países andinos. Dicha declaratoria introdujo un nuevo paradigma de gestión patrimonial: el modelo multinacional y participativo, que reconoce el papel de las comunidades locales como guardianas y protagonistas del patrimonio. El Ministerio de Cultura del Perú (2022) ha señalado que este enfoque busca integrar la conservación del camino con el desarrollo sostenible de las comunidades, promoviendo prácticas turísticas respetuosas, educación patrimonial y gestión intercultural del territorio.

El Qhapaq Ñan también se constituye en un símbolo de la diversidad cultural y ecológica del Perú. A través de sus tramos se pueden observar los contrastes de la geografía nacional: desde las cumbres nevadas de los Andes hasta los valles costeros y los bosques amazónicos. Cada tramo revela no solo un paisaje, sino una historia y una cosmovisión particular. Gonzales Dongo et al. (2025) destacan que, en las regiones amazónicas y altoandinas, los caminos ancestrales fueron más que rutas comerciales: fueron puentes culturales entre pueblos, espacios de intercambio y aprendizaje mutuo. Hoy, esta misma función de integración puede reactivarse a través de un turismo sostenible que respete las particularidades de cada comunidad.

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (2009) resalta que el Qhapaq Ñan, o Carretera Principal Andina, constituye una obra maestra de ingeniería que integró los diversos



territorios del Tawantinsuyo, desde las altas cumbres andinas hasta las zonas costeras y selváticas. Este sistema vial no solo articuló rutas económicas y políticas, sino que también fomentó el intercambio cultural y la cohesión social entre múltiples pueblos andinos. La organización enfatiza su valor universal excepcional, al reflejar la cosmovisión andina y su relación armónica con el entorno natural, lo que justifica su inscripción como Patrimonio Mundial.

En su informe más reciente, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (2021) subraya los esfuerzos contemporáneos de conservación sostenible del Qhapaq Ñan, destacando la participación comunitaria como eje fundamental en la protección del patrimonio. Se plantea la necesidad de un manejo integrado que equilibre la preservación del entorno físico con el respeto a los valores culturales y espirituales de las comunidades locales. Asimismo, el documento muestra cómo el Qhapaq Ñan continúa siendo un símbolo vivo de identidad, cooperación y memoria colectiva en los Andes.

Rojas Flores et al. (2024) abordan la dimensión intercultural del Qhapaq Ñan en la región de Loja, Ecuador, poniendo en valor los saberes ancestrales vinculados a la etnobotánica, la ritualidad y las prácticas de sanación tradicionales. Los autores destacan que el camino no solo fue una vía de tránsito material, sino también espiritual y medicinal, donde el conocimiento de las plantas y los rituales reafirmaban el equilibrio entre cuerpo, comunidad y naturaleza. Así, el Qhapaq Ñan se presenta como un espacio de diálogo entre la tradición y la modernidad en la salud intercultural andina.

Bernabé (2017) analiza el tramo del Qhapaq Ñan correspondiente a la Pampa de Lampas-Choquerecuay, en el departamento de Áncash, Perú, evidenciando la sofisticación técnica y la planificación territorial del sistema vial inca. Su investigación revela cómo estas rutas fueron adaptadas a distintos pisos ecológicos y respondieron a criterios logísticos, estratégicos y simbólicos. De esta manera, el autor subraya que la



red vial no solo articuló espacios físicos, sino también jerarquías políticas y religiosas dentro del Imperio Inca.

Mignone (2025) examina los “avatares” del sistema de comunicaciones entre los valles y la puna durante los siglos XVI al XVIII en el noroeste argentino, mostrando la persistencia y transformación del Qhapaq Ñan tras la colonización. Su estudio revela cómo los caminos incas se reconfiguraron bajo el dominio español, manteniendo sin embargo su función integradora en la vida económica y social andina. Así, el Qhapaq Ñan se entiende como un testimonio de resistencia cultural y de continuidad histórica en la región sur del antiguo imperio.

Marcone (2020) reflexiona sobre el papel del Qhapaq Ñan en la construcción de la historia y el territorio peruano, destacando que las rutas incas fueron más que simples infraestructuras: fueron los ejes sobre los cuales se estructuraron la administración imperial, el comercio y la expansión cultural. El autor enfatiza cómo estos caminos siguen siendo huellas tangibles del proceso de integración andina, y propone interpretarlos como espacios de memoria donde se articulan el pasado prehispánico y las identidades contemporáneas.

Martínez Martínez (2009) analiza el Qhapaq Ñan como un agente de transformación territorial en los Andes peruanos, evidenciando cómo la red vial reorganizó el espacio geográfico, político y simbólico del Tawantinsuyo. Su estudio muestra que el camino fue un instrumento de dominio y cohesión imperial, pero también un medio de conexión entre pueblos diversos, permitiendo la circulación de bienes, ideas y rituales. En este sentido, el Qhapaq Ñan representa una manifestación tangible del poder estatal y de la cosmovisión andina.

Bar Esquivel (2017) aporta una perspectiva metodológica al abordar el registro y la sectorización de la red vial inca dentro del proyecto Qhapaq Ñan. Propone criterios de nomenclatura y clasificación que facilitan su estudio y gestión patrimonial, contribuyendo a una comprensión más precisa de la compleja estructura vial. Su trabajo refuerza la importancia de un enfoque interdisciplinario



que combine arqueología, geografía y gestión cultural para conservar el valor histórico del camino inca.

Matos (2017) presenta la exposición El gran camino Inka: Construyendo un imperio como una herramienta de divulgación que permite al público comprender la magnitud cultural y tecnológica del Qhapaq Ñan. A través de la museografía del Smithsonian, se muestra cómo la red vial simboliza la capacidad de los incas para conectar territorios y pueblos diversos bajo una visión común. Su aporte destaca el valor educativo y cultural del patrimonio como vehículo de identidad y memoria colectiva.

Moralejo (2018) actualiza el conocimiento sobre el Qhapaq Ñan en la provincia de Catamarca, Argentina, analizando los avances arqueológicos y los desafíos de su conservación. Su trabajo resalta la importancia del reconocimiento local en la preservación del camino, subrayando que las comunidades actuales desempeñan un rol esencial en mantener viva la herencia inca. De esta forma, el Qhapaq Ñan se consolida como un corredor cultural que trasciende fronteras y épocas, articulando los pueblos del sol a través de la historia.

El Qhapaq Ñan se revela como una de las obras más notables de integración cultural, territorial y espiritual en la historia andina. Su compleja red de caminos no solo articuló el espacio físico del antiguo Tawantinsuyo, sino que también tejió vínculos entre pueblos diversos, promoviendo el intercambio de saberes, creencias y recursos en una geografía marcada por contrastes. Más allá de su dimensión material, el camino encarnó una cosmovisión basada en la reciprocidad, la complementariedad y la armonía con la naturaleza, principios que aún hoy orientan las prácticas culturales y comunitarias en los Andes.

En el ámbito contemporáneo, el Qhapaq Ñan continúa siendo un símbolo vivo de identidad y memoria colectiva. Sureconocimiento como patrimonio mundial ha impulsado nuevas formas de gestión y conservación que involucran activamente a las comunidades locales, reafirmando su papel como guardianas del legado ancestral. Al mismo



tiempo, el camino inca se consolida como un espacio de diálogo intercultural, donde convergen la ciencia, la tradición y la educación patrimonial.

El conjunto de estudios demuestra que el Qhapaq Ñan trasciende su función original como vía de comunicación para convertirse en un eje histórico de resistencia y continuidad cultural. Su vigencia actual no solo radica en las huellas arqueológicas que lo conforman, sino en los valores simbólicos, sociales y espirituales que representa. En suma, este sistema vial andino expresa la capacidad de los pueblos del sol para construir unidad en la diversidad y proyectar su herencia hacia el futuro.

El turismo cultural y comunitario en torno al Qhapaq Ñan representa una oportunidad de desarrollo económico y social para las comunidades andinas. En lugares como el Cusco, Ayacucho, Apurímac, Cajamarca y Huánuco, se han desarrollado iniciativas que promueven caminatas interpretativas, hospedajes rurales y experiencias culturales vinculadas a la hospitalidad tradicional andina. Venero Gibaja et al. (2024) afirman que estas experiencias fortalecen la gestión participativa del turismo, permitiendo que las comunidades asuman un rol activo en la planificación, control y beneficio de las actividades turísticas. No obstante, el éxito de estos proyectos depende de la formación técnica, la coordinación interinstitucional y la valoración de los saberes locales.

El turismo comunitario vinculado al Qhapaq Ñan también enfrenta tensiones y dilemas éticos. La sobreexposición de los rituales, danzas y celebraciones tradicionales puede conducir a la folklorización o “mercantilización de la cultura”. Lebrún Aspíllaga y Geovannini Acuña (2023) advierten que la gestión del patrimonio no puede reducirse a la lógica del espectáculo turístico, sino que debe priorizar el respeto por los significados simbólicos que dan sentido a las prácticas culturales. La autenticidad no se mide por la fidelidad escénica, sino por la capacidad de las comunidades de mantener su vínculo espiritual con el territorio. Por ello, la gestión turística del Qhapaq Ñan debe incorporar principios éticos y mecanismos de gobernanza cultural compartida,



donde las comunidades definan los límites entre la oferta turística y la preservación de lo sagrado.

A nivel educativo y generacional, el Qhapaq Ñan ofrece una plataforma para la educación intercultural. Burga et al. (2024) subrayan que el reconocimiento de los caminos ancestrales en los programas educativos fortalece la identidad nacional y el respeto por la diversidad. En muchas escuelas rurales del sur andino, el Qhapaq Ñan es utilizado como recurso pedagógico para enseñar historia, geografía y valores comunitarios, vinculando el conocimiento ancestral con los desafíos contemporáneos del desarrollo sostenible. Esta perspectiva revaloriza el papel de los jóvenes como herederos y defensores de un legado que trasciende las fronteras nacionales.

La gestión del Qhapaq Ñan plantea asimismo retos institucionales. Su administración involucra a múltiples niveles de gobierno: nacional, regional y local; así como a instituciones académicas, organizaciones internacionales y comunidades campesinas. Esta diversidad de actores exige coordinación, planificación y transparencia, factores que no siempre están consolidados. Regalado Pezúa (2023) sostiene que el principal desafío del turismo sostenible en el Perú radica en la fragmentación institucional y en la falta de continuidad de las políticas públicas. Superar esta brecha implica diseñar estrategias de largo plazo basadas en la colaboración y el fortalecimiento de capacidades locales.

El Qhapaq Ñan, además de su dimensión patrimonial, constituye un modelo de sostenibilidad biocultural. Su trazado y su mantenimiento ancestral se basaban en una ética del cuidado, el trabajo colectivo y la reciprocidad. Conceptos como el ayni (ayuda mutua) y la minka (trabajo comunitario) son pilares que aún guían la vida de muchas comunidades andinas. Estos valores, si se incorporan a la gestión contemporánea del turismo, pueden ofrecer una alternativa frente al modelo extractivo y competitivo que predomina en la economía global. Como indica Cayo (2022), la sostenibilidad del turismo no depende de la cantidad de visitantes, sino de la capacidad del



territorio y de la comunidad para mantener su equilibrio cultural y ambiental.

En un plano más simbólico, el Qhapaq Ñan es una metáfora del camino de la vida andina: un sendero que une lo humano con lo divino, lo material con lo espiritual. Los pueblos que aún lo recorren no solo transitan sobre piedras milenarias, sino sobre los recuerdos de sus ancestros. Es, por tanto, un camino de resistencia, memoria y esperanza. En él convergen los relatos del pasado y los sueños del futuro, uniendo a los pueblos del sol bajo una misma herencia de sabiduría, solidaridad y respeto por la naturaleza.

El Qhapaq Ñan representa mucho más que una red vial: es una columna vertebral cultural del mundo andino, un símbolo de identidad compartida y un laboratorio vivo de sostenibilidad. Su gestión debe concebirse desde una perspectiva integral que combine conservación patrimonial, educación intercultural, turismo responsable y participación comunitaria. Solo así, el “camino de los pueblos del sol” seguirá iluminando el presente y el futuro del Perú, guiando a las nuevas generaciones hacia un desarrollo basado en la reciprocidad, la memoria y la armonía con la Pachamama.

El Qhapaq Ñan sintetiza la esencia del territorio andino como un espacio donde la cultura, la naturaleza y la espiritualidad se entrelazan en un mismo tejido histórico. Más que un camino físico, representa una red viva de relaciones humanas y simbólicas que ha articulado durante siglos la vida de los pueblos del sol. Su permanencia a lo largo del tiempo demuestra la profundidad de una civilización que supo entender el territorio como un ser vivo, donde cada ruta era un eje de conexión entre los hombres, los dioses y la tierra.

En la actualidad, este legado continúa inspirando nuevas formas de desarrollo y de gestión cultural. Las comunidades que habitan a lo largo de sus tramos mantienen prácticas ancestrales que reflejan valores de reciprocidad, trabajo colectivo y respeto por la naturaleza, configurando un modelo de sostenibilidad biocultural. En este sentido, el Qhapaq Ñan no solo es





un vestigio del pasado, sino un referente para repensar la relación entre el patrimonio, el turismo y el bienestar comunitario.

El reconocimiento internacional del camino ha abierto oportunidades para un turismo cultural y comunitario que promueve la participación local y la revitalización de identidades regionales. Sin embargo, también plantea desafíos éticos y de gestión, pues la preservación de su autenticidad requiere equilibrar la promoción turística con la protección de los valores espirituales y culturales que le dan sentido. La verdadera sostenibilidad del Qhapaq Ñan radica en que las comunidades sean protagonistas de su futuro, evitando la folklorización y asegurando que los beneficios del turismo se traduzcan en fortalecimiento social y cultural.

A nivel educativo, el Qhapaq Ñan se consolida como una herramienta de aprendizaje intercultural que conecta la historia ancestral con los retos contemporáneos. Su estudio permite comprender la visión andina del mundo, basada en la armonía y la cooperación, y ofrece a las nuevas generaciones una fuente de identidad y pertenencia. Esta dimensión pedagógica refuerza su papel como patrimonio vivo, capaz de enseñar a convivir en equilibrio con la tierra y con los demás.

El Qhapaq Ñan es una metáfora del propio destino de los Andes: un camino que une tiempos, pueblos y memorias. Su legado trasciende las fronteras geográficas para recordarnos que el verdadero desarrollo no se mide solo en infraestructura, sino en la capacidad de mantener el vínculo espiritual con el territorio. Custodiarlo significa honrar la sabiduría de los ancestros y proyectar hacia el futuro una forma de vida basada en la solidaridad, la memoria y la armonía con la Pachamama.

3.2. Cusco y el Valle Sagrado: cuna del turismo cultural

La región de Cusco, antigua capital del Tawantinsuyo, representa el corazón histórico y espiritual del mundo andino, donde se articulan las dimensiones arqueológica, cultural y simbólica del patrimonio peruano. En este territorio, la historia se hace tangible a través de las

huellas arquitectónicas y las tradiciones vivas que han sobrevivido al paso del tiempo. Cusco fue concebida por los incas como el ombligo del mundo, punto de origen y de encuentro de los cuatro suyos o regiones del imperio. Su estructura urbana revela una planificación precisa basada en principios cosmológicos, en la que los templos, calles y plazas estaban alineados con fenómenos astronómicos y montañas sagradas. Tras la colonización, la ciudad experimentó un proceso de superposición cultural, donde sobre los muros ciclópeos incas se erigieron templos barrocos y construcciones virreinales. Este diálogo entre lo prehispánico y lo colonial configura una ciudad viva, en la que el pasado no ha sido borrado, sino reinterpretado como fundamento de su identidad actual (Calvo, 2024).

El turismo en Cusco no se limita a la contemplación de ruinas, sino que constituye una experiencia integral de inmersión cultural. La convivencia entre comunidades que conservan el quechua como lengua materna, las técnicas tradicionales de tejido y las festividades de origen precolombino hacen de este destino un espacio de intercambio permanente entre visitantes y pobladores. El Valle Sagrado, que se extiende a lo largo del río Vilcanota-Urubamba, es considerado una prolongación sagrada de Cusco.

Allí se encuentran los principales centros agrícolas, ceremoniales y militares del antiguo imperio, como Pisac, Ollantaytambo, Chinchero y Moray, cuyos sistemas de andenes y terrazas agrícolas evidencian una sofisticada adaptación al entorno natural (Gamarra García y García Loaiza, 2018). Además, en estos pueblos las comunidades continúan transmitiendo sus conocimientos ancestrales a través de la producción artesanal, la música, la danza y la gastronomía, consolidando un modelo de turismo que vincula el patrimonio material con las expresiones culturales vivas.

El Valle Sagrado constituye también un laboratorio de turismo sostenible y comunitario. A diferencia del turismo masivo centrado en Machu Picchu, en esta zona se promueven iniciativas que buscan integrar a las poblaciones locales en la gestión de la actividad





turística. En comunidades como Chinchero o Amaru, las asociaciones comunales de mujeres artesanas han desarrollado circuitos de turismo vivencial, donde los visitantes participan en talleres de tejido con lana de alpaca, en demostraciones de tintes naturales o en celebraciones rituales ligadas al calendario agrícola (Comisión de Promoción del Perú para la Exportación y el Turismo, 2025). Estas experiencias no solo diversifican la oferta turística, sino que también generan ingresos directos para las familias campesinas, fortaleciendo la autoestima cultural y la valoración del patrimonio inmaterial.

No obstante, la expansión del turismo en Cusco y el Valle Sagrado también plantea desafíos significativos. La masificación de visitantes en sitios emblemáticos, el incremento de construcciones sin planificación y la comercialización superficial de las tradiciones pueden amenazar el equilibrio entre conservación y desarrollo. El éxito turístico de Cusco exige una gestión integral que combine la preservación del entorno natural y cultural con la mejora de la calidad de vida de las comunidades. Por ello, la planificación territorial debe priorizar la participación local, la educación patrimonial y el respeto por la cosmovisión andina, donde el territorio es visto no solo como un recurso, sino como un ser vivo que debe cuidarse y equilibrarse.

La vocación cultural de Cusco y del Valle Sagrado convierte a esta región en un escenario privilegiado para repensar el turismo desde una perspectiva intercultural. El encuentro entre el visitante y la comunidad no debe ser una relación de consumo, sino un proceso de diálogo y aprendizaje mutuo. Como señala Regalado Pezúa (2023), el turismo sostenible en el Perú requiere mantener el equilibrio entre la conservación del patrimonio y el bienestar de las comunidades que lo custodian. En este sentido, el turismo cultural adquiere un papel pedagógico: educa tanto al viajero como al anfitrión, fomenta el respeto por la diversidad y promueve valores de reciprocidad y solidaridad propios del mundo andino.

En el plano simbólico, Cusco y el Valle Sagrado constituyen un microcosmos de la cosmovisión incaica.

Las montañas, los ríos y los caminos se conciben como entidades sagradas que conectan los mundos físico y espiritual. El Qhapaq Ñan, o Camino Principal Andino, que atraviesa esta región, fue mucho más que una infraestructura vial: representó una red de significados donde cada tramo tenía un valor ritual y político (Marcone, 2020). Hoy, recorrer estos caminos equivale a recorrer la memoria del Tawantinsuyo, pero también a reconocer la vitalidad de las comunidades que aún los transitan.

De este modo, Cusco y el Valle Sagrado pueden considerarse la cuna del turismo cultural peruano porque encarnan la esencia del diálogo entre pasado y presente, entre lo ancestral y lo contemporáneo. La experiencia turística en esta región no solo busca admirar monumentos o paisajes, sino también comprender una manera distinta de habitar el mundo, basada en la reciprocidad y el respeto a la naturaleza. Cada recorrido por sus pueblos, cada tejido o ceremonia compartida, representa un acto de transmisión cultural que reafirma la identidad andina y fortalece la cohesión social. En suma, el turismo cultural en Cusco y el Valle Sagrado se configura como un espacio de encuentro, aprendizaje y sostenibilidad, donde los caminos del sol continúan guiando la memoria viva de los Andes hacia el futuro.

Aguilar y Tantaleán (2014) analizan la compleja relación entre el Estado, el patrimonio cultural y las comunidades indígenas en torno a Machu Picchu, evidenciando cómo las políticas de conservación y el discurso patrimonial se construyen desde una posición asimétrica. Su estudio revela que las comunidades locales, aunque son herederas legítimas de la tradición cultural, han sido históricamente marginadas de los procesos de gestión y beneficio turístico. Esta perspectiva permite comprender que el desarrollo del turismo cultural en Cusco no puede desvincularse de las tensiones históricas entre la institucionalidad estatal y los pueblos originarios, cuyas voces deben integrarse para garantizar una gestión más equitativa del patrimonio.

Esenarro et al. (2025) aportan una lectura espacial y simbólica del sitio arqueológico de Ankasmarka, resaltando su valor dentro de la cosmovisión andina





como un espacio funcional de conexión entre lo material y lo espiritual. El estudio demuestra que la disposición del sitio refleja principios de ordenamiento territorial ancestral que aún influyen en la configuración cultural del Valle Sagrado. Este enfoque permite entender que el turismo cultural no solo se sustenta en la visita a monumentos arqueológicos, sino también en la interpretación de la lógica andina del paisaje, donde cada elemento geográfico y arquitectónico posee un significado ritual y social.

Huaman et al. (2024) profundizan en el análisis biogeofísico y constructivo de los andenes prehispánicos de Pisaq, evidenciando su sofisticado diseño agrícola y su integración con el entorno natural. Los autores destacan que estos sistemas no solo representaban una estrategia de cultivo, sino también una manifestación de conocimiento ecológico ancestral que promovía la sostenibilidad y la armonía con el medio ambiente. Este aporte resulta fundamental para el turismo cultural, ya que revaloriza las prácticas tecnológicas del pasado como parte del legado vivo de Cusco, invitando a un turismo que promueva la educación patrimonial y la sostenibilidad.

Mamani-Hancco y Peñalver-Higuera (2024) examinan el papel del turismo en la reactivación económica del Cusco pospandemia, mostrando cómo la región ha buscado equilibrar la recuperación económica con la conservación de su identidad cultural. Su investigación resalta la necesidad de fortalecer las iniciativas locales y diversificar la oferta turística hacia experiencias culturales sostenibles que integren a las comunidades. De esta manera, el turismo cultural se convierte en un motor de desarrollo que, bien gestionado, puede reducir desigualdades y potenciar el valor del patrimonio inmaterial de la región.

Martínez (2015) explora las teatralidades callejeras del Cusco colonial como expresiones simbólicas que combinaron elementos andinos y europeos, configurando una identidad mestiza que perdura hasta hoy en las festividades populares. El estudio muestra cómo el espacio urbano se transformó en escenario de

representaciones rituales y festivas que reforzaban la cohesión social y la pertenencia cultural. Este análisis histórico aporta al turismo cultural una mirada profunda sobre las raíces performativas del patrimonio cusqueño, donde la calle, la danza y el rito se convierten en testimonios vivos del mestizaje.

Moscoso Barrio (2020) analiza los centros de tejido turístico en Chinchero, mostrando cómo las mujeres tejedoras articulan tradición y modernidad al producir piezas destinadas tanto a la venta como a la preservación de saberes ancestrales. La autora evidencia que estas prácticas constituyen espacios de empoderamiento femenino y transmisión cultural, donde el acto de tejer se convierte en un discurso visual sobre la identidad andina. Este tipo de experiencias redefine el turismo cultural en el Valle Sagrado, al poner en valor la autenticidad y la participación directa de las comunidades en la construcción del patrimonio vivo.

Valderrama Murillo y Roa Calumani (2011) presentan una evaluación de los peligros geológicos en el Valle Sagrado, alertando sobre los riesgos naturales que afectan tanto al patrimonio arqueológico como a los asentamientos humanos. Su estudio enfatiza la importancia de integrar la gestión del riesgo en la planificación turística y patrimonial, garantizando la seguridad de los visitantes y la conservación de los sitios. Esta perspectiva técnica complementa la visión cultural del turismo al recordar que la sostenibilidad del destino depende también del cuidado del territorio y de la prevención frente a desastres naturales.

Por su parte, Monteverde Sotil (2011) ofrece una interpretación profunda sobre la fiesta inca de la *Situa*, una de las celebraciones más significativas del calendario ritual del Tawantinsuyo, realizada en Cusco como acto de purificación colectiva y renovación del orden cósmico. Su estudio permite comprender cómo la ciudad del Cusco funcionaba no solo como centro político y administrativo, sino también como eje ceremonial donde se articulaban el tiempo, el espacio y la identidad del imperio. La Situa representaba un proceso simbólico de expulsión de las impurezas y de restauración del equilibrio entre los seres



humanos y las fuerzas naturales, reafirmando el vínculo sagrado entre el pueblo y su territorio.

Este enfoque resulta clave para el turismo cultural contemporáneo, ya que revela el profundo sentido espiritual que subyace a las festividades andinas, hoy recreadas en muchas comunidades del Valle Sagrado como expresión de continuidad cultural. En ese sentido, la investigación de Monteverde contribuye a reconocer que las prácticas rituales tradicionales no son simples herencias del pasado, sino manifestaciones vivas de una cosmovisión que otorga significado al paisaje y que dota de autenticidad al patrimonio cultural del Cusco. Las investigaciones analizadas coinciden en que Cusco y el Valle Sagrado representan un territorio donde convergen historia, naturaleza y cultura viva, configurando uno de los núcleos más representativos del turismo cultural andino. Los estudios evidencian que el desarrollo turístico de la región se sustenta tanto en su legado arqueológico como en las prácticas sociales, simbólicas y productivas que mantienen vigentes las comunidades locales. Esta combinación de patrimonio tangible e intangible posiciona al Cusco como un espacio en el que la memoria histórica se transforma en recurso económico y educativo, sin perder su sentido espiritual ni su valor identitario.

Asimismo, los análisis muestran que la relación entre las instituciones, el Estado y las comunidades continúa siendo un desafío para la gestión equitativa del patrimonio. Se destaca la necesidad de integrar los saberes locales, la cosmovisión andina y la participación activa de los pueblos originarios en los procesos de planificación turística. Solo mediante una gestión inclusiva es posible fortalecer un modelo de turismo cultural que respete la diversidad y promueva el bienestar colectivo.

Por otra parte, las investigaciones subrayan la importancia de la sostenibilidad ambiental y la prevención de riesgos naturales en la conservación del patrimonio del Valle Sagrado. La vulnerabilidad del territorio frente a amenazas geológicas y sanitarias demanda políticas integrales que vinculen la protección del medio ambiente con la seguridad turística. En este



sentido, la preservación del paisaje cultural implica no solo conservar los monumentos, sino también garantizar la salud ecológica del entorno y la estabilidad de las comunidades que lo habitan.

Los estudios convergen en que el turismo cultural en Cusco debe entenderse como una experiencia educativa, simbólica y comunitaria. Más allá de la atracción económica, este tipo de turismo ofrece la posibilidad de revalorizar los saberes ancestrales, fortalecer la identidad regional y fomentar un diálogo intercultural basado en el respeto y la reciprocidad. De esta forma, el Valle Sagrado se consolida no solo como un destino de interés mundial, sino como un ejemplo de convivencia entre tradición, conocimiento y desarrollo sostenible.

Cusco y el Valle Sagrado representan territorios donde la historia, la espiritualidad y la vida cotidiana se fusionan en una experiencia única que trasciende el turismo convencional. En esta región, el legado del Tawantinsuyo sigue vivo en las tradiciones, los rituales, la lengua quechua y las expresiones artísticas que moldean la identidad de sus habitantes. El turismo cultural adquiere aquí un sentido profundo, al convertirse en un medio para la reafirmación de la memoria colectiva y la valoración de una herencia ancestral que continúa dando forma al presente.

El equilibrio entre desarrollo económico y preservación cultural es una condición indispensable para mantener la autenticidad del Cusco y del Valle Sagrado. El crecimiento turístico ha impulsado nuevas oportunidades, pero también ha generado tensiones que exigen una gestión responsable. La sostenibilidad debe entenderse no solo en términos ambientales, sino también como un compromiso ético con las comunidades que sostienen el patrimonio material e inmaterial. Su participación activa en la gestión turística garantiza la transmisión de saberes y la protección de su entorno.

La integración de la cosmovisión andina en los modelos de planificación turística ofrece una alternativa al enfoque mercantilista del patrimonio. Esta visión considera





al territorio como un ser vivo, interconectado con las personas, los animales y los elementos naturales. Adoptar este enfoque permite comprender que la conservación del patrimonio no se limita a proteger monumentos, sino a preservar una forma de entender el mundo basada en la reciprocidad y el equilibrio.

El Valle Sagrado se ha convertido en un espacio donde se promueven formas de turismo comunitario que fortalecen la identidad local y generan beneficios directos. Las asociaciones de mujeres artesanas, los agricultores y las comunidades organizadas han encontrado en el turismo una vía para revitalizar sus tradiciones y mejorar sus condiciones de vida. Estas experiencias muestran que la autenticidad cultural puede ser compatible con la innovación y la apertura al visitante, siempre que se mantenga el respeto por los valores originarios.

La dimensión simbólica de Cusco, reconocida desde la época incaica como el centro del universo andino, sigue impregnando la vida contemporánea. Las montañas, los ríos y los caminos son parte de una geografía sagrada que continúa articulando la espiritualidad y la identidad del pueblo. Esta conexión con la naturaleza dota al turismo cultural de una profundidad única, al invitar a quienes visitan la región a vivir una experiencia de encuentro espiritual y de comprensión del equilibrio entre humanidad y entorno.

Los desafíos que enfrenta el turismo en Cusco, como la sobrecarga de visitantes, la pérdida de autenticidad o la presión sobre los ecosistemas, requieren políticas públicas sostenidas en la educación patrimonial, la participación social y la planificación territorial. Solo una gestión integral, sensible y participativa puede garantizar que el patrimonio continúe siendo fuente de conocimiento, orgullo y bienestar para las generaciones futuras.

El turismo cultural en Cusco y el Valle Sagrado debe concebirse como un proceso de aprendizaje mutuo. Los visitantes tienen la oportunidad de aproximarse a una visión del mundo que valora la comunidad por encima del individuo, mientras que las poblaciones locales refuerzan

su identidad al compartir su legado. Este intercambio no solo enriquece la experiencia turística, sino que también contribuye al fortalecimiento de los lazos sociales y al reconocimiento de la diversidad cultural.

Cusco y el Valle Sagrado, más que destinos, son símbolos vivos de la historia y la espiritualidad de los Andes. En ellos, el pasado dialoga con el presente y el turismo se convierte en una herramienta para el desarrollo sostenible, la educación intercultural y la preservación de un patrimonio que sigue inspirando a quienes buscan comprender la profunda relación entre el ser humano, la cultura y la naturaleza.

3.3. Ayacucho, Arequipa y Puno: rutas del arte, la fe y la tradición

El sur andino del Perú constituye una región donde el arte, la religiosidad y la tradición convergen en una compleja red de expresiones culturales que han trascendido el tiempo. En ciudades como Ayacucho, Arequipa y Puno, el patrimonio se manifiesta tanto en los templos coloniales y los paisajes urbanos como en las festividades populares y las prácticas artesanales que aún conservan su vitalidad. Estas tres regiones, unidas por la herencia del mundo andino y la impronta del mestizaje virreinal, conforman un circuito de turismo cultural en el que la fe, la creatividad y la memoria colectiva se integran en experiencias que fortalecen la identidad local y promueven el desarrollo sostenible del territorio.

Ayacucho, conocida como la “ciudad de las iglesias”, representa uno de los centros más destacados de arte sacro y devoción popular en el Perú. Su Semana Santa, declarada Patrimonio Cultural de la Nación, es una de las celebraciones religiosas más importantes de América Latina, donde las procesiones, la música y los tapices florales crean un espectáculo de profunda emotividad y sentido espiritual (Pereyra, 2016). Este evento no solo convoca a miles de visitantes nacionales y extranjeros, sino que también reafirma la continuidad de las tradiciones católicas reinterpretadas desde una cosmovisión andina. Durante los días de la pasión,





muerte y resurrección de Cristo, los barrios se organizan en hermandades que integran generaciones enteras, evidenciando cómo la fe se convierte en un factor de cohesión social y de transmisión intergeneracional del patrimonio.

La dimensión artesanal de Ayacucho refuerza este papel de capital cultural. La cerámica de Quinua, los retablos ayacuchanos y los textiles de Sarhua son expresiones que combinan el simbolismo indígena con las técnicas artísticas heredadas del periodo colonial. Según el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú (2023a), la región se ha consolidado como un destino clave para el turismo cultural y artesanal, donde las familias de artesanos son las principales portadoras del conocimiento ancestral. Cada pieza elaborada constituye un relato visual que narra la vida cotidiana, las fiestas religiosas y los mitos del pueblo andino, transformando el acto creativo en un lenguaje de memoria. En ese sentido, el arte ayacuchano se convierte en un puente entre el pasado y el presente, y en una herramienta económica que impulsa el turismo responsable y sostenible.

Arequipa, por su parte, se erige como una joya arquitectónica en el sur peruano (Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú, 2023b). Su centro histórico, declarado Patrimonio Mundial por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (2000), es un ejemplo excepcional del barroco mestizo, un estilo artístico que fusiona elementos europeos con la iconografía indígena y que se expresa con singular belleza en las fachadas de sillar blanco. Los templos y conventos arequipeños, especialmente la iglesia de La Compañía y el monasterio de Santa Catalina, revelan una síntesis cultural en la que la piedra volcánica se convierte en testimonio tangible del encuentro entre dos mundos. Este patrimonio arquitectónico no solo atrae al visitante por su valor estético, sino también por la narrativa que encierra: la historia de una sociedad que supo reinterpretar los códigos coloniales desde una sensibilidad local.

La religiosidad popular también ocupa un lugar central en la identidad arequipeña. La peregrinación a la Virgen

de Chapi, ubicada en el distrito de Polobaya, constituye una de las manifestaciones de fe más importantes del sur del país. Miles de devotos caminan por el desierto durante días para llegar al santuario, en un acto que combina sacrificio, esperanza y gratitud. Esta práctica no solo refuerza la espiritualidad de los creyentes, sino que también dinamiza la economía local a través del turismo de fe. Las festividades en honor a la Virgen se han convertido en un espacio de encuentro intercultural, donde lo religioso y lo comunitario se funden en una experiencia compartida de devoción, música y hospitalidad.

Puno, conocida como la “capital del folklore peruano”, representa la culminación simbólica de las rutas del arte y la fe en el altiplano (Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú, 2023c). La Festividad de la Virgen de la Candelaria, inscrita en la Lista del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura 2014a), constituye una expresión vibrante del sincretismo andino-cristiano. Durante semanas, la ciudad se transforma en un escenario multitudinario donde miles de danzantes y músicos celebran la devoción a la patrona puneña. Esta festividad se ha convertido en un fenómeno social y cultural que reafirma la identidad colectiva y proyecta la imagen del Perú ante el mundo. La Candelaria sintetiza la historia de resistencia cultural de los pueblos andinos, en los que la danza, el color y el movimiento son lenguajes de fe, memoria y pertenencia.

El arte popular puneño, con su rica variedad de máscaras, trajes bordados y música autóctona, constituye una de las manifestaciones más completas del patrimonio inmaterial del país. En cada coreografía de morenada, diablada o caporales se expresa un relato histórico y simbólico que combina elementos indígenas, africanos y europeos. Estas expresiones culturales no solo representan un atractivo turístico de alta demanda, sino también un ejemplo de cómo las comunidades logran integrar la tradición en las dinámicas contemporáneas de desarrollo sostenible. La economía local se nutre de la producción artesanal, la gastronomía y los servicios



vinculados a las festividades, promoviendo un modelo de turismo comunitario que respeta los valores culturales y la autenticidad de los pueblos del altiplano.

La confluencia de Ayacucho, Arequipa y Puno en el mapa cultural peruano permite trazar una ruta donde el arte, la fe y la tradición funcionan como ejes articuladores de la identidad nacional. Estas regiones evidencian que el patrimonio no es un elemento estático, sino un proceso vivo de creación, reinterpretación y resistencia. En cada retablo, en cada iglesia de sillar o en cada danza devocional, se manifiesta la capacidad del pueblo andino para dialogar con su pasado y adaptarse a los desafíos del presente. El turismo cultural debe basarse en principios de sostenibilidad, respeto y participación comunitaria, asegurando que los beneficios de la actividad turística se distribuyan equitativamente y que las tradiciones se mantengan como parte integral del tejido social.

Granados Maguiño et al. (2024) destacan que Ayacucho ha desarrollado políticas de sostenibilidad orientadas al fortalecimiento del ecoturismo como herramienta de desarrollo local. Su investigación resalta la importancia de la planificación territorial y la gestión ambiental para equilibrar el crecimiento turístico con la conservación del entorno natural y cultural. La experiencia de Ayacucho demuestra que la sostenibilidad no depende únicamente de la infraestructura turística, sino del compromiso de las comunidades y autoridades por mantener vivas las prácticas culturales y ecológicas tradicionales.

Marchan-Solier et al. (2023) analizan la calidad de los servicios turísticos en Huanta, provincia ayacuchana con gran potencial para el turismo rural y cultural. Su estudio evidencia que la seguridad y la atención personalizada son elementos clave para consolidar destinos alternativos en la región. Además, subrayan la necesidad de mejorar la capacitación del personal local y promover experiencias basadas en la autenticidad cultural, lo que refuerza el atractivo del patrimonio histórico y artesanal de Ayacucho.



Valle Díaz et al. (2022) presentan un modelo de desarrollo ecoturístico en la región de Apurímac, que mantiene estrechos vínculos con la dinámica cultural del sur andino. Aunque el estudio se centra en el microcorredor “Hatun Ñan Ccocha Kunaman”, sus conclusiones se aplican al conjunto del circuito que conecta Ayacucho y Cusco. Los autores proponen integrar el patrimonio natural, los saberes ancestrales y las rutas incaicas para fortalecer una red turística sostenible, capaz de articular las comunidades a través del arte, la fe y la tradición.

Ojeda Portugal et al. (2025) examinan el turismo cultural en los entornos naturales de Arequipa, resaltando la interacción entre el paisaje volcánico, el patrimonio arquitectónico colonial y la identidad local. El estudio muestra que Arequipa ofrece una experiencia turística única donde la herencia religiosa, expresada en sus templos y procesiones, se combina con manifestaciones artísticas contemporáneas. Los autores concluyen que la sostenibilidad turística en Arequipa depende de mantener el equilibrio entre la promoción del destino y la preservación del legado histórico y espiritual de la ciudad.

Sucilli Montañez et al. (2022) analizan el Valle del Sondondo en Ayacucho como un modelo de turismo basado en la agrobiodiversidad. Su investigación revela cómo las comunidades locales transforman las prácticas agrícolas tradicionales en experiencias turísticas que promueven la educación ambiental y el intercambio cultural. Este enfoque integra la producción campesina, el paisaje y las creencias ancestrales, configurando una ruta donde la fe y la tierra son ejes de identidad y sostenibilidad.

Figueroa Pinedo (2019) estudia la relación entre el turismo y el patrimonio colonial en Arequipa y el Valle del Colca, destacando la articulación entre la arquitectura virreinal y la cosmovisión andina. Su análisis propone entender estos espacios no solo como vestigios históricos, sino como escenarios vivos donde el arte, la fe y la tradición dialogan constantemente. El turismo patrimonial, en este contexto, actúa como medio para revalorizar la herencia



mestiza y fortalecer la cohesión cultural en el sur del Perú.

Milla Canales (2023) aporta una reflexión sobre el desafío del desarrollo sostenible en Puno, región donde la riqueza natural del lago Titicaca convive con una profunda tradición espiritual. El autor plantea que el turismo puede ser un motor de transformación siempre que respete los valores culturales de las comunidades aimaras y quechuas. En este sentido, el equilibrio entre desarrollo económico, protección ambiental y preservación de la identidad religiosa constituye la clave para el futuro turístico de Puno.

Aranibar y Patiño (2022) analizan el turismo en torno al lago Titicaca como camino hacia la sostenibilidad, enfatizando el papel de las comunidades ribereñas en la gestión responsable del destino. Su estudio demuestra que el turismo vivencial, centrado en la espiritualidad y en las festividades locales, promueve la participación activa de los pobladores y el fortalecimiento del patrimonio inmaterial. El lago se convierte así en un espacio sagrado y turístico a la vez, donde convergen el arte popular, la fe ancestral y el respeto por la naturaleza.

El análisis de las investigaciones sobre Ayacucho, Arequipa y Puno permite reconocer que estas regiones conforman un eje cultural fundamental dentro del turismo peruano, donde el arte, la fe y la tradición se entrelazan con los paisajes naturales y las memorias históricas. En Ayacucho, la sostenibilidad turística se sostiene sobre la participación activa de las comunidades y la puesta en valor de sus prácticas ancestrales. Las experiencias de ecoturismo y agroturismo demuestran que es posible promover el desarrollo económico sin sacrificar la autenticidad cultural, reforzando el sentido de pertenencia y el respeto por el entorno natural.

En Arequipa, la fusión entre el patrimonio colonial y la identidad andina crea una experiencia turística única que combina la devoción religiosa, el arte popular y la historia viva. Las iniciativas que integran el turismo cultural con la preservación del paisaje urbano y natural confirman que la sostenibilidad depende del equilibrio



entre conservación y modernidad. La valorización del arte sacro, las festividades religiosas y las expresiones artesanales posicionan a Arequipa como un espacio donde el turismo se convierte en vehículo de transmisión cultural y cohesión social.

Puno, por su parte, simboliza la dimensión espiritual del turismo andino. Su vínculo con el lago Titicaca y con las comunidades que lo habitan revela una profunda relación entre el territorio, la fe y la identidad colectiva. Las prácticas turísticas centradas en la participación comunitaria y en la conservación ambiental muestran que el turismo puede ser una herramienta para fortalecer la economía local y preservar los valores espirituales que sustentan la vida en el altiplano.

Las tres regiones ilustran distintas formas de entender el turismo cultural desde una perspectiva sostenible. Cada una aporta una visión complementaria: Ayacucho desde la agrobiodiversidad y la tradición artesanal, Arequipa desde el arte y el legado colonial, y Puno desde la espiritualidad y el diálogo con la naturaleza. Esta diversidad de enfoques evidencia que el desarrollo turístico del sur del Perú no solo depende de su riqueza patrimonial, sino de la capacidad de las comunidades para transformar sus saberes y costumbres en experiencias significativas que promuevan la educación, la identidad y la reciprocidad cultural.

Finalmente, se reafirma que el turismo en estas regiones debe concebirse como un proceso integral que combine la protección del patrimonio material e inmaterial con el bienestar social. La sostenibilidad no se logra únicamente mediante políticas o inversiones, sino a través del reconocimiento de los valores culturales que dan sentido a cada territorio. El arte, la fe y la tradición no son simples atractivos turísticos, sino pilares de una visión de desarrollo que coloca a las personas y a sus culturas en el centro de la experiencia viajera.

Estas rutas del arte, la fe y la tradición consolidan al sur peruano como un territorio donde la experiencia turística se transforma en un viaje espiritual y educativo. Ayacucho enseña la persistencia de la devoción;



Arequipa, la belleza de la síntesis cultural; y Puno, la fuerza del simbolismo colectivo. Más que simples destinos, estos lugares representan escenarios donde el visitante se enfrenta al poder del patrimonio vivo, capaz de emocionar, inspirar y generar conciencia sobre el valor de la diversidad cultural. Así, el turismo en el sur andino no solo promueve el crecimiento económico, sino que también impulsa la revitalización de la memoria y el fortalecimiento de la identidad peruana.

3.4. Los Negritos de Huánuco: danza, memoria y devoción viva

La danza de los Negritos de Huánuco es una manifestación que conjuga devoción, arte y memoria colectiva. En esta expresión festiva se entrelazan los ecos de la esclavitud colonial, la fe cristiana heredada del proceso evangelizador y la alegría popular que caracteriza al mundo andino. Producto de siglos de interacción cultural, la festividad se ha consolidado como uno de los rituales más emblemáticos de la Navidad peruana, una celebración que, cada diciembre, despierta en Huánuco el ritmo de la identidad y la fuerza de la tradición compartida. Esta danza constituye un símbolo del patrimonio inmaterial porque refleja la compleja historia de un pueblo que ha sabido mantener viva su memoria a través del movimiento, la música y la ornamentación.

La festividad de los Negritos de Huánuco posee raíces profundas que se remontan al periodo colonial. Diversas investigaciones señalan que la población africana esclavizada desempeñaba labores domésticas y agrícolas en los valles huanuqueños, y que la Navidad era uno de los escasos momentos del año en que podían expresar libremente su devoción al Niño Jesús. La danza así surgida se convirtió, en un acto de libertad simbólica que permitía a los esclavizados rendir homenaje al nacimiento de Cristo mediante el canto, el zapateo y la cadencia festiva. Con el tiempo, la práctica se integró a las dinámicas sociales locales, incorporando elementos indígenas y mestizos que enriquecieron el atuendo, el lenguaje gestual y la estructura ritual. De esta manera, los Negritos se transformaron en una expresión cultural



profundamente huanuqueña, una síntesis viva de memorias entrecruzadas.

En la actualidad, la festividad inicia el 24 de diciembre y culmina el 19 de enero, periodo que comprende la adoración, visita y despedida del Niño Jesús. Durante casi un mes, el sonido del violín, el tambor y la campanilla acompaña el desplazamiento de las cuadrillas por barrios, templos y casas devotas. Las cofradías, conformadas por caporales, abanderados, turcos, pastoras y negritos, ejecutan coreografías precisas que alternan solemnidad y júbilo. Este recorrido ritual no solo honra al Niño Jesús, sino que renueva los lazos comunitarios al reunir a familias, migrantes y visitantes que se suman al fervor. La danza se distingue por su esplendor visual, su vigor coreográfico y la participación masiva de la población, aspectos que la convierten en un emblema nacional.

El vestuario de los danzantes constituye un lenguaje propio dentro de la celebración. Las máscaras, confeccionadas con minuciosidad artesanal, presentan rasgos brillantes que aluden a la luz divina. Los sombreros decorados con espejos multiplican los reflejos del sol andino, y los trajes bordados con hilos dorados y plateados representan la realeza espiritual del Niño Jesús. Cada pieza del atuendo es un símbolo que recuerda la mezcla de culturas que dio origen a la tradición, así como la dignidad de un pueblo que supo transformar el dolor histórico en expresión festiva. Como señalan los estudios del Ministerio de Cultura (2021), estos elementos visuales constituyen un soporte fundamental para la transmisión de valores identitarios y espirituales.

La dimensión comunitaria de los Negritos de Huánuco es igualmente significativa. Las cuadrillas funcionan como espacios de aprendizaje intergeneracional donde se transmiten conocimientos musicales, coreográficos y artesanales. Las familias participan activamente en la organización de la festividad, ya sea elaborando trajes, financiando músicos o preparando altares y nacimientos. El Catálogo Diagnóstico del Ministerio de Cultura (2021) destaca que esta danza fortalece la cohesión social porque articula redes de reciprocidad entre barrios,



asociaciones y migrantes que retornan para participar de la celebración. Así, la festividad no es solo un acto religioso, sino también un espacio de integración y solidaridad.

Para Angulo (2023), los Negritos de Huánuco trascienden su dimensión religiosa y se consolidan como un símbolo del orgullo regional. En un contexto de globalización y homogeneización cultural, la persistencia de esta celebración demuestra la capacidad del pueblo huanuqueño para mantener su herencia cultural sin perder su vigencia. La festividad, por tanto, se erige como un puente entre la historia, la memoria y la fe que sigue uniendo a las generaciones actuales con sus raíces espirituales.

Domínguez Condezo (2003) destaca que las danzas tradicionales de Huánuco, entre ellas la de los Negritos, cumplen un papel fundamental en la construcción de la identidad nacional. Estas expresiones artísticas no solo evocan las raíces culturales del pueblo, sino que también funcionan como espacios de cohesión social, donde las comunidades reafirman valores compartidos de respeto, fe y pertenencia. La danza, por tanto, se configura como un lenguaje simbólico que transmite la historia y las emociones colectivas de generaciones enteras, reforzando el vínculo entre lo sagrado y lo popular.

Desde una perspectiva patrimonial, Guerra Huacho (2021) señala que Los Negritos de Huánuco representan un ejemplo de continuidad cultural que ha sabido adaptarse sin perder su esencia. La autora resalta que su valor no se limita al espectáculo visual, sino que reside en la transmisión oral de saberes y en la participación intergeneracional que garantiza la permanencia del rito. La danza mantiene viva la devoción al Niño Jesús y refleja la identidad huanuqueña a través de la música, los colores del vestuario y la coreografía que simboliza la liberación espiritual y la alegría comunitaria.

Palacios Jiménez (2015) interpreta la danza de los Negritos como un elemento clave en la diversidad cultural e identidad regional de Huánuco. Su investigación subraya que esta manifestación integra influencias

indígenas, españolas y afrodescendientes, configurando un sincretismo único que expresa la historia social de la región. La participación de los barrios, cuadrillas y familias no solo reafirma los lazos comunitarios, sino que también convierte a la danza en una forma de memoria viva que articula pasado y presente.

Por su parte, Trujillo (2022) enfatiza la necesidad de conservar la originalidad de la danza frente a los procesos de modernización y comercialización. Las autoridades culturales locales han establecido lineamientos para resguardar la autenticidad de la vestimenta, la música y las coreografías tradicionales, reconociendo el valor patrimonial que la festividad representa para Huánuco y el Perú. Este esfuerzo institucional refleja la preocupación contemporánea por mantener viva una tradición que trasciende el tiempo y refuerza la identidad regional.

El aspecto visual y simbólico del vestuario es abordado por Valdez Fernández (2021), quien lo considera una herramienta esencial para la conservación de la danza. Su estudio presenta un análisis detallado de los trajes, máscaras y accesorios, interpretándolos como vehículos de memoria cultural que comunican jerarquías, emociones y roles dentro de la cuadrilla. La preservación del diseño original del vestuario contribuye no solo a mantener la estética tradicional, sino también a garantizar la continuidad de los significados rituales asociados a la devoción.

Finalmente, los aportes de Yangali (2021); y Zevallos San Martín (2021) profundizan en la dimensión social y simbólica de la danza. Yangali (2021) propone reflexionar sobre los procesos de des-africanización en las representaciones culturales andinas, advirtiendo cómo ciertos elementos de origen africano fueron transformados o reinterpretados en el contexto local, lo que invita a repensar la memoria histórica de la danza. Por su parte, Zevallos San Martín (2021) analiza su función socializadora, destacando que la participación en la festividad fomenta valores de cooperación, respeto y pertenencia comunitaria, convirtiéndose en un espacio de educación cultural y emocional para niños, jóvenes y adultos.





Las cifras contemporáneas muestran la magnitud del fenómeno. Actualmente, más de cien cuadrillas participan en la festividad, lo que evidencia la vitalidad y la capacidad de adaptación de esta expresión cultural. Según la Agencia Peruana de Noticias Andina (2024), la celebración se ha convertido en un atractivo turístico y un referente cultural de alcance nacional e internacional. Sus presentaciones en ferias, pasacalles y eventos oficiales han contribuido a posicionar a Huánuco como un centro importante del folclore navideño del Perú. La masividad de la fiesta no ha erosionado su autenticidad, pues las cofradías mantienen los rituales esenciales que garantizan la continuidad del patrimonio.

El impacto socioeconómico de la festividad es igualmente significativo. Según el Gobierno Regional de Huánuco (2025), la edición de este año generará un movimiento económico estimado en 42 millones de soles, impulsado por la llegada de más de cuarenta mil visitantes nacionales y extranjeros. Este dinamismo beneficia directamente al sector turístico, a la gastronomía local, a los talleres artesanales y a los productores textiles, quienes encuentran en la celebración una oportunidad para fortalecer sus actividades y proyectar su trabajo hacia nuevos mercados. Al mismo tiempo, la festividad fomenta la valorización y salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial, consolidándose como un motor de desarrollo sostenible para la región.

La danza de los Negritos de Huánuco constituye una de las expresiones más representativas del patrimonio cultural inmaterial del Perú, al conjugar en su estructura simbólica la fe cristiana, la memoria afrodescendiente y la cosmovisión andina. Este sincretismo revela la profundidad histórica de un pueblo que supo transformar la herencia del dolor en una manifestación de vida, devoción y comunidad. Su origen, enraizado en el contexto colonial, refleja el proceso de resistencia cultural de los pueblos esclavizados, quienes encontraron en la danza un medio para expresar su espiritualidad, su identidad y su deseo de libertad. Con el paso del tiempo, esta práctica se fusionó con los elementos indígenas

y mestizos, generando una expresión única que hoy continúa renovándose sin perder su esencia.

Más allá de su dimensión festiva, los Negritos de Huánuco representan un sistema de transmisión de saberes, valores y significados compartidos. La participación de generaciones enteras, desde niños hasta adultos mayores, garantiza la continuidad del rito y refuerza el sentido de pertenencia a la comunidad. Las cuadrillas funcionan como espacios educativos donde se aprenden las formas de respeto, cooperación y trabajo colectivo, a la vez que se fortalecen los vínculos familiares y barriales. De este modo, la danza no solo preserva una tradición, sino que actúa como una escuela viva de identidad cultural y cohesión social.

El componente estético de la festividad, visible en los trajes, las máscaras y las coreografías, constituye un lenguaje visual que comunica la riqueza simbólica del ritual. El brillo de los espejos, los bordados dorados y la teatralidad de las figuras representan un universo donde lo sagrado y lo profano dialogan constantemente. Cada elemento, desde el sonido del tambor hasta la sonrisa de los danzantes, es portador de una memoria colectiva que se reactualiza cada diciembre, reafirmando la vigencia de la herencia afroandina en el imaginario huanuqueño.

Asimismo, el impacto contemporáneo de la festividad trasciende el ámbito religioso y cultural. La danza de los Negritos se ha convertido en un motor de desarrollo económico y social para Huánuco. La afluencia de visitantes nacionales e internacionales impulsa la economía local, dinamizando sectores como el turismo, la gastronomía, la producción artesanal y textil. Este fenómeno demuestra que la preservación del patrimonio no solo es un acto de memoria, sino también una oportunidad para promover el desarrollo sostenible, articulando cultura, identidad y bienestar comunitario.

La vigencia de esta manifestación también se explica por los esfuerzos institucionales y ciudadanos por conservar su autenticidad frente a los desafíos de la modernidad. Las medidas impulsadas por las autoridades culturales buscan proteger la originalidad de la danza, evitando





que las dinámicas comerciales alteren sus valores esenciales. Esta tensión entre tradición y cambio no debe entenderse como una amenaza, sino como un proceso natural de reconfiguración cultural que permite mantener vivo el legado mientras se adapta a las transformaciones sociales del presente.

En términos simbólicos, los Negritos de Huánuco condensan la historia del mestizaje y la resistencia en el Perú. Su danza encarna el diálogo entre el pasado y el presente, entre la herencia africana, indígena y europea, y entre lo sagrado y lo popular. A través del movimiento, el canto y la ornamentación, esta festividad transmite un mensaje de esperanza: la identidad no se conserva inmóvil, sino que se fortalece en cada acto de recreación colectiva.

La grandeza de los Negritos de Huánuco radica en su capacidad para reunir al pueblo en torno a un mismo símbolo de fe y memoria. Cada año, al compás del violín y del tambor, Huánuco revive su historia, reafirma su pertenencia y proyecta su cultura al mundo. La danza no solo celebra el nacimiento del Niño Jesús, sino también el renacimiento constante de una identidad que se niega a desaparecer. Mientras existan cuadrillas que recorran las calles, talleres que confeccionen máscaras y corazones que bailen al ritmo del recuerdo, los Negritos de Huánuco seguirán siendo la expresión más luminosa de la espiritualidad y la resistencia cultural del pueblo peruano.

3.5. Nuevos destinos culturales: del norte costero al corazón amazónico

El mapa turístico y cultural del Perú ha experimentado una profunda transformación durante las últimas décadas, impulsada por la descentralización de la oferta turística y la búsqueda de nuevos territorios donde la historia, el arte y la naturaleza se fusionan en experiencias integrales. Este proceso ha permitido que regiones tradicionalmente marginadas del circuito turístico nacional emerjan como polos culturales de relevancia.

En la actualidad, zonas como La Libertad, Lambayeque, Cajamarca, San Martín, Amazonas y Loreto consolidan

un discurso alternativo al turismo concentrado en Cusco y el Valle Sagrado, ofreciendo al visitante una visión más amplia de la diversidad civilizatoria del país. Esta diversificación responde también a políticas de sostenibilidad y desarrollo local que buscan equilibrar la conservación patrimonial con la inclusión social y económica de las comunidades anfitrionas (Granados Maguiño et al., 2024).

En la costa norte, el turismo cultural encuentra una sólida base en las antiguas civilizaciones preincaicas que precedieron al Tawantinsuyo. Lambayeque se ha convertido en un laboratorio de gestión patrimonial donde se combina la investigación arqueológica, la educación y la participación comunitaria. El Complejo Arqueológico de Túcume y el Museo Tumbas Reales de Sipán son ejemplos paradigmáticos de esta articulación entre ciencia y turismo, pues no solo conservan piezas excepcionales, sino que también promueven la identidad regional y la reactivación económica mediante la visita cultural. Las culturas Mochica, Sicán y Lambayeque se distinguen por su maestría en la metalurgia, su iconografía ritual y su compleja organización social, elementos que hoy son reinterpretados como símbolos de orgullo y continuidad histórica.

Más al norte, en La Libertad, el legado del reino Chimú alcanza su máxima expresión en la ciudad de Chan Chan, declarada Patrimonio Mundial por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Este sitio arqueológico, considerado la ciudad de adobe más grande de América precolombina, constituye un modelo de planificación urbana y de simbolismo asociado al mar y al poder político (Ramírez Sánchez, 2001). En torno a Trujillo, el turismo se complementa con manifestaciones vivas como el Concurso Nacional de Marinera y las celebraciones del Señor de los Milagros, que expresan la fusión entre la herencia prehispánica, colonial y contemporánea. La articulación entre patrimonio material e inmaterial hace del norte peruano un escenario donde la cultura se experimenta tanto en los vestigios del pasado como en las expresiones cotidianas de su gente.





Cajamarca, por su parte, representa un enclave clave en la historia del país al haber sido escenario del encuentro entre los mundos andino e hispano. Su riqueza arquitectónica, visible en los templos coloniales y en su centro histórico, se entrelaza con una vitalidad festiva que se manifiesta en el Carnaval de Cajamarca, una de las celebraciones más emblemáticas del Perú. Esta festividad, reconocida por su colorido y su función social, ha permitido consolidar un modelo de turismo cultural basado en la identidad, la participación ciudadana y el respeto por las tradiciones locales. Cajamarca se erige, así, como un símbolo de sincretismo cultural y de resistencia identitaria frente a los procesos de globalización.

La expansión del turismo hacia la Amazonía ha revelado el potencial cultural y ecológico de esta vasta región. En el nororiente peruano, la región Amazonas ha adquirido notoriedad gracias al complejo arqueológico de Kuélap, fortaleza monumental construida por la cultura Chachapoya. Este sitio, rodeado por bosques de neblina, ha sido reconocido como una de las expresiones más imponentes del patrimonio amazónico-andino, y su gestión actual busca equilibrar la conservación con el desarrollo local (Valle Díaz et al., 2022). De igual modo, en San Martín y Loreto se promueve un turismo que integra la biodiversidad con los saberes ancestrales de los pueblos originarios, permitiendo experiencias donde la naturaleza es concebida como entidad sagrada y fuente de conocimiento (Suclli Montañez et al., 2022).

En las comunidades ribereñas del río Amazonas, el visitante tiene la oportunidad de participar en rituales, talleres de medicina tradicional y actividades artesanales que reflejan la cosmovisión amazónica. Estos intercambios fortalecen la identidad cultural y promueven la sostenibilidad a través de la valoración de prácticas que, por siglos, han garantizado la armonía entre las personas y su entorno. El turismo comunitario se convierte, así, en una herramienta de empoderamiento que contribuye a la conservación ambiental y al reconocimiento del patrimonio inmaterial (Aranibar y Patiño, 2022).

No obstante, el desarrollo de estos nuevos destinos culturales plantea retos estructurales. Entre ellos destacan la falta de infraestructura turística adecuada, la necesidad de capacitación de guías locales y la implementación de políticas públicas orientadas a la sostenibilidad. Las regiones del norte y la Amazonía aún enfrentan desigualdades en términos de conectividad, inversión y promoción, lo cual limita su competitividad frente a los circuitos consolidados del sur (Milla Canales, 2023). Aun así, diversos proyectos de ecoturismo y turismo comunitario están demostrando que es posible construir modelos de gestión descentralizada, donde el patrimonio se conciba como un bien común que genera beneficios tangibles y simbólicos para las comunidades anfitrionas.

En este contexto de diversificación territorial, la región Huánuco emerge como un eje estratégico del turismo cultural sostenible en la zona centro del país. Su riqueza natural, su herencia prehispánica y su vitalidad festiva la convierten en un destino con alto potencial para el desarrollo de experiencias integrales. El turismo cultural sostenible busca generar experiencias auténticas que valoren la cultura local sin deteriorarla. En Huánuco, esta visión implica promover el turismo comunitario, donde las familias locales sean protagonistas del servicio turístico; conservar los recursos naturales como ríos, bosques y montañas que acompañan las rutas culturales; educar al visitante en la importancia del respeto cultural y ambiental; y fomentar la economía circular apoyando la producción artesanal y gastronómica local.

Un ejemplo de este modelo es el creciente interés por las rutas culturales integradas Kotosh–Tomayquichua–Tingo María, que combinan arqueología, tradición y naturaleza. Estas rutas permiten al visitante recorrer desde el templo preincaico de las Manos Cruzadas hasta los escenarios naturales del Parque Nacional Tingo María, articulando la memoria ancestral con los paisajes del presente. Además, la festividad de los Negritos de Huánuco, reconocida como Patrimonio Cultural de la Nación, representa un atractivo singular que fortalece la identidad regional y dinamiza la economía local mediante





la participación comunitaria, la producción artesanal y la promoción turística responsable. La combinación de fe, arte y naturaleza convierte a Huánuco en un territorio donde el turismo cultural no solo celebra la diversidad, sino que contribuye activamente al desarrollo sostenible del país.

De esta manera, Huánuco se posiciona como un referente emergente del turismo cultural en el Perú, un territorio donde el pasado dialoga con el presente y donde cada expresión artística o natural se integra en una visión de desarrollo equilibrado. La articulación entre patrimonio arqueológico, tradiciones vivas y recursos ecológicos no solo promueve el orgullo regional, sino que demuestra que la preservación cultural puede ser también una estrategia eficaz para impulsar la economía y fortalecer el tejido social del país.

En relación con el turismo cultural emergente en el Perú, Cotrina-Trigozo et al. (2024) exponen cómo el ecoturismo constituye una herramienta estratégica para impulsar el desarrollo socioeconómico en comunidades nativas amazónicas como Yurilamas, en la cuenca del Alto Shanusi. Su estudio demuestra que la implementación de actividades turísticas sostenibles, basadas en la participación local y el respeto por el entorno natural, genera beneficios directos en la economía familiar y fortalece el sentido de pertenencia cultural. Además, los autores enfatizan que el ecoturismo bien gestionado puede convertirse en un medio de conservación ambiental, al promover prácticas responsables que sustituyen actividades extractivas perjudiciales para el ecosistema.

Por su parte, Espinoza-Maguiña et al. (2020) analizan la experiencia del turismo en la laguna de Llanganuco, dentro del Parque Nacional Huascarán, como un ejemplo del equilibrio posible entre turismo y conservación ambiental. Su investigación destaca el papel de la infraestructura turística y de la educación ambiental para los visitantes, así como la relevancia del acompañamiento institucional en la gestión sostenible. Los resultados indican que el apoyo a las comunidades locales y la implementación de estrategias participativas

mejoran la experiencia turística, al tiempo que preservan la biodiversidad de un entorno natural emblemático de los Andes peruanos.

A estas aportaciones se agregan las de Estela Gonzales (2019) que en su estudio en la provincia de Huánuco evidencia la relación directa entre una adecuada gestión del ecoturismo y la sostenibilidad de los recursos naturales. En su investigación se señala que la planificación turística debe contemplar no solo la promoción de destinos, sino también la capacitación de los actores locales y la creación de normativas que garanticen la conservación ambiental. Su tesis propone un modelo de desarrollo basado en la cooperación entre el Estado, las comunidades y el sector privado, orientado a generar beneficios económicos equitativos y fortalecer la conciencia ambiental.

García Chumioque et al. (2022) desarrollan un diagnóstico integral del distrito de Huarmey, identificando tanto su potencial turístico como las limitaciones que impiden su pleno desarrollo. El estudio resalta la importancia de la diversificación de productos turísticos y la valorización del patrimonio costero, así como la necesidad de fortalecer la infraestructura, la conectividad y la promoción. Los autores concluyen que el turismo puede ser un eje estratégico para el desarrollo regional si se gestiona de manera planificada y participativa, fomentando la articulación entre autoridades locales y población.

González Herrera (2008) plantea un enfoque sustentable para la puesta en valor turística de la Amazonía peruana, centrado en la integración entre la conservación del ecosistema y el aprovechamiento responsable de los recursos. El autor sostiene que la Amazonía posee un potencial excepcional para el turismo ecológico y cultural, pero advierte que su desarrollo debe basarse en la planificación, la educación ambiental y el empoderamiento de las comunidades locales. Además, propone políticas públicas que promuevan una economía turística solidaria, capaz de reducir la pobreza y proteger la biodiversidad amazónica.





Narváez Vargas (2019) reflexiona sobre la transformación museológica del Museo Túcume bajo los principios de la “nueva museología”, un paradigma que prioriza la participación comunitaria y la educación patrimonial. El autor explica cómo este museo ha pasado de ser un espacio de exhibición tradicional a convertirse en un centro cultural dinámico, donde los habitantes locales son parte activa del discurso museográfico. Su análisis demuestra que este enfoque contribuye al desarrollo del turismo cultural sostenible, al fortalecer la identidad regional y fomentar el sentido de pertenencia colectiva hacia el patrimonio arqueológico.

Ramírez Sánchez (2001) examina la experiencia turística del recinto arqueológico de Chan Chan y su Museo de Sitio, destacando su relevancia como ejemplo de gestión patrimonial integral. El autor resalta que la visita a Chan Chan no solo ofrece un recorrido arqueológico, sino también una experiencia educativa que conecta al visitante con la historia y cosmovisión chimú. Asimismo, subraya que la conservación del sitio requiere políticas de manejo participativo que involucren a las comunidades locales en la protección del patrimonio, promoviendo un turismo cultural responsable y sostenible.

Valdez-Arancibia et al. (2023) identifican los impactos socioculturales del turismo en la selva central del Perú; evidenciando tanto los beneficios como los retos derivados del crecimiento turístico. Su investigación muestra que el turismo puede fortalecer las identidades locales y generar ingresos, pero también puede provocar tensiones culturales si no se gestiona adecuadamente. Los autores proponen estrategias de sensibilización y capacitación para las comunidades receptoras, promoviendo un modelo de turismo que respete la diversidad cultural y potencie el desarrollo sostenible.

Vásquez et al. (2025) realizan una revisión exhaustiva sobre el turismo en la Amazonía como motor del desarrollo económico. Los autores sostienen que, más allá del crecimiento económico, el turismo debe entenderse como un medio de integración social y cultural. Su análisis revela que la Amazonía peruana requiere una mayor inversión en infraestructura, innovación y

promoción internacional, acompañadas de políticas que garanticen la sostenibilidad ambiental y el respeto por las comunidades indígenas. En conjunto, plantean un modelo de turismo amazónico basado en la resiliencia ecológica y la equidad social.

Zorrilla Herrera e Iannacone (2025) abordan un tema innovador al evaluar la calidad ambiental de las playas de Tacna mediante índices basados en desechos marinos. Su investigación muestra que el turismo costero puede verse afectado por la contaminación, reduciendo su atractivo y afectando la salud pública. Los autores destacan la necesidad de implementar programas de monitoreo ambiental y educación ciudadana, orientados a reducir los residuos y promover prácticas sostenibles. Su estudio demuestra que la gestión ambiental es una condición esencial para garantizar la sostenibilidad y competitividad de los destinos turísticos del litoral peruano.

Las investigaciones consultadas revelan una visión integral del turismo peruano como un fenómeno que trasciende lo económico para convertirse en un motor de desarrollo sostenible, identidad cultural y conservación ambiental. En todas las regiones analizadas, desde la Amazonía hasta la costa y la sierra, se observa un interés común por fortalecer la relación entre las comunidades locales y su entorno, promoviendo un turismo participativo que priorice la sostenibilidad y el bienestar colectivo. Los estudios coinciden en que el turismo solo puede consolidarse como actividad transformadora cuando se basa en la inclusión social, la educación ambiental y el respeto por la diversidad cultural y ecológica del país.

Las fuentes analizadas destacan la importancia del ecoturismo y del turismo comunitario como estrategias para generar desarrollo en territorios rurales y amazónicos. En comunidades nativas y zonas de selva, se promueve la conservación de la biodiversidad mediante prácticas turísticas sostenibles que sustituyen actividades extractivas y refuerzan los valores culturales tradicionales. El turismo, entendido de esta manera, actúa como herramienta de empoderamiento local, permitiendo que las propias comunidades sean



gestoras de su patrimonio y protagonistas del desarrollo económico que este genera.

Otro punto coincidente entre los estudios es la necesidad de una gestión planificada y descentralizada del turismo. Diversas investigaciones subrayan que el crecimiento turístico debe ir acompañado de políticas públicas coherentes, inversión en infraestructura, capacitación de guías y fortalecimiento de capacidades locales. Esta visión busca garantizar que el turismo no se limite a la llegada de visitantes, sino que genere un impacto positivo y duradero en la calidad de vida de las poblaciones receptoras. En este sentido, la coordinación entre Estado, sector privado y comunidades es vista como una condición indispensable para alcanzar un modelo de gestión sostenible.

En el ámbito cultural, las fuentes coinciden en que los museos, sitios arqueológicos y festividades tradicionales son espacios fundamentales para la transmisión de valores, conocimientos y memorias colectivas. Ejemplos como Túcume o Chan Chan demuestran que el patrimonio no debe ser concebido como un objeto estático, sino como un proceso vivo que involucra a las comunidades en su preservación y reinterpretación. Esta nueva mirada museológica y patrimonial promueve la participación ciudadana, la educación intercultural y la creación de identidades locales fuertes, lo cual enriquece la experiencia del visitante y fortalece el tejido social.

También se resalta que el turismo en áreas naturales protegidas, como la laguna de Llanganuco o el Parque Nacional Huascarán, debe equilibrar el acceso con la conservación. La educación ambiental y el monitoreo constante son herramientas esenciales para evitar la degradación del entorno. Las investigaciones muestran que la sostenibilidad no depende únicamente de las regulaciones, sino de un cambio cultural en los propios turistas y en las comunidades receptoras, orientado hacia la responsabilidad y la valoración de la naturaleza como patrimonio compartido.

Asimismo, los estudios sobre el turismo en la Amazonía y la selva central evidencian que el potencial turístico



de estas regiones no se limita a su biodiversidad, sino que incluye una profunda riqueza cultural y espiritual. La integración de saberes indígenas, rituales, medicina tradicional y artesanía en las rutas turísticas representa un modelo de interculturalidad que fortalece la autoestima de los pueblos originarios y diversifica la oferta turística nacional. Este enfoque promueve una economía basada en el conocimiento ancestral, al mismo tiempo que fomenta la conciencia ambiental entre los visitantes.

De manera complementaria, los trabajos que abordan la gestión de la contaminación y el impacto ambiental en destinos costeros resaltan que la sostenibilidad turística también requiere políticas activas de control y prevención. La calidad ambiental de las playas y ecosistemas marinos es determinante para mantener la competitividad del turismo litoral, y su deterioro puede tener consecuencias directas en la salud pública y la economía local. Este tipo de estudios amplía la comprensión del turismo sostenible, vinculando su desarrollo con la gestión responsable de los recursos naturales y los desechos.

Todas las fuentes consultadas apuntan hacia una misma dirección: la necesidad de consolidar un turismo peruano más equitativo, sostenible y culturalmente consciente. Este modelo debe superar la visión extractiva del pasado para transformarse en un proceso colaborativo entre comunidades, instituciones y visitantes. El turismo, concebido desde esta perspectiva, no solo impulsa la economía regional, sino que refuerza la identidad nacional, protege el patrimonio natural y cultural, y contribuye a un desarrollo verdaderamente sostenible.

En conjunto, la emergencia del norte costero y del oriente amazónico como polos de turismo cultural redefine la imagen del Perú ante el mundo. Estos territorios no solo complementan los circuitos tradicionales, sino que expresan la pluralidad de culturas y ecosistemas que componen la identidad nacional. Desde las pirámides de adobe bañadas por el sol del desierto hasta las fortalezas de piedra envueltas en niebla amazónica, cada destino ofrece una forma distinta de experimentar la historia y la espiritualidad del país. En este proceso,



el turismo cultural se consolida como un instrumento de desarrollo sostenible, diálogo intercultural y reafirmación identitaria, abriendo camino hacia un Perú que se reconoce en la diversidad de sus raíces y en la fuerza viva de sus pueblos.

3.6. Gastronomía peruana: turismo de los sentidos

En el Perú, la gastronomía andina constituye uno de los pilares más representativos de la identidad cultural y del patrimonio vivo del país. Su riqueza no solo reside en la variedad de insumos y técnicas culinarias, sino también en los significados simbólicos, espirituales y sociales que encierra. Cada plato elaborado en las alturas de los Andes es el resultado de una relación ancestral entre el ser humano y la naturaleza, basada en la reciprocidad, el respeto por la tierra y el conocimiento transmitido de generación en generación. En este sentido, la cocina andina encarna una cosmovisión agroalimentaria donde los alimentos no son simples productos, sino portadores de memoria, historia y espiritualidad (Ministerio de Cultura del Perú, 2019).

El Perú, reconocido mundialmente como uno de los destinos gastronómicos más importantes de América Latina, ha sabido integrar la herencia andina en su propuesta culinaria nacional. Ciudades como Cusco, Ayacucho, Puno, Huancavelica y Cajamarca conservan tradiciones gastronómicas profundamente ligadas a su entorno natural y agrícola. Los productos autóctonos como la papa nativa, el maíz, la quinua, el tarwi, la oca o la mashua son la base de una cocina diversa y sostenible, en la que cada ingrediente expresa la biodiversidad del país (Flores Flores y Ramírez Coronado, 2024). Estas especies, domesticadas hace milenios, constituyen hoy una fuente de orgullo nacional y un recurso estratégico para el turismo cultural sostenible, al reforzar la conexión entre los visitantes y las raíces vivas del territorio.

El turismo gastronómico en el Perú ha experimentado un crecimiento notable desde inicios del siglo XXI, impulsado por políticas públicas que reconocen su potencial como motor económico y como instrumento



de inclusión social. El Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú (2021) ha incorporado la gastronomía dentro del Plan Estratégico Nacional de Turismo (PENTUR 2025) y de la Política Nacional de Turismo al 2030, destacando su valor para diversificar la oferta turística y fortalecer la identidad cultural de las regiones. En paralelo, el Ministerio de Cultura (MINCUL) promueve la salvaguardia de las prácticas culinarias tradicionales como parte del patrimonio cultural inmaterial, enfatizando que la alimentación es una manifestación esencial de la cultura viva del país (Ministerio de Cultura del Perú, 2019).

En los Andes peruanos, la gastronomía se ha convertido en una experiencia turística integral, donde los viajeros no solo degustan los platos, sino que participan activamente en su elaboración, cultivo y ritualidad. Experiencias como la Ruta de la Quinua en Ayacucho, la Ruta del Maíz Sagrado en Cusco o las ferias gastronómicas en Puno y Cajamarca ofrecen al visitante un acercamiento directo a las comunidades productoras y cocineras locales. Estos espacios promueven un turismo vivencial y sensorial, en el que el gusto, el aroma y la textura se combinan con el relato cultural de los pueblos, generando una conexión emocional con el territorio. El turismo gastronómico en los Andes peruanos se caracteriza por la autenticidad de la experiencia y por su capacidad para sensibilizar al visitante sobre la importancia de la alimentación sostenible y el respeto a las culturas originarias.

La gastronomía andina también representa una estrategia de desarrollo económico local. En regiones rurales, muchas comunidades campesinas, asociaciones de mujeres y emprendimientos familiares han encontrado en la cocina tradicional una fuente de ingresos y una vía para revalorizar sus conocimientos ancestrales. Programas como Turismo Emprende o Turismo Comunitario Sostenible, implementados por el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú (2021), han contribuido a fortalecer estas iniciativas, brindando capacitación, financiamiento y asistencia técnica a pequeños proyectos que articulan producción agroecológica, cocina tradicional y turismo rural. Este





enfoque permite que el visitante participe en experiencias auténticas, como preparar una pachamanca, cosechar tubérculos o cocinar en hornos de barro, al tiempo que se fomenta la redistribución justa de los beneficios del turismo.

El carácter sensorial de la gastronomía andina va más allá del placer gustativo. Comer en los Andes implica un acto ritual que involucra todos los sentidos: el sonido del viento, el color del maíz, el aroma del huacatay o la textura de una papa recién asada forman parte de un lenguaje cultural que se comunica a través del cuerpo y la emoción. Esta dimensión sensorial transforma la experiencia turística en un proceso de aprendizaje intercultural, donde el visitante no solo consume, sino que comprende la cosmovisión andina del buen vivir (*sumak kawsay*). Así, el turismo gastronómico se convierte en una oportunidad para promover el diálogo entre culturas y para revalorizar la sabiduría campesina que sostiene la diversidad alimentaria del país.

No obstante, el crecimiento del turismo gastronómico en el Perú también presenta desafíos. La comercialización excesiva de productos tradicionales y la homogeneización de las experiencias amenazan con desvirtuar el sentido cultural de la cocina andina. En algunos casos, la falta de participación efectiva de las comunidades en la gestión turística genera procesos de exclusión o apropiación de los beneficios por parte de actores externos. Por ello, es fundamental que las políticas de promoción gastronómica incluyan mecanismos de gobernanza participativa y criterios de sostenibilidad social, garantizando que las cocineras tradicionales, agricultores y artesanos sean los principales beneficiarios del turismo cultural.

La gastronomía andina peruana se ha consolidado como un componente esencial del turismo cultural y sensorial, capaz de articular identidad, memoria y desarrollo local. Diversos autores han abordado este fenómeno desde perspectivas antropológicas, patrimoniales y socioeconómicas, revelando cómo los alimentos, las técnicas y los rituales asociados a la cocina se convierten en vehículos de transmisión cultural y de atracción turística.

En primer lugar, Zapata Acha (2009) analiza el proceso de patrimonialización de la gastronomía peruana, explicando cómo la cocina tradicional pasó de ser una práctica doméstica a convertirse en un símbolo de orgullo nacional y motor del turismo cultural. Señala que este proceso implicó la revalorización de ingredientes autóctonos y la legitimación de los saberes locales dentro de políticas estatales y discursos mediáticos.

Por su parte, Guardia (2020) destaca la gastronomía peruana como un patrimonio cultural vivo, fruto del mestizaje entre las tradiciones andinas, europeas, africanas y asiáticas. Para la autora, la cocina no solo representa una herencia material, sino un lenguaje identitario que vincula territorio, comunidad y sostenibilidad, posicionando al Perú como un referente mundial del turismo gastronómico.

Complementariamente, Matta (2014) expone cómo la denominada República gastronómica reconfiguró la idea de nación peruana al convertir la cocina en un espacio de consenso simbólico y promoción internacional. Este autor sostiene que la gastronomía actúa como una “política blanda” que genera cohesión social y mejora la imagen del país a nivel global. De manera afín, en su entrevista publicada en *Anthropology of Food*, Matta (2019) interpreta la llamada revolución gastronómica peruana como una celebración de “lo nacional”, donde los chefs se transforman en actores políticos y culturales que reinterpretan los productos andinos con técnicas contemporáneas.

Asimismo, Matta y de Suremain (2019) profundizan en la noción de cocinas patrimoniales, mostrando cómo los restaurantes limeños reinterpretan la herencia culinaria andina para un público nacional e internacional. Los autores advierten, sin embargo, que esta “puesta en escena” puede descontextualizar los saberes locales si no se vincula con las comunidades de origen.

Desde una perspectiva comparativa, Bak-Geller Corona y Matta (2020) destacan la relevancia de las cocinas mestizas como expresión del multiculturalismo latinoamericano, subrayando que la cocina peruana





articula diversidad étnica, innovación y turismo mediante un equilibrio entre tradición e integración global.

En el plano contemporáneo, Aguirre-Sosa et al. (2023) evalúan el crecimiento reciente de la gastronomía peruana, señalando su impacto económico y su potencial para el desarrollo sostenible. Resaltan la consolidación de circuitos turísticos gastronómicos y la importancia de la formación profesional y la certificación de calidad como pilares del éxito internacional.

Castillo Posadas (2022) introduce una dimensión simbólica y sensorial al analizar “la energía del alimento” en los caminos andinos, destacando la conexión entre comida, paisaje y espiritualidad. Su enfoque resalta el papel de la gastronomía como experiencia integral que involucra cuerpo, memoria y territorio, esencial para el turismo de los sentidos.

Por otro lado, Santos Díaz y López Guevara (2022) revisan los eventos turísticos basados en patrimonio alimentario en América Latina, evidenciando que las ferias, festivales y rutas culinarias fortalecen la identidad regional y promueven la sostenibilidad, principios plenamente aplicables al contexto andino peruano.

De forma complementaria, Molina Recio et al. (2016) aportan un enfoque nutricional desde la Amazonía peruana, mostrando cómo las prácticas alimentarias tradicionales combinan valor nutricional y sentido cultural, lo que amplía la comprensión del turismo gastronómico como una práctica saludable y educativa.

En conjunto, estas investigaciones coinciden en que la gastronomía andina constituye un espacio donde convergen memoria histórica, identidad cultural, sostenibilidad y placer sensorial. Su valorización, tanto en la mesa como en los circuitos turísticos, fortalece la cohesión social, impulsa la economía local y proyecta al Perú como un país donde la experiencia culinaria se vive como un acto cultural total, profundamente enraizado en los Andes.

La gastronomía andina peruana encarna un turismo de los sentidos que integra naturaleza, cultura y comunidad. Desde la cosecha hasta la mesa, cada etapa del

proceso alimentario constituye una oportunidad para conocer la historia, la biodiversidad y la espiritualidad del mundo andino. Este tipo de turismo no solo impulsa la economía, sino que fomenta la educación cultural y ambiental, fortaleciendo el sentido de pertenencia y orgullo nacional.

La gastronomía peruana, especialmente la andina, se consolida como un eje articulador entre identidad, cultura y desarrollo sostenible. Su valor trasciende el ámbito culinario para convertirse en una expresión de la cosmovisión andina, donde los alimentos representan vínculos espirituales y sociales entre las comunidades y su entorno natural. En este contexto, el turismo gastronómico se proyecta como una vía de encuentro intercultural y de revalorización de los saberes ancestrales que sustentan la diversidad alimentaria del país.

El turismo de los sentidos, centrado en la experiencia sensorial y simbólica de la comida, permite al visitante no solo degustar sabores, sino comprender los procesos culturales y ecológicos que los originan. En los Andes, comer implica participar en una narrativa viva de territorio, memoria y reciprocidad, convirtiendo a la cocina en un vehículo de educación patrimonial y sostenibilidad.

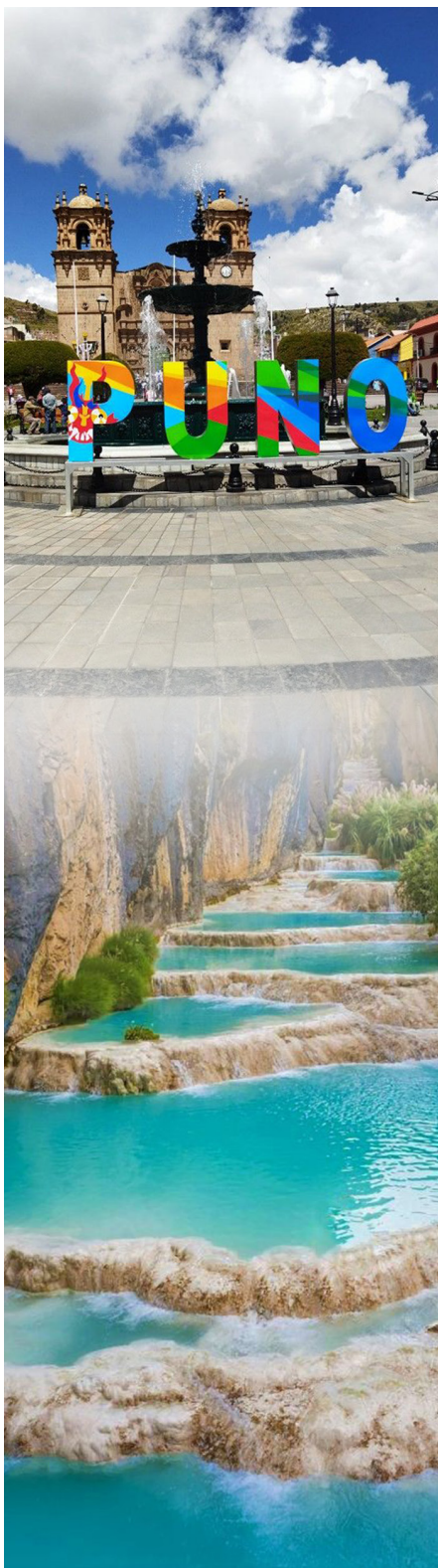
Asimismo, la consolidación del turismo gastronómico en el Perú evidencia un modelo de desarrollo inclusivo cuando las comunidades locales participan activamente en la gestión de sus recursos y tradiciones. Programas de apoyo al emprendimiento y la formación culinaria fortalecen la autonomía de cocineras tradicionales, agricultores y artesanos, integrando la dimensión económica con la salvaguardia cultural.

No obstante, los desafíos persisten ante la comercialización excesiva y la homogeneización de las experiencias gastronómicas, que amenazan con desvirtuar el sentido identitario de la cocina andina. En consecuencia, resulta indispensable que las políticas públicas promuevan una gobernanza participativa y ética del turismo, garantizando que la valorización de la gastronomía se traduzca en bienestar social y respeto por las culturas originarias.



La gastronomía andina peruana representa un turismo de los sentidos que armoniza placer, conocimiento y pertenencia. Su reconocimiento como patrimonio cultural vivo fortalece la imagen del Perú como destino gastronómico mundial, pero, sobre todo, reafirma que en los Andes la comida es una forma de narrar el alma del territorio, donde cada sabor es memoria, paisaje y comunidad.





04.

Hacia un turismo cultural sostenible: Innovación, comunidad y desarrollo económico

4.1. Marco normativo y gobernanza para un turismo cultural sostenible en el Perú

El marco normativo que orienta el turismo cultural sostenible en el Perú tiene sus fundamentos en la Constitución Política del Perú de 1993, la cual reconoce, en su artículo 21, que los yacimientos y restos arqueológicos, construcciones, monumentos, documentos y objetos de valor histórico, artístico o monumental, así como los bienes expresamente declarados patrimonio cultural, son propiedad de la Nación y están bajo protección del Estado (Congreso Constituyente Democrático del Perú, 1993).

Asimismo, el artículo 68 establece que el Estado está obligado a promover la conservación de la diversidad biológica y de las áreas



naturales protegidas, garantizando el aprovechamiento sostenible de los recursos naturales. Estos principios constitucionales sientan las bases para que la gestión del turismo se desarrolle en armonía con la preservación del patrimonio cultural y natural del país, articulando desarrollo económico con sostenibilidad ambiental y responsabilidad social.

Sobre este sustento, diversas normas específicas han consolidado el marco legal del turismo sostenible en el Perú. La Ley General del Patrimonio Cultural de la Nación (Congreso de la República del Perú, 2006), establece las disposiciones para la protección, conservación y promoción del patrimonio cultural material e inmaterial, reconociendo su papel en la identidad nacional y su potencial como recurso turístico. Por su parte, la Ley General de Turismo (Congreso de la República del Perú, 2009), declara al turismo como una actividad de interés nacional y de prioridad dentro de la política de Estado, promoviendo su desarrollo sostenible mediante la participación de las comunidades locales y la protección del medio ambiente.

Complementariamente, la Ley N.º 29785, Ley del Derecho a la Consulta Previa (Congreso de la República del Perú, 2011), fortalece el enfoque participativo en la gestión turística y patrimonial, garantizando que los pueblos indígenas u originarios sean consultados ante medidas administrativas o legislativas que afecten directamente sus derechos colectivos, su territorio o su patrimonio cultural. Esta norma refuerza la dimensión social de la sostenibilidad, asegurando que el desarrollo turístico respete los principios de equidad, diversidad y autodeterminación cultural.

En coherencia con estas leyes, el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo (MINCETUR) ha asumido un rol protagonista en la formulación de políticas y estrategias de sostenibilidad. Instrumentos clave como el Plan Estratégico Nacional de Turismo- PENTUR al 2025, la Política Nacional de Turismo al 2030 y el Programa Turismo Emprende reflejan una visión integral del turismo como motor de inclusión social y de gestión responsable del patrimonio (Ministerio de Comercio Exterior y Turismo

del Perú, 2020). Estos documentos orientan la acción estatal hacia la diversificación de destinos, la innovación en la oferta turística y la gobernanza participativa, promoviendo un equilibrio entre crecimiento económico, protección ambiental y fortalecimiento cultural.

Por su parte, el Ministerio de Cultura (MINCUL) complementa estas estrategias a través de la Política Nacional de Cultura al 2030, que plantea como eje prioritario la promoción del turismo cultural sostenible y la protección del patrimonio vivo de las comunidades (Ministerio de Cultura del Perú, 2019). Esta política subraya que la cultura debe entenderse no solo como un recurso económico, sino como un componente esencial del bienestar, la cohesión social y la identidad colectiva. En este sentido, las políticas culturales y turísticas convergen en la necesidad de fortalecer la participación comunitaria y evitar la mercantilización del patrimonio, garantizando una relación equilibrada entre conservación, uso turístico y beneficio local.

El compromiso del Perú con la sostenibilidad se extiende también al ámbito internacional. Como Estado parte de la Convención del Patrimonio Mundial de la UNESCO, el país participa en programas que promueven la gestión sostenible de sitios patrimoniales, siendo el Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino uno de los ejemplos más destacados. Declarado Patrimonio Mundial en 2014, este proyecto multinacional, compartido por seis países andinos, impulsa la conservación del patrimonio cultural y natural mediante la participación activa de las comunidades locales en los procesos de gestión y aprovechamiento turístico (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2009, 2014b).

A nivel descentralizado, los gobiernos regionales y locales también han incorporado los principios de sostenibilidad en sus instrumentos de planificación territorial. El Plan Regional de Desarrollo Turístico del Cusco 2020–2030, por ejemplo, propone diversificar la oferta más allá del circuito de Machu Picchu, promoviendo experiencias basadas en el patrimonio vivo, el turismo rural comunitario y la valorización de las tradiciones locales (Ministerio





de Comercio Exterior y Turismo del Perú, 2021). Estas estrategias se articulan con programas nacionales como Turismo Emprende y Turismo Comunitario Sostenible, que brindan apoyo financiero y técnico a emprendimientos locales liderados por comunidades, mujeres y jóvenes del ámbito rural (Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú, 2020).

En relación con la influencia de las políticas públicas en el desarrollo del turismo cultural sostenible en el Perú Rojas Ulloa (2023) destaca la importancia de fortalecer el marco jurídico peruano mediante la incorporación de modelos de gestión compartida como la multipropiedad o el tiempo compartido, los cuales podrían contribuir a una mayor democratización del acceso a los bienes turísticos y a una regulación más eficiente del uso sostenible del territorio. Esta perspectiva es relevante para la gobernanza turística, ya que propone mecanismos legales que favorecen la inversión responsable y la corresponsabilidad entre el Estado y el sector privado en el aprovechamiento de los recursos culturales.

Ruiz Palacios y Pozo Trigoso (2020) aportan una visión social al señalar que la conciencia turística de los pobladores es un componente esencial de la sostenibilidad. Su estudio en el distrito del Rímac evidencia que la participación activa de la comunidad y su conocimiento sobre el valor patrimonial local fortalecen la identidad cultural y promueven prácticas de conservación. La educación y la sensibilización ciudadana emergen, así, como pilares para una gobernanza participativa en turismo cultural.

Dioses Urbina et al. (2025) analizan los lineamientos de inversión pública en turismo, enfatizando que el desarrollo económico regional depende de una gestión estratégica orientada a la sostenibilidad. Proponen un modelo de inversión que prioriza la infraestructura turística, la capacitación local y la articulación interinstitucional, asegurando que los beneficios del turismo se distribuyan equitativamente y que las decisiones respondan a una planificación territorial integrada.

Gamio Pino y Choquehuanca Saldarriaga (2024) evidencian la relación directa entre la inversión pública y el crecimiento económico, destacando que una asignación eficiente de recursos al sector turismo puede generar empleo, dinamizar economías locales y promover la diversificación productiva. Sus hallazgos refuerzan la necesidad de políticas públicas que integren los objetivos económicos con la preservación del patrimonio cultural y ambiental.

Gómez-Palomino (2025) subraya la relevancia de la gestión estratégica como instrumento de gobernanza turística. Argumenta que el desarrollo sostenible requiere una planificación basada en la competitividad territorial, la innovación y la cooperación público-privada, lo cual fortalece la institucionalidad del turismo y su capacidad para generar desarrollo humano y bienestar social.

Calderón Torres et al. (2022) enfatizan el papel de la comunicación pública como herramienta de desarrollo turístico, especialmente en regiones como Puno. Plantean que las políticas de comunicación deben orientarse a la inclusión social, la visibilización de las culturas locales y la generación de un diálogo constante entre comunidades y autoridades, contribuyendo así a una gobernanza más participativa y culturalmente sensible.

Huamán de los Heros y Calanchez Urribarri (2025) abordan la dimensión de la calidad en el turismo de lujo, mostrando que la exclusividad y el servicio personalizado pueden integrarse a una gestión sostenible cuando se priorizan la autenticidad cultural y la experiencia significativa del visitante. Su enfoque amplía la noción de sostenibilidad al incluir criterios de excelencia y respeto por la identidad local.

Finalmente, Montoya Vargas et al. (2024) analizan las políticas públicas de turismo sostenible en el Perú, señalando que la efectividad de estas depende de la coordinación intergubernamental, la transparencia institucional y la participación ciudadana. Destacan la necesidad de consolidar marcos normativos coherentes con los Objetivos de Desarrollo Sostenible y con las





realidades territoriales del país, garantizando que el turismo actúe como un motor de desarrollo local inclusivo.

En sentido general las investigaciones consultadas coinciden en que el turismo cultural sostenible en el Perú requiere una articulación sólida entre el marco jurídico, la gestión pública y la participación social. Se destaca que el desarrollo turístico no puede limitarse al crecimiento económico, sino que debe sustentarse en principios de equidad, conservación patrimonial y gobernanza participativa. Las políticas y modelos de gestión deben promover inversiones responsables, fortalecer las capacidades locales y asegurar una distribución justa de los beneficios del turismo.

Asimismo, la educación y la comunicación son factores estratégicos para fomentar la conciencia turística y la valorización del patrimonio cultural en las comunidades anfitrionas. La sostenibilidad se entiende no solo como un objetivo ambiental, sino también como un proceso de transformación social y cultural que refuerza la identidad, la cohesión y el bienestar colectivo.

En términos de gobernanza, los estudios coinciden en la necesidad de una coordinación efectiva entre los niveles de gobierno, el sector privado y la sociedad civil. Se plantea que el éxito de las políticas turísticas depende de su capacidad para integrar enfoques territoriales, mecanismos de participación y estrategias de innovación que garanticen un desarrollo inclusivo, competitivo y respetuoso con la diversidad cultural del país.

Desde una perspectiva integral, las políticas públicas del Perú en materia de turismo sostenible buscan consolidar los tres pilares del desarrollo sostenible: económico, social y ambiental (Organización Mundial del Turismo, 2018). Sin embargo, la efectividad de su implementación enfrenta desafíos significativos, como la desigual distribución de beneficios, la limitada capacidad técnica en los gobiernos locales y la ausencia de sistemas de monitoreo y evaluación que garanticen la sostenibilidad real de los destinos turísticos.

De esta forma, el turismo cultural sostenible en el Perú no debe concebirse únicamente como una herramienta

económica, sino como un proceso social y político orientado a fortalecer la gobernanza participativa, el empoderamiento local y la preservación de la identidad cultural. El turismo sostenible solo puede consolidarse cuando las políticas públicas reconocen el valor del patrimonio como bien común, asegurando la corresponsabilidad entre Estado, sector privado y comunidades. De este modo, la sostenibilidad turística se configura como una estrategia de desarrollo humano integral, basada en la equidad, la memoria y la convivencia armónica con la naturaleza.

4.2. Turismo responsable: educación, ética y conservación

El turismo responsable constituye uno de los pilares esenciales para alcanzar la sostenibilidad en el desarrollo turístico, especialmente en un país como el Perú, donde la diversidad cultural y natural es tan vasta como frágil. En este contexto, la educación turística se presenta como una herramienta estratégica para fortalecer las capacidades humanas, promover una ética del respeto mutuo y fomentar una conciencia ambiental compartida entre visitantes, comunidades anfitrionas, instituciones públicas y empresas privadas.

Tal como sostiene la Organización Mundial del Turismo (2018), la educación y la sensibilización son condiciones indispensables para que el turismo contribuya efectivamente al desarrollo sostenible. En consecuencia, el turismo responsable no se limita a regular comportamientos, sino que busca inspirar una nueva forma de viajar y convivir, basada en la comprensión, la sensibilidad cultural y la responsabilidad hacia el entorno.

En el caso peruano, el turismo se desarrolla en territorios profundamente simbólicos, donde cada paisaje y cada comunidad representan una expresión viva de la historia, la memoria y la identidad nacional. Desde las costas del Pacífico hasta los bosques amazónicos, pasando por los Andes y sus comunidades altoandinas, el país ofrece una riqueza de experiencias que van mucho más allá del ocio. En estos espacios, la relación entre visitante y



anfitrión debe basarse en el respeto y la reciprocidad. Un turista responsable no es aquel que solo admira lo que ve, sino aquel que comprende que su presencia implica un impacto y que su conducta puede contribuir tanto a la conservación del patrimonio como a su deterioro. En este sentido, la educación turística se convierte en una experiencia transformadora que permite aprender del otro, valorar la diversidad y asumir un compromiso ético con el territorio visitado (Ruiz Palacios y Pozo Trigos, 2020).

Promover la ética en el turismo significa reconocer que esta actividad no puede reducirse a una transacción económica. Detrás de cada destino, de cada manifestación cultural y de cada ecosistema, existen comunidades que los sostienen, los interpretan y los protegen. La ética turística exige una práctica basada en la equidad, la justicia y la corresponsabilidad, principios que dialogan profundamente con las cosmovisiones andinas del país. En este marco, el principio del “ayni” o ayuda mutua, tan arraigado en las comunidades quechuas y aimaras, puede entenderse como una base filosófica para el turismo responsable: un intercambio en el que todos ganan, en el que el visitante se enriquece espiritualmente mientras la comunidad anfitriona fortalece su identidad y mejora su bienestar colectivo sin perder su autenticidad.

La formación y capacitación en turismo responsable deben asumir este enfoque integral. Las universidades, los institutos superiores, los centros de formación técnica, los guías turísticos y las asociaciones comunitarias tienen la tarea de incorporar en sus programas no solo conocimientos sobre gestión turística, marketing o administración, sino también valores éticos y culturales que refuercen la sensibilidad hacia el patrimonio y la biodiversidad. La educación turística, en este sentido, debe fomentar la comprensión de los derechos de las comunidades, la protección de los ecosistemas, el respeto por las tradiciones locales y la valoración de la diversidad como una fuente de aprendizaje y no como un recurso a explotar (Gómez-Palomino, 2025).



Del mismo modo, la sensibilización del visitante es indispensable para consolidar un turismo ético y sostenible. Las campañas educativas, las experiencias de turismo vivencial, los circuitos interpretativos, los museos comunitarios y los programas de turismo educativo pueden convertirse en poderosas herramientas para fortalecer la conciencia del viajero. Cuando el visitante comprende el valor histórico, espiritual y ambiental del lugar que recorre, desarrolla una conexión emocional y ética que lo impulsa a protegerlo. En el Perú, existen ejemplos notables de este tipo de iniciativas en sitios como el Santuario Histórico de Machu Picchu, el Parque Nacional del Manu, las reservas comunales amazónicas o los pueblos tradicionales del Valle Sagrado de los Incas, donde se promueven prácticas de conservación y educación ambiental que articulan turismo, cultura y sostenibilidad (Ministerio de Cultura del Perú, 2019).

La conservación ambiental, por su parte, debe ser entendida como una responsabilidad compartida entre el Estado, las empresas, las comunidades y los turistas. En un país con una biodiversidad tan extraordinaria como el Perú, donde los ecosistemas enfrentan amenazas derivadas del cambio climático, la deforestación y la contaminación, resulta indispensable adoptar prácticas de turismo que reduzcan la huella ecológica. Esto incluye el manejo adecuado de residuos, la optimización del uso del agua y la energía, el respeto por la fauna y la flora locales, y la promoción de infraestructuras ecológicas (Organización Mundial del Turismo, 2022). Cada acción, por pequeña que parezca, puede contribuir a preservar los paisajes naturales y culturales que hacen del Perú uno de los destinos más admirados del mundo.

Sin embargo, el turismo responsable no puede consolidarse únicamente desde la perspectiva ambiental. También requiere un compromiso con la equidad social y el bienestar colectivo. Un turismo ético es aquel que genera oportunidades justas de empleo, que valora la participación de las mujeres, los jóvenes y los pueblos indígenas, y que respeta las condiciones laborales de quienes forman parte de la cadena turística. En el Perú, las políticas nacionales en materia de turismo sostenible



promueven la inclusión y la gestión participativa, pero su aplicación efectiva depende de la formación de actores locales empoderados y conscientes de su papel como guardianes del patrimonio.

La responsabilidad turística implica, además, repensar el sentido mismo del viaje. El turismo responsable no busca el consumo rápido de destinos, sino la conexión profunda con ellos. Supone valorar la historia, comprender las tradiciones y actuar con gratitud y humildad frente a la hospitalidad de las comunidades. Este enfoque invita a los viajeros a transformarse en aliados de la conservación y del desarrollo local, reconociendo que el bienestar del visitante está inseparablemente ligado al bienestar del anfitrión y del entorno.

En relación a este tema, Serrano-Barquín et al. (2010) proponen el concepto de turismo armónico, que busca equilibrar la relación entre el desarrollo económico, la preservación ambiental y el bienestar comunitario. Su estudio enfatiza la importancia de la educación ambiental y la formación ética de los actores turísticos como pilares para alcanzar una convivencia sostenible entre visitantes y comunidades locales. Esta visión es aplicable al contexto peruano, donde la armonía entre cultura, naturaleza y turismo resulta clave para fortalecer la sostenibilidad social y ambiental en zonas patrimoniales y rurales.

Vilchis-Chávez et al. (2023), realizan una revisión teórica sobre la evolución del concepto de sustentabilidad en el turismo, identificando los principales enfoques académicos y las dimensiones éticas y educativas que lo sustentan. Señalan que la sostenibilidad requiere una transformación cultural basada en la conciencia ambiental y la educación participativa. En el caso peruano, sus aportes permiten comprender que la sostenibilidad turística no depende solo de políticas o inversiones, sino del desarrollo de una ética compartida entre turistas, operadores y comunidades.

Cutipa-Santí et al. (2025), analizan las políticas ambientales orientadas a la conservación de los recursos naturales en actividades de turismo cultural. Destacan la necesidad



de fortalecer la educación ambiental como herramienta de gestión y de implementar medidas normativas que garanticen la conservación del patrimonio natural y cultural. Este enfoque aporta al contexto peruano una perspectiva integral de gobernanza ambiental, donde la ética turística y la educación se convierten en instrumentos esenciales para reducir impactos y promover un turismo responsable.

Arango Espinal et al. (2024), exploran cómo el marketing de contenidos y la comunicación digital pueden fomentar el compromiso ambiental y la educación turística en destinos sostenibles, especialmente en la Amazonía. Su aporte resulta pertinente para el Perú, pues propone estrategias tecnológicas para sensibilizar a los visitantes y fortalecer la participación de comunidades amazónicas en la promoción de un turismo ético y consciente de la fragilidad ecológica de su entorno.

Barros Pinto (2021), presenta un análisis cualitativo sobre experiencias comunitarias de turismo sostenible en Ecuador, evidenciando la relevancia de la educación local y la transmisión intergeneracional de valores culturales como base para el turismo responsable. Sus conclusiones dialogan directamente con la realidad peruana, donde la educación patrimonial y el fortalecimiento de la identidad cultural son ejes fundamentales para lograr una convivencia respetuosa entre visitantes y anfitriones.

Seminario-Córdova et al. (2023), ofrecen una revisión del ecoturismo sostenible en el Perú, subrayando los avances y desafíos en materia de educación ambiental, gestión ética y conservación. Resaltan que la falta de capacitación y de una conciencia turística consolidada sigue siendo un obstáculo para la sostenibilidad real. Sus hallazgos respaldan la necesidad de fortalecer programas educativos y políticas de conservación en zonas naturales y culturales del país.

Chacón, Montbrun y Rastelli (2009), reflexionan sobre el papel de las universidades en la educación para la sostenibilidad, destacando su función en la formación de profesionales éticos y comprometidos con la





conservación del medio ambiente. En el contexto peruano, esta aportación es esencial, ya que las instituciones de educación superior tienen un rol decisivo en la formación de guías, gestores y promotores turísticos con valores éticos, sensibilidad cultural y responsabilidad ambiental.

Vásquez, Ochoa y Carhuas (2025), realizan una revisión sobre la relación entre turismo y desarrollo económico en la Amazonía, concluyendo que el crecimiento sostenible solo es posible si va acompañado de educación ambiental, planificación participativa y responsabilidad ética. Su aporte refuerza la idea de que en regiones como la Amazonía peruana, el turismo responsable debe ser un medio para conservar los ecosistemas y mejorar la calidad de vida local, sin comprometer los valores naturales ni culturales.

Las aportaciones de estas investigaciones coinciden en que el turismo responsable en el Perú debe sustentarse en una educación transformadora, una ética compartida y una gestión ambiental consciente. La formación de capacidades en los actores turísticos, desde comunidades locales hasta visitantes y autoridades, es clave para promover prácticas sostenibles que equilibren el crecimiento económico con la preservación del patrimonio natural y cultural. Estas fuentes revelan que la sostenibilidad no puede entenderse solo como una meta técnica o normativa, sino como un proceso social que requiere conciencia, corresponsabilidad y compromiso ético.

En este sentido, el fortalecimiento de la educación ambiental, la comunicación responsable y la participación comunitaria son pilares fundamentales para construir una cultura turística basada en el respeto, la conservación y la equidad. Así, el turismo peruano, especialmente en contextos de alta biodiversidad y riqueza cultural como los Andes y la Amazonía, encuentra en la educación y la ética ambiental las herramientas más poderosas para garantizar un desarrollo verdaderamente sostenible y con sentido humano.

El turismo responsable en el Perú debe entenderse como un proceso educativo continuo y colectivo. La

ética, la educación y la conservación no son metas independientes, sino dimensiones interconectadas de un mismo propósito: construir una cultura del viaje basada en el respeto, la reciprocidad y la sostenibilidad. Solo a través de una educación comprometida y una ética solidaria será posible garantizar que el turismo contribuya realmente al desarrollo humano integral y a la preservación del patrimonio vivo del país. Este desafío, lejos de ser una carga, representa una oportunidad para que el Perú consolide un modelo de turismo que no solo muestre su riqueza cultural y natural al mundo, sino que también refleje su compromiso con la vida, la memoria y el futuro de las generaciones venideras.

El turismo responsable en el Perú representa una oportunidad estratégica para armonizar el desarrollo económico con la conservación ambiental y el fortalecimiento social. Su éxito depende de una educación turística transformadora que forme ciudadanos y profesionales conscientes del impacto de sus acciones, capaces de actuar con ética y respeto hacia las comunidades anfitrionas y los ecosistemas. Este tipo de turismo promueve una relación equilibrada entre visitantes y pobladores locales, donde la experiencia de viaje se convierte en un intercambio de saberes, valores y compromisos con la sostenibilidad.

La práctica del turismo responsable exige integrar la ética como principio rector, reconociendo que detrás de cada destino existen personas, tradiciones y entornos que deben ser respetados y protegidos. En este marco, la educación ambiental y patrimonial se convierte en un instrumento de transformación social, capaz de generar una conciencia colectiva sobre la importancia de conservar la biodiversidad, valorar la cultura viva y promover la equidad.

Asimismo, el turismo responsable requiere un enfoque de corresponsabilidad entre el Estado, las empresas, las comunidades y los turistas. Las políticas públicas deben orientarse a fortalecer la gestión participativa, la inclusión social y la capacitación de los actores locales, de modo que el turismo sea una herramienta de bienestar y no una fuente de desigualdad o deterioro ambiental.



En los territorios peruanos, donde la diversidad cultural y natural se entrelazan profundamente, el turismo responsable implica aprender de las cosmovisiones locales y del principio del equilibrio con la naturaleza. Este enfoque no solo preserva el patrimonio tangible e intangible, sino que también impulsa un modelo de desarrollo más justo, inclusivo y sostenible.

4.3. Turismo cultural y emprendimiento local: oportunidades para el desarrollo sostenible en el Perú

El turismo cultural se ha consolidado como un motor fundamental para el desarrollo sostenible en el Perú, al articular la riqueza del patrimonio con la generación de empleo, la promoción del emprendimiento y el fortalecimiento de las economías locales. En un país donde la diversidad cultural es una de las mayores fuentes de identidad y orgullo, el patrimonio, tanto material como inmaterial, se convierte en un recurso estratégico para impulsar el bienestar social y económico de las comunidades. La Organización Mundial del Turismo (2022) destaca que el turismo cultural bien gestionado tiene el potencial de dinamizar territorios rurales, revitalizar tradiciones y fomentar modelos económicos inclusivos que valoren el conocimiento ancestral y la creatividad local.

En este marco, las economías del patrimonio pueden entenderse como sistemas productivos que se basan en la valorización de los saberes tradicionales, la producción artesanal, la gastronomía territorial y las experiencias culturales, promoviendo una redistribución equitativa de los beneficios del turismo. Estas economías se sustentan en una lógica de sostenibilidad integral, donde la cultura no solo es un atractivo turístico, sino también una fuente de empleo digno, innovación social y cohesión comunitaria. Según Vilchis-Chávez et al. (2023), el desarrollo sostenible en el turismo requiere vincular las dimensiones económica, cultural y ambiental mediante procesos participativos que fortalezcan las capacidades locales y promuevan una ética de corresponsabilidad.



El patrimonio, entendido como un capital cultural, posee una doble naturaleza: simbólica y económica. En el contexto peruano, esta dualidad se expresa con fuerza en regiones como Cusco, Puno y la Amazonía, donde el turismo vivencial se ha convertido en una herramienta de desarrollo local. En Cusco, las comunidades del Valle Sagrado de los Incas integran sus saberes ancestrales en proyectos de alojamiento rural, agroecología y guiado comunitario, promoviendo la hospitalidad como una práctica de intercambio cultural. En Puno, las islas de los Uros y Taquile son ejemplos emblemáticos de autogestión turística, donde las familias combinan la pesca, el tejido y el hospedaje sostenible como medios de vida que preservan su identidad y fortalecen su autonomía económica. Por su parte, en la Amazonía, comunidades como las de Madre de Dios y Loreto han desarrollado experiencias de ecoturismo basadas en la interpretación ambiental y la venta de productos locales, demostrando que la conservación puede ser compatible con el desarrollo económico (Seminario-Córdova et al., 2023).

La gastronomía territorial también constituye un eje clave de las economías del patrimonio. Cada región del Perú expresa su identidad a través de ingredientes, técnicas y rituales culinarios que son el resultado de siglos de intercambio cultural y biodiversidad. El Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú (2021) señala que la gastronomía turística contribuye significativamente al empleo y al fortalecimiento de la cadena de valor, integrando a productores rurales, cocineros locales, guías, transportistas y artesanos en un circuito de beneficios compartidos. Este modelo no solo promueve el consumo responsable y el comercio justo, sino que refuerza la sostenibilidad de los destinos al mantener viva la producción local y reducir la dependencia de importaciones.

El emprendimiento cultural emerge como un componente esencial de esta nueva economía del patrimonio. Los jóvenes, mujeres y colectivos artísticos están impulsando iniciativas innovadoras que combinan turismo, arte y tecnología. Estas experiencias, según Arango Espinal et





al. (2024), pueden fortalecerse mediante estrategias de marketing digital y contenidos sostenibles que visibilicen las prácticas locales y promuevan un consumo más ético del turismo. La transformación digital del sector turístico ofrece, por tanto, una oportunidad para democratizar el acceso a los mercados, mejorar la competitividad de los pequeños emprendimientos y fomentar redes de cooperación cultural transnacional.

Asimismo, la educación y la formación profesional son pilares imprescindibles para consolidar las economías del patrimonio. Como sostienen Chacón et al. (2009), las universidades y centros de educación superior tienen un rol decisivo en la formación de gestores culturales, emprendedores y profesionales del turismo con una visión ética, sostenible y participativa. En el Perú, la articulación entre el sistema educativo, las comunidades y las políticas públicas puede garantizar que el desarrollo turístico esté basado en la equidad, la creatividad y el respeto por la diversidad cultural.

Las políticas participativas resultan igualmente necesarias para asegurar una gestión justa de los beneficios del turismo. De acuerdo con Cutipa-Santi et al. (2025), la gobernanza ambiental y cultural debe incluir mecanismos de participación ciudadana, planificación territorial y normativas que protejan los derechos de las comunidades frente a la sobreexplotación turística. Solo mediante una planificación inclusiva y transparente es posible evitar la mercantilización del patrimonio y promover un modelo de turismo que combine la rentabilidad económica con la preservación cultural y ambiental.

Las experiencias de turismo vivencial y comunitario demuestran que el patrimonio puede convertirse en un motor de emprendimiento y bienestar cuando se gestiona desde una visión de sostenibilidad integral. El turismo armónico, propuesto por Serrano-Barquín et al. (2010), ofrece un marco conceptual relevante para el Perú, pues plantea la necesidad de equilibrar el desarrollo económico con la preservación del entorno natural y el fortalecimiento de la identidad local. Este enfoque se alinea con los valores andinos del “ayni” o reciprocidad,

que promueven una relación solidaria entre visitantes y anfitriones basada en el intercambio justo y el respeto mutuo.

El estudio de Nolasco-Mamani et al. (2023) aborda la innovación y el emprendimiento en el Perú como motores esenciales del desarrollo económico y social contemporáneo. Se plantea que el emprendimiento innovador no solo genera empleo, sino que impulsa la diversificación productiva y fortalece la competitividad nacional, especialmente en regiones con potencial turístico, artesanal y gastronómico. La investigación subraya que la creatividad, la digitalización y la sostenibilidad constituyen ejes estratégicos en los modelos empresariales emergentes del país. Asimismo, destaca la necesidad de promover la educación emprendedora y la colaboración entre universidades, gobiernos locales y empresas para consolidar un ecosistema de innovación inclusivo. Su aporte resulta relevante porque propone una visión del emprendimiento como práctica social transformadora, capaz de integrar crecimiento económico con sostenibilidad ambiental y equidad territorial.

Por su parte, León-Mendoza (2019) analiza la relación entre emprendimiento y crecimiento económico en el Perú, demostrando que la creación de nuevas empresas incide directamente en la productividad y en la generación de empleo digno. A través de un enfoque teórico y empírico, el autor explica cómo factores estructurales como la educación, la formalización laboral y el acceso al financiamiento determinan la capacidad de los emprendimientos para generar impacto real. Resalta que la informalidad sigue siendo una barrera significativa para el desarrollo sostenible, pues limita la innovación y la expansión de los negocios. En consecuencia, plantea la urgencia de políticas públicas que fomenten la formalización, la capacitación empresarial y la asociatividad, especialmente en zonas rurales. Su aporte resulta crucial para entender al emprendimiento no solo como un medio económico, sino también como una herramienta de inclusión social y reducción de desigualdades.





El trabajo de Bullard Elías y Rodríguez Escobar (2023) examina los programas de estímulos económicos del Ministerio de Cultura del Perú destinados al fortalecimiento de las industrias culturales y creativas. En su estudio reflexionan sobre la eficacia de estos incentivos y su verdadero impacto en la sostenibilidad del sector cultural, concluyendo que, si bien han permitido el surgimiento de nuevos proyectos y redes creativas, aún enfrentan limitaciones en descentralización, equidad y continuidad financiera. Se propone que el apoyo económico debe acompañarse de estrategias de formación en gestión cultural, marketing territorial y redes de comercio justo que garanticen una distribución equitativa de beneficios. Esta perspectiva resalta la importancia de considerar la cultura como motor económico, en el que la creatividad, la identidad y la innovación convergen para generar desarrollo sostenible.

La investigación de García Reinoso (2024) ofrece un análisis bibliométrico sobre el emprendimiento en turismo, identificando tendencias, componentes y modelos de negocio que vinculan innovación con sostenibilidad. Se evidencia un creciente interés por los modelos colaborativos y las experiencias vivenciales que crean valor cultural y económico en los destinos turísticos. En el contexto peruano, este enfoque es particularmente pertinente, dado que el turismo cultural y comunitario constituye una fuente de emprendimiento que combina identidad local, conservación ambiental y generación de ingresos. El autor subraya la necesidad de fortalecer las competencias empresariales de los actores locales y fomentar alianzas público-privadas que impulsen proyectos turísticos sostenibles. Su aporte ayuda a comprender al turismo como un espacio de innovación y transformación social, donde la creatividad y el compromiso ético con el territorio se convierten en factores clave del desarrollo.

El análisis de Mejía Navarrete (2010) aborda la relación entre crecimiento económico, cultura, política y sociedad en el Perú contemporáneo, destacando que el desarrollo no puede medirse únicamente en términos de expansión económica. El autor argumenta que las brechas

estructurales, las desigualdades culturales y la falta de cohesión social obstaculizan el progreso real del país. En este marco, resalta el valor de la cultura como factor de integración nacional y como componente económico capaz de generar empleo, fortalecer identidades y promover la participación ciudadana. Propone una concepción del desarrollo que incorpore la diversidad cultural como base de sostenibilidad, planteando que el patrimonio y la creatividad deben ser entendidos como recursos estratégicos para un crecimiento inclusivo. Su aporte ofrece una visión crítica que refuerza la idea de que la economía del patrimonio puede convertirse en un eje articulador del desarrollo humano en el Perú.

Finalmente, el estudio de Chávez Escobar et al. (2024) examina el emprendimiento como motor del turismo, destacando la importancia de la innovación, la formación profesional y la cooperación interinstitucional para consolidar un modelo sostenible. Se plantea que los emprendimientos turísticos deben orientarse hacia la gestión ambiental responsable y el fortalecimiento comunitario, integrando la conservación cultural con la generación de ingresos.

Aunque el análisis se centra en el contexto ecuatoriano, sus conclusiones se aplican al Perú, donde la riqueza cultural y natural ofrece un escenario ideal para desarrollar emprendimientos turísticos éticos y sostenibles. Los autores enfatizan que la participación local, la capacitación y la gobernanza colaborativa son pilares para garantizar que los beneficios del turismo se distribuyan equitativamente. Sus aportes resaltan el potencial del emprendimiento turístico como herramienta de empoderamiento comunitario y motor de transformación territorial en América Latina.

El conjunto de estudios revisados muestra una visión amplia y profunda sobre el papel del emprendimiento, la innovación y la cultura en el desarrollo económico y social del Perú. En términos generales, las investigaciones coinciden en que el emprendimiento es una herramienta clave para impulsar el crecimiento sostenible, diversificar la economía y generar oportunidades de empleo, especialmente en contextos donde la informalidad



y la desigualdad limitan el progreso. Se destaca la importancia de fomentar una cultura emprendedora basada en la creatividad, la formación y la colaboración entre actores públicos, privados y comunitarios.

Las aportaciones también subrayan que la innovación no debe entenderse únicamente como avance tecnológico, sino como la capacidad de adaptar conocimientos, prácticas y recursos locales a nuevos modelos de negocio sostenibles. En este sentido, la educación emprendedora y la digitalización son elementos esenciales para fortalecer la competitividad del país, especialmente en sectores emergentes como el turismo, las industrias culturales y el comercio justo.

Otro aporte relevante es el reconocimiento del turismo y la cultura como espacios de emprendimiento social que pueden articular identidad, sostenibilidad ambiental y desarrollo económico. Se plantea que el aprovechamiento del patrimonio cultural y natural debe estar acompañado de estrategias de capacitación, inclusión y gobernanza participativa para garantizar beneficios equitativos.

Los estudios coinciden en que el Perú posee un enorme potencial para consolidar un ecosistema de emprendimiento innovador y sostenible, siempre que se fortalezcan las políticas públicas, la formalización empresarial y la educación. La visión compartida propone un modelo de desarrollo donde la economía, la cultura y la sociedad se integren de manera armónica, promoviendo un crecimiento inclusivo y resiliente que valore la diversidad y el talento humano como motores del cambio.

El siglo XXI plantea al Perú el desafío de consolidar un modelo de turismo cultural sostenible capaz de generar prosperidad económica sin sacrificar la autenticidad de su patrimonio. Las amenazas del cambio climático, la presión urbanística y la masificación turística exigen estrategias integrales que protejan tanto los ecosistemas como las expresiones culturales vivas. Entre los principales desafíos se encuentran la falta de formación técnica en comunidades rurales, la desigual distribución



de beneficios económicos y la débil articulación entre el sector público y privado.

Sin embargo, también existen amplias oportunidades. El auge de los mercados internacionales de turismo responsable y la creciente valoración del consumo ético abren un panorama favorable para las economías del patrimonio peruano. Las nuevas tecnologías, la digitalización y la cooperación internacional pueden convertirse en aliados estratégicos para visibilizar emprendimientos locales, promover el comercio justo y fortalecer la presencia del Perú como destino cultural sostenible. Además, la diversificación de productos turísticos, como el turismo vivencial, el gastronómico, el artesanal y el ecológico, permite ampliar los beneficios hacia regiones históricamente marginadas, generando empleo digno y revalorizando las tradiciones.

El futuro del turismo cultural en el Perú dependerá, en última instancia, de su capacidad para integrar la educación, la innovación y la ética en la gestión de su patrimonio. Solo a través de políticas inclusivas, participación comunitaria y compromiso interinstitucional será posible transformar el turismo en una herramienta real de desarrollo humano, cohesión social y sostenibilidad territorial. En este horizonte, el patrimonio no solo representa la memoria del pasado, sino la base para construir un futuro en el que cultura, economía y naturaleza coexistan en armonía.





REFERENCIAS

BIBLIOGRÁFICAS

- Agencia Peruana de Noticias. (2024). Festividad Negritos de Huánuco patrimonio cultural lanza su edición bicentenaria. Agencia Peruana de Noticias Andina. <https://andina.pe/agencia/noticia-festividad-negritos-huanuco-patrimonio-cultural-lanza-su-edicion-bicentenario-965974.aspx>
- Aguilar, M., & Tantaleán, H. (2014). Estado, patrimonio cultural y comunidades indígenas: *Machu Picchu y la historia de un diálogo asimétrico*. En M. C. Rivolta, M. Montenegro, L. M. Ferreira & J. Nastri (Eds.), *Multivocalidad y activaciones patrimoniales en arqueología: Perspectivas desde Sudamérica* (pp. 230–257). Fundación de Historia Natural Félix de Azara.
- Aguirre-Sosa, J., Dextre, M. L., Lozada-Urbano, M., & Vargas-Merino, J. A. (2023). *Background of Peruvian gastronomy and its perspectives: An assessment of its current growth*. *Journal of Ethnic Foods*, 10(50). <https://doi.org/10.1186/s42779-023-00212-4>
- Andrade Blanco, P. (2024). *Patrimonio cultural contemporáneo: Una aproximación a los usos de la teoría del don*. *Revista Antropologías del Sur*, 11(22), 203–208. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/10065885.pdf>
- Angulo, J. (2023). *Festividad de los Negritos de Huánuco: una celebración en honor al Niño Jesús con orígenes en la esclavitud*. Infobae Perú. <https://www.infobae.com/peru/2023/12/24/festividad-de-los-negritos-de-huanuco-una-celebracion-en-honor-al-nino-jesus-con-origenes-en-la-esclavitud/>





- Arango Espinal, E., Osorio Andrade, C. F., & Arango Pastrana, C. A. (2024). Content marketing and digital engagement in Amazonian sustainable tourism. *Revista de Administração Contemporânea*, 28, e2024240178. <https://doi.org/10.1590/1982-7849rac2024240178.es>
- Aranibar, E., & Patiño, A. (2022). *Turismo, camino hacia la sostenibilidad: una aproximación al Lago Titicaca peruano*. *ReHuSo*, 7(3), 46–62. <https://doi.org/10.33936/rehuso.v7i3.5150>
- Assmann, J. (2011). *Cultural Memory and Early Civilization: Writing, Remembrance, and Political Imagination*. Cambridge University Press.
- Bak-Geller Corona, S., & Matta, R. (2020). *Las cocinas mestizas en México y Perú: Claves para interpretar el multiculturalismo en América Latina*. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (39), 69–93. <https://doi.org/10.7440/antipoda39.2020.04>
- Ballantyne, R., & Packer, J. (2016). Visitors' perceptions of the conservation education roles of zoos and aquariums: Implications for the provision of learning experiences. *Visitor Studies*, 19 (2), 193–210. <https://doi.org/10.1080/10645578.2016.1220185>.
- Ballart-Hernández, J., & Tresserras, J. (2001). *Gestión del patrimonio Cultural*. Ariel Patrimonio.
- Bandarin, F., & Van Oers, R. (2014). *The Historic Urban Landscape: Managing Heritage in an Urban Century*. Wiley-Blackwell.
- Bar Esquivel, A. (2017). Perspectivas del proyecto Qhapaq Ñan en torno al registro de la red vial inca: Propuestas de su sectorización y nomenclatura. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 22(2), 31–46. <https://doi.org/10.4067/S0718-68942017000200031>
- Bardales Padilla, A. E. (2022). *Culto al agua e "idolatría" en una comunidad andina peruana: El caso de Santiago de Maray en el presente y en el siglo XVII (1677)*. *Anales de Antropología*, 56(2), 31–40. <https://doi.org/10.22201/iaa.24486221e.2022.77964>

Barros Pinto, F. A. (2021). Alcances del turismo sostenible: Un análisis cualitativo de las experiencias de dos comunidades en Ecuador. *Siembra*, 8(1), e2414. <https://doi.org/10.29166/siembra.v8i1.2414>

Bernabé, J. (2017). La ruta inca a los Huaylas: Estudio de la vialidad inca en la Pampa de Lampas-Choquerecuay, en el departamento de Áncash, Perú. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 22(2), 47–63. <https://doi.org/10.4067/S0718-68942017000200047>

Bhabha, H. K. (1994). *The Location of Culture*. Routledge.

Bravo, O., & Zambrano, P. (2018). Turismo comunitario desde la perspectiva del desarrollo local: Un desafío para la Comuna 23 de Noviembre, Ecuador. *Revista Espacios*, 39(7), 28. <https://revistaespacios.com/a18v39n07/a18v39n07p28.pdf>

Bullard Elías, I., & Rodríguez Escobar, V. (2023). *Estímulos económicos del Ministerio de Cultura del Perú: ¿la mejor manera de fomentar el crecimiento económico de las industrias creativas en Perú? Desde el Sur*, 15(4), e0053. <https://doi.org/10.21142/e0053>

Burga, E., Hiraoka, L., Maneiro, I., & Moromizato, R. (2024). Amazonía, educación y desarrollo sostenible: UNESCO. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000391136>

Calderón Torres, A., Calderón Tumi, J. A., Saavedra Pinazo, M. A., & Cutipa Añamuro, G. (2022). *Gestión de políticas públicas de la comunicación para el desarrollo del turismo en Puno. Comuni@cción: Revista de Investigación en Comunicación y Desarrollo*, 13(4), 253–261. <https://doi.org/10.33595/2226-1478.13.4.733>

Calvo Calvo, R. (2024). La patrimonialización del centro histórico del Cusco en la sociedad cusqueña: A propósito de los 40 años de la inclusión en la Lista del Patrimonio Mundial. *El Antoniano*, 9(2), 1–13. <https://doi.org/10.51343/anto.v9i2.1575>

Cañada, E., & Gascón, J. (2007). *Turismo y desarrollo: Herramientas para un debate necesario*. Enlace.





- Castillo Posadas, A. J. (2022, septiembre). *La energía del alimento en nuestros caminos andinos*. *Revista de la Casa de la Gastronomía Peruana*, 2(3), 37–42. La Casa de la Gastronomía Peruana. <https://museos.cultura.pe/sites/default/files/publicaciones/pdf/Revista%20de%20la%20Casa%20de%20la%20Gastronom%C3%ADa%20Peruana.pdf>
- Catacora, H. (2022). *Dimensiones culturales de la Festividad Virgen de la Candelaria de Puno, Perú*. *Gestionar: Revista de Empresa y Gobierno*, 2(4), 16–33. <https://doi.org/10.35622/j.rg.2022.04.002>
- Cayo, N. (2022). El desarrollo de turismo comunitario destino Lago Titicaca. <https://doi.org/10.35622/inudi.cb1.6>
- Chacón, R. M., Montbrun, N., & Rastelli, V. (2009). La educación para la sostenibilidad: Rol de las universidades. *Argos*, 26(50), 50–74. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0254-16372009000100004&lng=es&tlng=es
- Chávez Escobar, H. R., Vega Bonilla, R. C., Izurieta Recalde, C. W., & Carrasco Salazar, V. A. (2024). *El emprendimiento como motor del turismo en el Ecuador: Retos y oportunidades*. *Dominio de las Ciencias*, 10(4), 1038–1054. <https://doi.org/10.23857/dc.v10i4.4109>
- Choay, F. (1992). *L'allégorie du patrimoine*. Éditions du Seuil.
- Cohen, E. (1988). Authenticity and commoditization in tourism. *Annals of Tourism Research*, 15(3), 371–386. [https://doi.org/10.1016/0160-7383\(88\)90028-X](https://doi.org/10.1016/0160-7383(88)90028-X)
- Cohen, E. (2004). *Contemporary tourism: Diversity and change*. Emerald Group Publishing Limited.
- Comisión de Promoción del Perú para la Exportación y el Turismo. (2025). *Inmersión cultural en Perú: Las mejores experiencias de turismo comunitario en Cusco*. <https://www.peru.travel/es/masperu/inmersion-cultural-en-peru-las-mejores-experiencias-de-turismo-comunitario-en-cusco>

Congreso Constituyente Democrático del Perú. (1993). Constitución Política del Perú. <https://www.tc.gob.pe/wp-content/uploads/2021/05/Constitucion-Politica-del-Peru-1993.pdf>

Congreso de la República del Perú. (2006). Ley General del Patrimonio Cultural de la Nación. Ley N.º 28296. [https://www2.congreso.gob.pe/sicr/cendocbib/con2uibd.nsf/562A9CCF932F0F62052577E300711E65/\\$-FILE/2Ley_28296.pdf](https://www2.congreso.gob.pe/sicr/cendocbib/con2uibd.nsf/562A9CCF932F0F62052577E300711E65/$-FILE/2Ley_28296.pdf)

Congreso de la República del Perú. (2009). Ley General de Turismo. Ley N.º 29408. <https://leyes.congreso.gob.pe/documentos/leyes/29408.pdf>

Congreso de la República del Perú. (2011). Ley del Derecho a la Consulta Previa a los Pueblos Indígenas u Originarios reconocido en el Convenio 169 de la OIT. Ley N.º 29785. <https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/3712438/Ley%20N%C2%B0%2029785.pdf?v=1664560962>

Connerton, P. (1989). *How Societies Remember*. Cambridge University Press.

Cotrina-Trigozo, T., Horna-Rodríguez, R., & Flores-Pinedo, C. (2024). *Ecoturismo, alternativa de desarrollo socioeconómico en la comunidad nativa de Yurilamas en la cuenca del Alto Shanusi*. *Revista Amazónica de Ciencias Económicas*, 3(1), e662. <https://doi.org/10.51252/race.v3i1.662>

Cutipa-Santi, M. N., Quelca Velasquez, D. C., Mamani Lopez, E. M., & Cutipa-Santi, Y. (2025). Políticas ambientales en la conservación de recursos naturales en actividades de turismo cultural. *Revista Interamericana de Ambiente y Turismo*, 21(1), 103–120. <https://doi.org/10.4067/s0718-235x2025000100103>

Dewey, J. (1934). *Art as experience*. Minton, Balch & Company.





- Dioses Urbina, S. M., Cruz Flores, C. A., Mejía Benavides, A., Carbajal Llauce, C. T. de J., & Ramírez-Valladares, C. O. (2025). *Lineamientos de inversión pública en turismo para el desarrollo económico de una región del Perú*. *Revista InveCom*, 5(2), e502027. <https://doi.org/10.5281/zenodo.13158953>
- Domínguez Condezo, V. (2003). *Danzas e identidad nacional: Huánuco-Pasco*. Lima: Editorial San Marcos.
- Esenarro, D., Ccalla, J., Yabar, G., Uribe, C., Reyes, M., Santos, M. D. L., Salas, G., & Condori, J. (2025). Spatial analysis of the functional Andean worldview of the archaeological site of Ankasmarka, Cusco-Peru 2024. *Quaternary*, 8(2), 27. <https://doi.org/10.3390/quat8020027>
- Espinoza-Maguiña, M., Garrido-Angulo, H., Espinola-Gonzales, J., & Asís-López, M. (2020). *Tourist support in Llanganuco Lagoon - Huascarán National Park, Perú*. *Revista Interamericana de Ambiente y Turismo*, 16(1), 15–22. <https://dx.doi.org/10.4067/s0718-235x2020000100015>
- Estela Gonzales, R. C. (2019). *Gestión de ecoturismo y su incidencia en el desarrollo sostenible de los recursos turísticos en la provincia de Huánuco – periodo 2018* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Hermilio Valdizán].
- Figueroa Pinedo, J. R. (2019). *Arequipa and the Colca Valley: Tourism and colonial heritage in the southern Andes*. *Journal of Tourism and Heritage Research*, 2(3), 302–321. <https://www.jthr.es/index.php/journal/article/view/79>
- Flores Amador, C., Zizumbo Villarreal, L., Cruz Jiménez, G., & Vargas Martínez, E. E. (2014). Economía social, comunalidad: Orientación teórica para el turismo rural, como alternativa de desarrollo. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 5(spe9), 1645–1658. <https://doi.org/10.29312/remexca.v0i9.1054>

- Flores Flores, J. C., & Ramírez Coronado, H. (2024). Sabores de Lima: Impacto del Turismo Gastronómico en la Identidad Cultural y el Desarrollo Económico Local. *Business Innova Sciences*, 5(3), 171-182. <https://doi.org/10.5281/zenodo.13845251>
- Gamarra García, J. R., & García Loaiza, T. C. (2018). *El turismo en el Valle Sagrado del Cusco como factor de integración social* [Tesis de grado, Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco].
- Gamio Pino, Á. E., & Choquehuanca Saldarriaga, C. A. (2024). *Inversión pública y crecimiento económico de la región Lima, 2007–2021*. *Economía & Negocios*, 6(1), 45–74. <https://doi.org/10.33326/27086062.2024.1.1814>
- García Chumioque, F. G., Servat Herrera, J., Huatuco Lozano, M., & Ochoa Paredes, F. (2022). *Diagnóstico turístico del distrito de Huarmey en Perú. Retos de la Dirección*, 16(2), 249–273. Recuperado el 4 de noviembre de 2025, de http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2306-91552022000200249&lng=es&tlng=es
- García Reinoso, N. (2024). *Emprendimiento en turismo: un análisis bibliométrico sobre componentes y tendencias en modelos de negocio*. *Turismo y Patrimonio*, (23), 61–81. <https://doi.org/10.24265/turpatrim.2024.n23.04>
- García-Segura, S. (2019). *Identidad, lengua y educación: La realidad de la Amazonía peruana*. *Revista de Estudios y Experiencias en Educación*, 18(36), 193–207. <https://doi.org/10.21703/rexe.20191836garcia1>
- Geçikli, R. M., Turan, O., Lachytová, L., Dağlı, E., Kasalak, M. A., Uğur, S. B., & Guven, Y. (2024). Cultural Heritage Tourism and Sustainability: A Bibliometric Analysis. *Sustainability*, 16(15), 6424. <https://doi.org/10.3390/su16156424>





- Gobierno Regional de Huánuco. (2025). Huánuco: Festividad de la danza de los Negritos generará impacto económico de S/ 42 millones en turismo. Plataforma del Estado Peruano. <https://www.gob.pe/institucion/regionhuanuco/noticias/1095747-huanuco-festividad-de-la-danza-de-los-negritos-generara-impacto-economico-de-s-42-millones-en-turismo>
- Gómez-Palomino, E. R. (2025). *Gestión estratégica y desarrollo turístico*. *Revista Arbitrada Interdisciplinaria Koinonía*, 10(19), 69–79. <https://doi.org/10.35381/r.k.v10i19.4373>
- Gonzales Dongo, A. J., Montoya Vargas, R., Gavelán Polo, R. L., Morales Mijahuanca, M. E., & Perfecto Sosa, A. D. (2025). *Turismo sostenible y su relación con el desarrollo sostenible de la Amazonia Peruana*. Prohominum. Revista de Ciencias Sociales y Humanas, 7(1), 89–103. <https://doi.org/10.47606/acven/ph0316>
- González Herrera, M. (2008). *Puesta en valor turístico sustentable de la Amazonía peruana*. *Teoría y Praxis*, (5), 247–267. <https://www.redalyc.org/pdf/4561/456145110019.pdf>
- González-Domínguez, I., Thomé Ortiz, H., Osorio-García, M., & Pastor-Alfonso, M. J. (2024). Modelo de gestión para el turismo rural comunitario: El empoderamiento como factor de desarrollo local sustentable. *Journal of Tourism Analysis: Revista de Análisis Turístico*, 31(1). <https://doi.org/10.53596/55yy8m44>
- Granados Maguiño, M. A., Flores Pérez, Y., Ruiz Choque, M., & Tosso Pineda, L. H. (2024). *Políticas de gestión de sostenibilidad al ecoturismo en Ayacucho, Perú*. *Revista Venezolana de Gerencia*, 29(105), 49–62. <https://doi.org/10.52080/rvgluz.29.105.4>
- Gravari-Barbas M (2018) Tourism as a heritage producing machine. *Tourism Management Perspectives*, 25, 173–176. <https://paris1.hal.science/hal-04431042/file/1-s2.0-S2211973617301423-main.pdf>
- Guardia, S. B. (2020). *Gastronomía peruana: Patrimonio cultural de la humanidad*. Universidad de San Martín de Porres.

- Guerra Huacho, R. M. (2021). *Los Negritos de Huánuco*. *Revista Institucional Daniel Alomía Robles*, 1(1), 93–96. Universidad Nacional Daniel Alomía Robles. https://www.undar.edu.pe/wp-content/uploads/2022/12/REVISTA-INSTITUCIONAL-DANIEL-ALOMIA-ROBLES-2021_28_nov.pdf
- Gutiérrez-Gómez, E., Auccatoma-Tinco, R., Quispe-Oncebay, S., & Olarte-Dávalos, K. T. (2024). *La dimensión política en la preservación de lo sagrado en los rituales andinos*. *Cuestiones Políticas*, 42(81), 126–143. <https://doi.org/10.5281/zenodo.14927645>
- Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory*. University of Chicago Press.
- Harrison, R. (2013). *Heritage: Critical Approaches*. Routledge.
- Hobsbawm, E., & Ranger, T. (2014). *The invention of tradition*. Cambridge University Press.
- Hollinshead, K. (1998). Tourism, hybridity, and ambiguity: The relevance of Bhabha's 'third space' cultures. *Journal of Leisure Research*, 30(1), 121–156. <https://www.nrpa.org/globalassets/journals/jlr/1998/volume-30/jlr-volume-30-number-1-pp-121-156.pdf>
- Huamán de los Heros, C., & Calanchez Urribarri, Á. (2025). *Calidad del servicio al cliente y exclusividad en la experiencia turística de lujo en Perú*. *Revista InveCom*, 5(1), e501081. <https://doi.org/10.5281/zenodo.12540162>
- Huaman, F., Esenarro, D., Prado Meza, J., Vilchez Cairo, J., Vargas Beltran, C., Alfaro Aucca, C., Arriola, C., & Peña Calle, V. (2024). Biophysical, spatial, functional, and constructive analysis of the pre-Hispanic terraces of the ancient city of Písaq, Cusco, Peru, 2024. *Heritage*, 7(12), 6526–6565. <https://doi.org/10.3390/heritage7120303>
- Huyssen, A. (2003). *Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Stanford University Press.
- Hyslop, J. (1984). *The Inka Road System*. Academic Press.





- International Council on Monuments and Sites. (1999). International Cultural Tourism Charter: Managing Tourism at Places of Heritage Significance. ICOMOS International. https://www.icomos.org/images/DOCUMENTS/Charters/INTERNATIONAL_CULTURAL_TOURISM_CHARTER.pdf
- Khater, M., Zouair, N., Saad, M. A., Bayoumy, M., & Al-Salim, F. (2025). Reviving heritage through regenerative tourism and community empowerment for sustainable futures. *Social Sciences & Humanities Open*, 12, 102004. <https://doi.org/10.1016/j.ssaho.2025.102004>
- Kirshenblatt-Gimblett, B. (1998). *Destination culture: Tourism, museums, and heritage*. University of California Press.
- Lebrún Aspíllaga, A. M., & Geovannini Acuña, H. (2023). *El valor cultural del patrimonio inmueble en el Perú para la renovación del turismo cultural: El caso del Centro Histórico de Lima. Intervención (México DF)*, 14(27), 53–101. <https://doi.org/10.30763/intervencion.278.v1n27.57.2023>
- León-Mendoza, J. C. (2019). *Emprendimiento empresarial y crecimiento económico en Perú. Estudios Gerenciales*, 35(153), 429–439. <https://doi.org/10.18046/j.estger.2019.153.3331>
- Lowenthal, D. (1998). *The Heritage Crusade and the Spoils of History*. Cambridge University Press.
- MacCannell, D. (2013). *The tourist: A new theory of the leisure class*. University of California Press.
- Mamani-Hanco, T., & Peñalver-Higuera, M. J. (2024). Turismo y la reactivación económica, Cusco, Perú. *Gestio et Productio. Revista Electrónica de Ciencias Gerenciales*, 6(11), 271–293. <https://doi.org/10.35381/gep.v6i11.189>
- Marchan-Solier, C. E., Moscoso-Paucarchuco, K. M., & Vásquez-Ramírez, M. R. (2023). *Estudio de la calidad de los servicios turísticos y seguridad turística en Huanta, Perú. Revista Universidad y Sociedad*, 15(1), 163–175. <http://scielo.sld.cu/pdf/rus/v15n1/2218-3620-rus-15-01-3529.pdf>

- Marcone, G. (2020). Por las rutas del Qhapaq Ñan: El rol de los caminos en la construcción de la historia y territorio peruano. *Chungará (Arica)*, 52(3), 411–425. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562020005001902>
- Márquez, F., Rozas, V., & Arriagada, R. (2014). *El lugar del patrimonio dominante*. *ARQ (Santiago)*, (88), 56–65. <https://doi.org/10.4067/S0717-69962014000300010>
- Martínez Martínez, G. (2009). Qhapaq Ñan: El Camino Inca y las transformaciones territoriales en los Andes peruanos. *Ería*, (78–79), 21–38. <https://doi.org/10.17811/er.0.2009.21-38>
- Martínez, M. D. (2015). Teatralidades de calle en el Cuzco colonial. *Atenea (Concepción)*, (511), 125–145. <https://doi.org/10.4067/S0718-04622015000100007>
- Matos, R. (2017). El gran camino Inka: Construyendo un imperio. Una exhibición sobre el Qhapaq Ñan en el Museo Nacional del Indígena Americano, Smithsonian Institution. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 22(2), 9–29. <https://doi.org/10.4067/S0718-68942017000200009>
- Matta, R. (2014). *República gastronómica y país de cocineros: Comida, política, medios y una nueva idea de nación para el Perú*. *Revista Colombiana de Antropología*, 50(2), 9–13. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-65252014000200002
- Matta, R. (2019). *La revolución gastronómica peruana: Una celebración de “lo nacional” [Entrevista a Mirko Lauer]*. *Anthropology of Food*, (14). <https://doi.org/10.4000/aof.9982>
- Matta, R., & de Suremain, C.-É. (2019). *¿Patrimonios a la carta?: Una aproximación a las cocinas patrimoniales desde cuatro restaurantes en Lima*. *Revista del CESLA*, (24), 33–52. <https://doi.org/10.36551/2081-1160.2019.24.33-52>





- Mejía Navarrete, J. (2010). *Crecimiento económico, sociedad, cultura y política en el Perú contemporáneo. Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, 2(3), 49–76. Asociación Latinoamericana de Sociología. <https://www.redalyc.org/pdf/5886/588665414004.pdf>
- Mignone, P. (2025). El camino real al Perú: Avatares del sistema de comunicaciones entre los valles y la puna. Siglos XVI-XVIII (Salta, Argentina). Quinto Sol, 29(2). <https://doi.org/10.19137/qs.v29i2.7758>
- Milla Canales, G. (2023). *Puno, región del altiplano a orillas del lago Titicaca y su gran desafío para alcanzar su desarrollo sostenible. Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 7(6), 5881–5895. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v7i6.9124
- Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú. (2020). Plan Estratégico Nacional de Turismo – PENTUR 2025. https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/31487/22123_PENTUR_Final_JULIO2016.pdf20180706-19116-y07vnb.pdf?v=1612204093
- Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú. (2021). El Plan Estratégico Regional de Turismo – PERTUR Cusco al 2025. <https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/2425090/PERTUR%20Cusco%20.pdf?v=1673543161>
- Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú. (2023a). Reporte Regional de Turismo Ayacucho - Año 2023. <https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/5817686/4315787-reporte-regional-de-turismo-ayacucho-ano-2023.pdf?v=1712000958>
- Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú. (2023b). Reporte Regional de Turismo Arequipa - Año 2023. <https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/4688057/4315787-reporte-regional-de-turismo-arequipa-2023.pdf?v=1711487090>
- Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú. (2023c). Reporte Regional de Turismo Puno - Año 2023. <https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/4688176/4315787-reporte-regional-de-turismo-puno-ano-2023.pdf?v=1712001346>

Ministerio de Comercio Exterior y Turismo del Perú. (2024). La Estrategia Nacional de Turismo Comunitario y la iniciativa Turismo Social son reconocidas como Buenas Prácticas en Gestión Pública. <https://www.gob.pe/institucion/mincetur/noticias/1035534-la-estrategia-nacional-de-turismo-comunitario-y-la-iniciativa-turismo-social-son-reconocidas-como-buenas-practicas-en-gestion-publica>

Ministerio de Cultura del Perú. (2019). Política Nacional de Cultura al 2030. https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/1025961/PNC_VERSI%C3%93N_FINAL_2.pdf?v=1595329988

Ministerio de Cultura del Perú. (2021). Resolución Viceministerial N.º 000166-2021-VMPCIC/MC que declara patrimonio cultural de la nación a la danza Los Negritos de Huánuco. Diario Oficial El Peruano. <https://busquedas.elperuano.pe/dispositivo/NL/1970405-1>

Ministerio de Cultura del Perú. (2022). Ministerio de Cultura: “Qhapaq Ñan, un camino para todos” es certificada como Buena Práctica en Gestión Pública. <https://www.gob.pe/institucion/cultura/noticias/650075-ministerio-de-cultura-qhapaq-nan-un-camino-para-todos-es-certificada-como-buena-practica-en-gestion-publica>

Molina Recio, G., Moreno Rojas, R., García Rodríguez, M., & Vaquero Abellán, M. (2016). *Nutritional assessment of the most frequently consumed dishes in a slum in Iquitos, Peruvian Amazon*. *Nutrición Hospitalaria*, 33(1), 70–79. <https://doi.org/10.20960/nh.21>

Monteverde Sotil, L. R. (2011). *Los incas y la fiesta de la Situa*. *Chungará (Arica)*, 43(2), 243–253. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562011000200006>

Montoya Vargas, R., Medina Sotelo, C. G., Perfecto Sosa, A. D., Quijano Rivera, F., & Pandia Yañez, E. J. (2024). *Turismo sostenible y desarrollo local: Análisis de políticas públicas efectivas*. *Prohominum. Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 6(3), 181–193. <https://doi.org/10.47606/acven/ph0272>





- Moralejo, R. A. (2018). El Camino del Inka en el sector central de la provincia de Catamarca: Actualización y perspectivas. *Andes*, 23(1). <https://portalderevistas.unsa.edu.ar/index.php/Andes/article/view/134>
- Moscardo, G. (2003). Interpretation and sustainable tourism: Functions, examples and principles. *Journal of Tourism Studies*, 14(1), 112–123. <https://doi.org/10.5555/20033085797>
- Moscoso Barrio, M. (2020). Tejido en escena: Bastidores y montaje de los centros de tejido para turistas de Chinchero, Cuzco. *Revista Ciencia y Cultura*, 24(45), 157–183. Recuperado el 4 de noviembre de 2025, de http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2077-33232020000200008&lng=es&tlng=es
- Mujica Bermúdez, L. (2007). *Sistematizaciones de las experiencias andinas y amazónicas de intercambio educativo en ciudadanía y liderazgo intercultural*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Narváez Vargas, L. A. (2019). *El Museo Túcume y la nueva museología. Chungará (Arica)*, 51(2), 291–304. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562019005001601>
- Nolasco-Mamani, M. A., Choque-Salcedo, R. E., Choque-Salcedo, C., & Molina Cabala, G. J. (2023). *Innovación y emprendimiento en el Perú. e-Revista Multidisciplinaria del Saber*, 1, e-RMS01042023. <https://doi.org/10.61286/e-rms.v1i.10>
- Nora, P. (1984). *Les lieux de mémoire*. Gallimard.
- Ojeda Portugal, J. J., Franco Franco, C. V., Cabana Mamani, D. H., Contreras Chávez, L. A., Hinojosa Paz, L. N., & Calizaya López, J. (2024). *Aspectos teóricos del turismo religioso en el Perú: Caso Santuario de la Virgen de Chapi*. *UCT*, 28(123), 143–151. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-48212024000200143&lng=es

Ojeda Portugal, J. J., Hinojosa Paz, L. N., Franco Franco, C. V., Maceda Mogrovejo, M. A., & Morán Cruz, F. (2025). *Análisis del turismo cultural en entornos naturales en visitantes a la localidad de Arequipa, Perú*. *Universidad, Ciencia y Tecnología*, 29(127), 140–148. <https://doi.org/10.47460/uct.v29i127.975>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2009). Carretera Principal Andina - Qhapaq Ñan. UNESCO. <https://whc.unesco.org/es/actividades/65/>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2014a). La fiesta de la Virgen de la Candelaria en Puno. <https://ich.unesco.org/es/RL/la-fiesta-de-la-virgen-de-la-candelaria-en-puno-00956>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2014b). Qhapaq Ñan, Andean Road System. <https://whc.unesco.org/en/list/1459>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2019). Directrices Prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial. UNESCO. <https://whc.unesco.org/document/189666>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2021). Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino: Nuevos esfuerzos en favor de su conservación sostenible. UNESCO. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379521>

Organización de las Naciones Unidas. (2015). *Transformar nuestro mundo: La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible*. ONU. https://unctad.org/system/files/official-document/ares70d1_es.pdf

Organización Mundial del Turismo. (2017). Tourism and the Sustainable Development Goals – Journey to 2030. https://www.undp.org/sites/g/files/zskgke326/files/publications/UNWTO_UNDP_Tourism%20and%20the%20SDGs.pdf





- Osman, K. A., & Farahat, B. I. (2021). The impact of living heritage approach for sustainable tourism & economics in Mount Lebanon. *HBRC Journal*, 17(1), 491–517. <https://doi.org/10.1080/16874048.2021.1996062>
- Palacios Jiménez, D. (2015). *Identidad regional y diversidad cultural de Huánuco: Caso la danza de Los Negritos*. *Investigación Valdizana*, 9(2), 66–72. <https://revistas.unheval.edu.pe/index.php/riv/article/view/53/54>
- Paladan, N. (2020). Community-based approach in developing farm tourism. *Open Access Library Journal*, 7(12), 1–13. <https://doi.org/10.4236/oalib.1107043>
- Parra Cárdenas, A. V., Cisneros Mustelier, L., & Velasteguí López, E. (2019). El turismo rural y aportaciones al desarrollo de comunidades en territorios locales. *Explorador Digital*, 3(4), 6-28. <https://doi.org/10.33262/exploradordigital.v3i4.912>
- Pereyra Chávez, N. E. (2016). *Historia, memoria, identidad y performance en una fiesta: la Semana Santa de Ayacucho*. *Dialogía*, 4, 222–263. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562011000200006>
- Pfoser, A. (2025). Tourism as memory-making: Russian tourism in the shadow of empire. In *Tourism as memory-making*. Palgrave Macmillan.
- Pfoser, A., & Stach, S. (2024). Beyond difficult pasts: Towards a fuller understanding of memory-making in tourism. *Memory Studies*, 0(0). <https://doi.org/10.1177/17506980241300612>
- Pine, J. B., & Gilmore, J. H. (1999). *The experience economy: Work is theatre and every business a stage*. Harvard Business School Press.

Poma, L., Fernández, J., Sancho, C., Ccarampa, R., & Cruz, J. (2022,). El aporte del turismo comunitario en Perú al desarrollo de la sostenibilidad y la calidad de vida de las comunidades. Blog Facultad HTG – Administración en Turismo, Universidad San Ignacio de Loyola (USIL). <https://blogs.usil.edu.pe/facultad-htg/administracion-en-turismo/el-aporte-del-turismo-comunitario-en-peru-al-desarrollo-de-la-sostenibilidad-y-la-calidad-de-vida-de-las-comunidades>

Prats, L. (2005). Concepto y gestión del patrimonio local. Cuadernos de Antropología Social, (21), 17–35. <https://www.redalyc.org/pdf/1809/180913910002.pdf>

Ramírez Sánchez, J. (2001). *Visita al recinto arqueológico Chan Chan y su Museo de sitio en Trujillo – Perú. Biblios*, 2(8), 1–6. <https://www.redalyc.org/pdf/161/16108608.pdf>

Regalado Pezúa, O. (2023). Turismo sostenible: oportunidades y retos para el Perú. Gestión de servicios. <https://blogs.gestion.pe/gestiondeservicios/2023/10/turismo-sostenible-oportunidades-y-retos-para-el-peru.html>

Reisinger, Y., & Steiner, C. J. (2006). Reconceptualizing object authenticity. *Annals of Tourism Research*, 33(1), 65–86. <https://doi.org/10.1016/j.annals.2005.04.003>

Richards, G. (2018). Cultural tourism: A review of recent research and trends. *Journal of Hospitality and Tourism Management*, 36, 12–21. <https://doi.org/10.1016/j.jhtm.2018.03.005>

Ricoeur, P. (2024). *Memory, History, Forgetting*. University of Chicago Press.

Rojas Flores, R. A., Pineda López, L. G., Quitama Pastaz, J. M., Flores Chamba, J. E., Bustamante Durán, I. C., & Bolaños Pantoja, M. J. (2024). Saberes ancestrales e interculturalidad en salud en el Qhapaq Ñan de Loja: Etnobotánica y ritualidad, estrategias de sanación. Universidad Nacional de Loja.





- Rojas Ulloa, M. (2023). *Factores jurídico-económicos para incorporar la multipropiedad o el tiempo compartido en el ordenamiento jurídico peruano*. *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, 55(164), 205–225. <https://doi.org/10.22201/ijj.24484873e.2022.164.18122>
- Ruiz Palacios, M., & Pozo Trigoso, L. (2020). *Conciencia turística de los pobladores en el distrito del Rímac - Perú*. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 29(1), 312–330. Recuperado el 5 de noviembre de 2025, de <https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sciarttext&pid=S1851-17322020000100017&lng=es&tlng=es>
- Rusínque Quintero, L. L., Moyano Molano, A. L., & Montoya Rojas, G. A. (2022). *Conectividad entre los Andes y la Amazonia: Un análisis de la configuración del paisaje del departamento de Caquetá, Colombia*. *Perspectiva Geográfica*, 27(1), 86–105. <https://doi.org/10.19053/01233769.12944>
- Salge Ferro, M. (2020). *La construcción social de las manifestaciones del patrimonio cultural inmaterial bogotano: Una búsqueda mediante la prensa local (1810–1948)*. *Territorios*, (42), 224–249. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/a.7247>
- Santos Díaz, J. Y., & López Guevara, V. M. (2022). *Eventos turísticos basados en patrimonio alimentario: Un estado de conocimiento para Latinoamérica*. *RIVAR (Santiago)*, 9(26), 72–88. <https://doi.org/10.35588/rivar.v9i26.5522>
- Scheyvens, R. (1999). *Ecotourism and the empowerment of local communities*. *Tourism Management*, 20(2), 245–249. [https://doi.org/10.1016/S0261-5177\(98\)00069-7](https://doi.org/10.1016/S0261-5177(98)00069-7)
- Seminario-Córdova, R., Ruiz-Martel, C., Vila-Meneses, M., Pezo-Morales, P., & Castañeda Pérez, L. (2023). Una revisión sobre la situación actual del ecoturismo sostenible en el Perú y sus perspectivas a futuro. *Universidad, Ciencia y Tecnología*, 27(119), 81–88. <https://doi.org/10.47460/uct.v27i119.709>

- Serrano-Barquín, R., Pérez-Ramírez, C., Manjarrez-Campos, É., & González-Melgarejo, L. (2010). Turismo armónico como alternativa sustentable: Para una comunidad en el estado de México. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 19(6), 970–993. Recuperado el 5 de noviembre de 2025, de https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-17322010000600006&lng=es&tlng=es
- Shepherd, R. (2002). Commodification, culture and tourism. *Tourist Studies*, 2(2), 183-201. <https://doi.org/10.1177/146879702761936653>
- Silverman, H. (2010). Contested cultural heritage: Religion, nationalism, and self-determination in a global age. Springer.
- Smith, L. (2006). *Uses of Heritage*. Routledge.
- Smith, L., & Waterton, E. (2013). *Heritage, Communities and Archaeology*. Bloomsbury Publishing.
- Solano Lavado, M. S., García Chumioque, F. G., Yllescas Rodríguez, P. M., & Valdés Florat, M. O. (2024). Percepción comunitaria en San Juan de Churín sobre los impactos turísticos en el desarrollo local. *Cooperativismo y Desarrollo*, 12(2). Recuperado el 4 de noviembre de 2025, de http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2310-340X2024000200012&lng=es&tlng=es
- Sucilli Montañez, E., Palomino Rivera, L. A., & Huaylla Alarcón, P. C. (2022). *Valle de Sondondo Ayacucho - Perú: enfoque de un turismo con base en la agrobiodiversidad*. *Revista Interamericana de Ambiente y Turismo*, 18(2), 248–259. <https://doi.org/10.4067/S0718-235X2022000200248>
- Tello Rozas, S. (2017). Patrimonio: turismo y comunidad. *Turismo Y Patrimonio*, (1), 151-163. <https://doi.org/10.24265/turpatrim.2000.n1.10>
- Timothy, D. J., & Nyaupane, G. P. (2009). *Cultural heritage and tourism in the developing world: A regional perspective*. Routledge.





- Trujillo, J. (2022). *Establecen lineamientos para conservar originalidad de la Danza de los Negritos de Huánuco*. *Tu Diario Huánuco*. <https://tudiariohuanuco.pe/actualidad/establecen-lineamientos-para-conservar-originalidad-de-la-danza-de-los-negritos-de-huanuco/>
- Tuan, Y.-F. (1977). *Space and place: The perspective of experience*. University of Minnesota Press.
- United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization. (2003). *Convention for the Safeguarding of the Intangible Cultural Heritage*. UNESCO. <https://ich.unesco.org/doc/src/15164-EN.pdf>
- Urry, J. (1990). *The tourist gaze: Leisure and travel in contemporary societies*. Sage.
- Urry, J., & Larsen, J. (2011). *The tourist gaze 3.0*. Sage.
- Valderrama Murillo, P., & Roa Calumani, J. (2011). *Evaluación de peligros geológicos en el Valle Sagrado de los Incas, río Vilcanota: Distritos Urubamba y Ollantaytambo, provincia Cusco, región Cusco*. Instituto Geológico, Minero y Metalúrgico (INGEMMET). <https://repositorio.ingemmet.gob.pe/bitstream/20.500.12544/1671/1/A6457-Evaluacion-peligros-geologicos-Valle-Sagrado-Cusco.pdf>
- Valdez Fernandez, S. A. (2021). *Manual visual sobre el vestuario de la danza de Los Negritos de Huánuco como herramienta para su conservación* [Trabajo de suficiencia profesional, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas].
- Valdez-Arancibia, J., Veli-Chuquillanqui, R., Cerron-Juzcamayta, R., & Gonzalo-Gonzalo, H. (2023). *Analysis of the sociocultural impact of tourism in central jungle of Peru*. *Revista Interamericana de Ambiente y Turismo*, 19(2), 143–148. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-235X2023000200143>

- Valle Díaz, F. R., Delgado Laime, M. del C., Méndez Soto, R. B., Marín Castillo, C., Huamán Carrión, M., Huachuilla Quispe, R., & Gamonal Vega, A. (2022). *Feasibility of the “Hatun Ñan Ccocha Kunaman” ecotourism micro corridor, Apurímac region, Peru*. *Revista Interamericana de Ambiente y Turismo*, 18(2), 169–183. <https://doi.org/10.4067/S0718-235X2022000200169>
- Varas Castrillo, M. N., & Valcuende del Río, J. M. (2021). *Mitos y rituales en torno al agua en la comunidad andina de Cullhuay: De La Viuda al cambio global*. *Estudios Atacameños*, 67, 1–20. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2021-0001>
- Vásquez, J., Ochoa, F., & Carhuas, Y. (2025). *El turismo como motor del desarrollo económico en la Amazonía: Una revisión de literatura*. *Revista Espacios*, 46(4), 69–82. <https://doi.org/10.48082/espacios-a25v46n04p07>
- Vecco Giove, D., & Panduro Salas, H. (2021). *Ciencia e innovación social en la Amazonia peruana desde la perspectiva y las experiencias del Centro Urku*. *Revista de Ciencias Ambientales*, 55(2), 332–348. <https://doi.org/10.15359/rca.55-2.18>
- Venero Gibaja, R., Abarca Arrambide, R., Jordán Palomino, T., & Díaz Ugarte, J. L. (2024). Gestión participativa y desarrollo sostenible como bases del turismo rural en la región del Cusco. *Investigación y Desarrollo*, 32(1), 68–95. <https://doi.org/10.14482/indes.32.01.001.412>
- Vilchis-Chávez, A. R., Cruz Jiménez, G., Vargas Martínez, E. E., & Ramírez Hernández, O. I. (2023). La sustentabilidad en el turismo: Una revisión bibliográfica de su estudio. *Estudios Sociales*. *Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional*, 33(62), e231364. <https://doi.org/10.24836/es.v33i62.1364>
- Villamón Guevara, T. (2017). *Reflexiones teóricas contemporáneas sobre patrimonio edificado y su significado*. *Estudios*, 4(8), 123–133. <https://revistas.uni.edu.pe/index.php/devenir/article/view/159/840>





- Waterton, E., & Smith, L. (2010). The recognition and misrecognition of community heritage. *International Journal of Heritage Studies*, 16(1–2), 4–15. <https://doi.org/10.1080/13527250903441671>
- World Tourism Organization. (2018). Tourism and Culture Synergies. <https://www.e-unwto.org/doi/pdf/10.18111/9789284418978>
- Yangali, J. (2021). *Des-africanización en las negrerías del Valle del Mantaro - Perú. Revista Chakiñan de Ciencias Sociales y Humanidades*, (14), 112–129. <https://doi.org/10.37135/chk.002.14.08>
- Yépez-Franco, J., Cuétara-Sánchez, L., & Chávez-Franco, J. (2021). Turismo comunitario como estrategia para el desarrollo local sostenible en Manabí, Ecuador. *Polo del Conocimiento*, 6(12), 912–935. <https://polodelconocimiento.com/ojs/index.php/es/article/view/3415>
- Zapata Acha, S. (2009). “*Patrimonialización*” de la *gastronomía peruana*. *Turismo y Patrimonio*, (6), 23–34. Universidad de San Martín de Porres. <https://doi.org/10.24265/turpatrim.2009.n6.02>
- Zevallos San Martín, F. M. (2021). *La danza Negritos de Huánuco y su relación con la socialización* [Trabajo académico de segunda especialidad profesional, Escuela Nacional Superior de Folklore “José María Arguedas”].
- Zhang, L., Wei, W., Fan, A., Milman, A., & King, B. E. M. (2025). Cultural sustainability in hospitality and tourism: Toward a holistic framework. *International Journal of Contemporary Hospitality Management*, 37(13), 20–38. <https://doi.org/10.1108/IJCHM-10-2024-1551>
- Zhou, H., Ap, J., & Yang, H. (2023). An exploration of collective memory in the tourism context. *Journal of China Tourism Research*, 20(9), 1–32. <https://doi.org/10.1080/19388160.2023.2273275>

Zorrilla Herrera, C. I., & Iannacone, J. (2025). *Evaluación de la calidad de cuatro playas de Tacna, Perú utilizando índices basados en desechos marinos. Revista Internacional de Contaminación Ambiental*, 41, e55216. <https://doi.org/10.20937/rica.55216>





Patrimonio vivo y desarrollo sostenible:
una mirada al turismo cultural del Perú



Yolanda Lujano Ortega

Doctora en Educación, con posdoctorado en Didáctica de la Investigación Científica, Magíster en Didáctica de la Educación Superior, Segunda Especialidad en Didáctica Universitaria y Segunda Especialidad en Psicología Educativa, y Licenciada en Lengua, Literatura, Psicología y Filosofía. Ha desempeñado diversos cargos de liderazgo y gestión académica, incluyendo Directora de Estudios de la Escuela Profesional de Educación Secundaria, Directora de la Segunda Especialidad de la Facultad de Educación, Directora del Colegio de Aplicación “José Carlos Mariátegui” de la UNAPuno en Perú, Coordinadora de Práctica Preprofesional de la Escuela Profesional de Educación Secundaria, Subdirectora de Investigación del Programa de Lengua, Literatura, Psicología y Filosofía, Coordinadora de Responsabilidad Social de la Facultad de Educación y miembro del comité de Acreditación del programa de Lengua, Literatura, Psicología y Filosofía. Su labor docente abarca la formación de pregrado en áreas como Literatura, Psicología, Pedagogía, Investigación Educativa, Ciencias de la Educación y Persona y Sociedad, así como en posgrado, en Maestrías y Doctorados en Ciencias de la Educación. Es docente investigadora inscrita y calificada en el Registro Nacional Científico, Tecnológico y de Innovación Tecnológica del Perú (Nivel



V). Cuenta con investigaciones y publicaciones en los campos de la pedagogía, la literatura y la psicología, y ha sido ponente en eventos académicos nacionales e internacionales. Se identifica con el paradigma del aprendizaje permanente y promueve un diálogo respetuoso, responsable y honesto en su interacción profesional y académica.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7178-3346>



Sonia Agley Bustinza Choquehuanca

Docente de la Facultad de Ciencias de la Educación, en la Escuela Profesional de Educación Secundaria, especialidad Ciencia, Tecnología y Ambiente, de la Universidad Nacional del Altiplano – Puno, Perú. Imparte las asignaturas de Gerencia Educativa I, Laboratorio de Biología y Diseño y Programación Curricular. Es Doctora en Ciencias de la Educación, cuenta con Maestría en Didáctica de la Educación Superior y una segunda especialidad en Didáctica Universitaria. Ha desempeñado diversos cargos académicos y administrativos, entre ellos: coordinadora de laboratorios de Biología, Química y Física, subcoordinadora de práctica profesional de la especialidad de Ciencia, Tecnología y Ambiente, subdirectora de investigación de la especialidad, y miembro de las comisiones de admisión de la especialidad y de la segunda especialidad en Educación. Es autora de libros registrados con ISBN en

la Biblioteca Nacional de Perú y de artículos científicos publicados en revistas indizadas. Ha participado como ponente en eventos académicos universitarios y está inscrita como docente investigadora en el Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica (CONCYTEC). Posee amplia experiencia en la docencia de Biología, Gerencia Educativa y otras asignaturas relacionadas con su especialidad, así como en la formación de estudiantes de segunda especialidad y de posgrado.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2685-0543>



Genoveva Acero Ticona

Directora de la Institución Educativa de Caracoto – San Román, Perú, con Maestría en Matemática y Comunicación en Educación Primaria y segunda especialidad en Educación Inicial. Cuenta con un diploma en Redacción de artículos científicos asistida por inteligencia artificial, y ha participado como ponente en el Congreso Latinoamericano de Investigación, Ciencia y Tecnología (CLCYT 2025) en la Universidad Enrique Guzmán y Valle. Ha completado diversas especializaciones, entre ellas: Docencia y Gestión de la Educación Intercultural, Actualización Docente en Educación Superior Pedagógica, Planificación y Evaluación de los Aprendizajes en la Universidad Mayor de San Marcos, y Metodología de la Enseñanza



de la Matemática en la Universidad Enrique Guzmán y Valle. Ha recibido reconocimientos por su desempeño destacado, incluyendo el programa Conecta Ideas, en la categoría bronce, reflejando su compromiso con la innovación educativa y la excelencia profesional en Perú.

ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-5169-2782>



Lucio Bernardo Condori Pilco

Licenciado en Educación, especialidad en Ciencias Sociales, con Segunda Especialidad en Gestión Escolar con Liderazgo Pedagógico y Segunda Especialidad en Educación Básica Alternativa y Tutoría. Es Magister Scientiae en Educación, Administración de la Educación, cuenta con estudios de maestría en Didáctica de las Ciencias Sociales y ha cursado estudios de doctorado en Educación. Actualmente es docente en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Altiplano – Puno, Perú. Ha desempeñado roles como personal docente, jerárquico y directivo en la Educación Básica en la región de Puno. Además, es autor de artículos científicos publicados en revistas indexadas, contribuyendo al avance del conocimiento en su campo y al fortalecimiento de la investigación educativa regional y nacional.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7629-7395>





Bertha Juana Flores Aroni

Realizó su formación básica regular en la Institución Educativa “Sagrado Corazón de Jesús”, ubicada en la ciudad de Arequipa, Perú. Continuó sus estudios superiores en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Altiplano, donde obtuvo su título profesional en la especialidad de Lengua, Literatura, Psicología y Filosofía. Además, cuenta con un segundo título profesional en Psicología y una segunda especialidad en Investigación Educativa. Ha complementado su formación con estudios de posgrado, obteniendo el grado de Magíster en Docencia Universitaria, Currículo e Investigación, así como el grado de Doctora en Educación. Actualmente se desempeña como docente universitaria en la Universidad Nacional del Altiplano – Perú, desarrollando labores académicas en la formación profesional y la investigación educativa, contribuyendo al desarrollo del conocimiento y la excelencia académica en su campo.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2876-9930>





César Augusto Achata Cortez

Docente destacado del programa de Ciencia, Tecnología y Ambiente en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Altiplano, Puno, Perú. Realizó sus estudios superiores en formación docente en educación, especializándose en Químico Biológicas en la misma universidad. Posteriormente obtuvo una segunda especialidad en Laboratorio de Biología en la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa, complementando su formación con una Maestría en Educación Intercultural y estudios de Doctorado en Educación en la Universidad Nacional del Altiplano, Puno. Ha participado activamente en programas de formación docente y directivo del Ministerio de Educación, y es autor de libros con número internacional normalizado de libros en la Biblioteca Nacional, así como de artículos científicos publicados en revistas indizadas. Ha sido ponente en congresos nacionales e internacionales y ha cursado capacitaciones especializadas, logrando el reconocimiento como docente en el Registro Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica, por su destacada labor en investigación. Su trayectoria abarca la educación básica regular a nivel secundario, la educación superior en programas de segunda especialidad y maestría, así como la colaboración con instituciones vinculadas al cuidado del medio ambiente y al desarrollo social, demostrando un compromiso ejemplar con la formación académica, la investigación y la mejora de la sociedad.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9320-703X>





El libro *Patrimonio vivo y desarrollo sostenible: una mirada al turismo cultural del Perú* ofrece una reflexión profunda sobre la relación entre cultura, identidad y sostenibilidad, analizando cómo el turismo cultural puede convertirse en una herramienta de transformación social y económica. Desde una visión integradora, concibe el patrimonio no como un legado estático, sino como una práctica viva que se renueva en las comunidades peruanas. A lo largo de cuatro capítulos, se examina el papel del turismo como mediador cultural, su incidencia en la memoria colectiva y su capacidad para generar modelos de desarrollo inclusivos y participativos. La obra resalta el turismo comunitario como modelo sostenible que fomenta la hospitalidad, la autonomía local y la economía solidaria, destacando experiencias en los Andes, la Amazonía y la costa donde la identidad cultural se convierte en fuente de bienestar. Presenta también las principales rutas culturales del país, como el Qhapaq Ñan, Cusco, Puno y la gastronomía nacional, interpretadas como itinerarios simbólicos que conectan tradición, territorio y creatividad. Asimismo, se reconoce el valor de expresiones regionales como la danza de los Negritos de Huánuco, Patrimonio Cultural de la Nación, y de rutas integradas como Kotosh–Tomayquichua–Tingo María, que combinan arqueología, tradición y naturaleza, reflejando la articulación entre pasado y presente. El texto enfatiza la necesidad de políticas participativas, educación ética y gobernanza responsable que equilibren conservación y desarrollo. En conjunto, plantea que el turismo cultural sostenible es un espacio de encuentro donde el patrimonio actúa como motor de identidad, dignidad y futuro para el Perú contemporáneo.



ISBN: 978-1-968794-31-6



9 781968 794316 >

